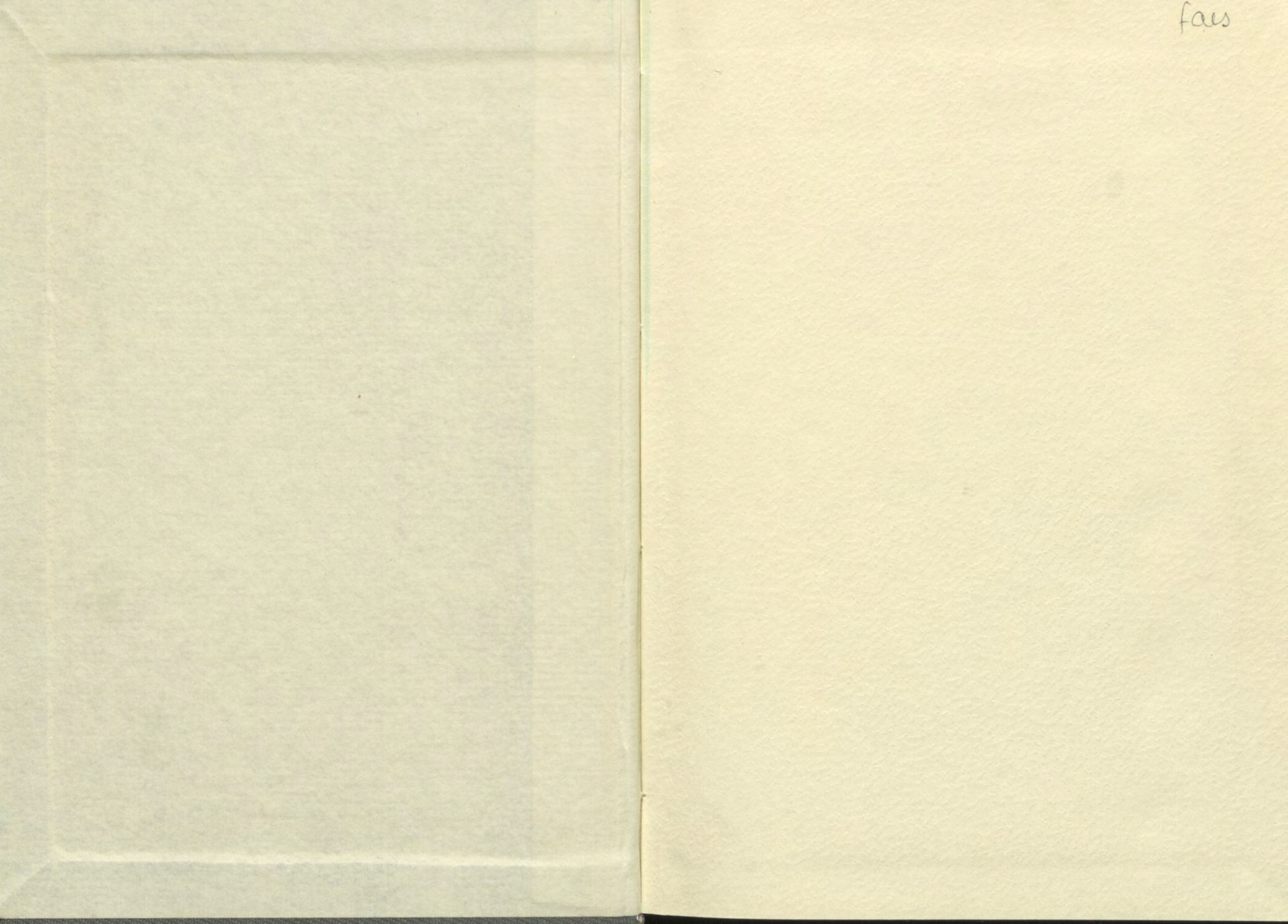
LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA
Y OTROS ESCRITOS

LUIS E. LOPEZ DE MESA

1936

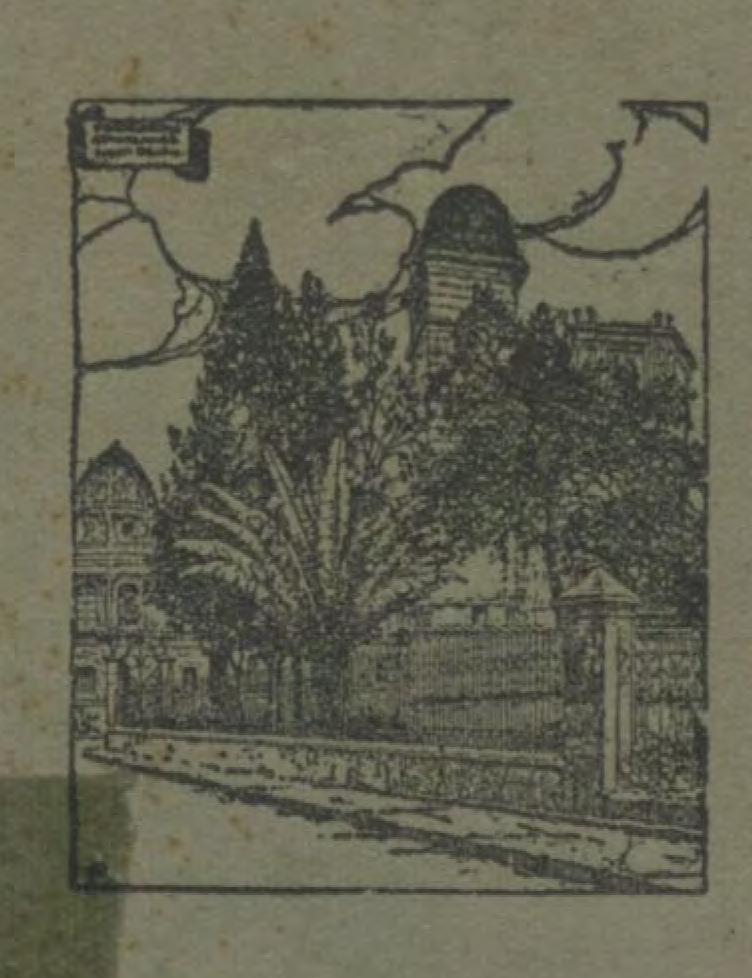

fais

IBLIOTECA ALDEANA DE COLOMB

LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA Y OTROS ESCRITOS

POR

LUIS EDUARDO LOPEZ DE MESA





BIBLIOTECA ALDEANA DE COLOMBIA

La Sociedad contemporánea y otros escritos

POR

LUIS EDUARDO LOPEZ DE MESA



SELECCION SAMPER ORTEGA DE
LITERATURA COLOMBIANA

PUBLICACIONES DEL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL.

Editorial Minerva, S. A.
BOGOTA—COLOMBIA.

D. LUIS EDUARDO LOPEZ DE MESA

Nada más grato que reestampar en las páginas liminares de este volumen, lo que en ocasión inolvidable se dijo del profesor López de Mesa, al recibírsele como individuo de número de la Academia Colombiana. Los lineamientos generales de un concepto sobre tan interesante personalidad, están en seguida. Pudiéraseles adicionar con datos concretos, a manera de estadísticas comprobatorias, a pesar de que es bien sabido que existen dos maneras de mentir: por medio de la mentira y por medio de la estadística. Además, ello sería un poco pleonástico, ya que el ilustre profesor ha estado suficientemente en contacto con el público —no le place la torre de marfil— sea en su condición de médico, o de publicista, o de miembro del gobierno, y en todas ocasiones de colombiano preocupado por su tierra y su gente.

*
* *

Es el doctor López de Mesa tipo del hombre de ciencia que sólo ocasionalmente ha entrado en contacto con el gobierno, para beneficio de la instrucción pública, y cuya imaginación anda limpia de códigos. No quiere decir esto que haya sido indiferente a la política, como que ha venido observándola con anheloso interés, paso a paso, desde la línea tranquila del equilibrio del crítico, y excepcionalmente con la vehemencia a que no es posible sustraerse nadie en nuestro medio.

Con esto quiero expresar que su personalidad es compleja, y que si ha amado las bellas letras, siempre las ha apareado con las ideas que le suscita la contemplación de la sociedad, sea la que yace en las petrificaciones de la historia, sea la contemporánea con todas las trasformaciones que bullen en su interior, y que el sociólogo va palpando como entre una habitación semioscura. Los *Apólogos*, que fueron su primer suceso juvenil, nos enseñan la constante preocupación del autor por la forma y por las ideas. El doctor López de Mesa se estrenó en el mundo literario volviendo al antiguo comprimido del Apólogo, mezcla peregrina de imaginación y de filosofía, un tanto olvidada en los tiempos que corren,

pero con antecedentes españoles de tan ilustre blasón como el del *Conde Lucanor* y el de *Calila y Dimna;* fábulas apólogas que encontraron en España terreno propicio a su desarrollo y florecimiento, como buenas orientales que eran por su ascendencia. En ningún género se habrá encontrado mejor a un mismo tiempo el profesor y el estilista.

Volviendo a esa especie literaria, tomó López de Mesa nuestros sentimientos y los fue engastando uno a uno en la historieta sabrosamente arcaica. Allí nos hace tocar la tragedia ante la sobriedad de dos páginas que contienen el apólogo de la fe, y la sutileza en el del amor, y el movimiento subjetivo en el de la felicidad, y el conceptuoso en el de la religión, y el panteísmo en el de la muerte, y la delicadeza en el del recuerdo, que no es ficción erudita sino reminiscencia doméstica, fina como nuestras percepciones de remota infancia, y que no por remotas dejan de presentársenos a la memoria inflamadas de vida.

Si leer es viajar mentalmente, y si todo libro puede considerarse libro de viajes, puesto que nos trasporta a los países del pensamiento, las obras, o mejor, las páginas que pasan a nuestros ojos en un momento dado, adquieren para nuestra sensibilidad fisonomía de ciudades conocidas o soñadas. Unas siempre ligeras, gayas, luminosas como de

costa, como de puertos latinos; otras presumidas, ensimismadas en su vestidura superficial, en sus fachadas, como ciudades mediterráneas preocupadas constantemente de ciertos refinamientos de forma; éstas, generosas, señoriales, que nos abren los brazos patriarcalmente, a la antigua, cuyos rinconcillos recatados más que encrucijadas que nos desorientan son sorpresas cariñosas que nos salen al paso; aquéllas, son ciudades de interiores domésticos, y que es preciso habitar por algún tiempo para conocerlas y saborearlas. Hay que penetrar en ellas con espíritu investigador para exprimir sus ambrosías y descubrir sus misterios. Ambiente nórdico, londinense, vagaroso, como ciertos pasajes del doctor López de Mesa, donde su pensamiento se diluye en neblinas llenas de exquisitas sugestiones, pero incoercibles. Dijérase a veces que al doctor López de Mesa le agrada escribir *en difícil.*

Generalmente en los escritores de prosa, que no han publicado verso alguno, se encuentra la veta de poesía que reemplaza la obra propiamente lírica, a veces como producto de extravagante intento, a veces como exhalación de vibraciones íntimas y sutiles. Este último es el caso de nuestro profesor, que no ha dado a la estampa, pero ni guardado en su cofre de secretos, la primera rima de su mano. Su brote poético se filtra de vez en cuando en sus más

severos escritos; sólo que la obra en que se le da espacio pleno es *Iola,* obra de primera juventud, etérea al propio tiempo que profunda, como para sacar verdadera la observación, encontrada no en los textos de patología sino por la sobrina de Don Quijote, de que la poesía es enfermedad pegadiza e incurable.

Ni hay causa para sorprenderse de que la vena poética de nuestro recipiendario sea la mística, si recordamos su tendencia al panteísmo. Es verdad que *Iola* es una preciosa colección de figuras de mujer trazadas con criterio impresionista y juvenil, breviario sentimental para leer a trechos, como los libros de horas; serie de estados de alma vibrantes ante el influjo amoroso. Allí, donde se presenta la prosa más peinada del autor, y donde el suave impulso de su mano vése trenzando muelles períodos, rítmicos y madorosos, acordes con su filosofía sobre el alma femenina, es donde mejor se revela su temperamento entre laico y religioso, entre pagano y místico; porque si la religión del doctor López de Mesa es problemática, su religiosidad es indiscutible.

Me inclino a creer que no se tuvo en muchas de esas páginas el deseo de escribir prosa mística; sino que ella surgió espontánea, inconscientemente del concepto metafísico que hubo de inspirarlas.

Mujer y naturaleza son los dos elementos que se entremezclan allí constantemente, como los colores artificiales en los juegos de agua nocturnos. ¿Y cómo no había de serlo la naturaleza si ella constituye uno de los personajes más vivientes en las obras de nuestro eminente compañero? Recordemos que en su ensayo sobre la *Civilización Contemporánea* se apunta como pensamiento liminar que el campo constituye el medio más eficaz de inspiración en religión y filosofía, en amor y en arte. Quien emite tales conceptos y tiene esa saludable obsesión del paisaje como sujeto de contemplación y de interpretación, es hombre de vida ciudadana, de laboratorio y biblioteca, de cátedra y de salón. Todo esto no contrarresta su tendencia invencible por la naturaleza; ni impide que ésta hable en varios pasajes de su obra un lenguaje más expresivo que el de las figuras humanas que en ella se agitan. Una de las diferencias protuberantes entre sus dos novelas es la que toca con los influjos de la naturaleza, persistentes en el *Secreto de Nilse*, ocasionales y rápidos en *La Biografía de Gloria Etzel.*

En ésta el sentimiento de la maternidad parece asfixiarse en el mundo ciudadano en que se agita, y nos hace recordar la triste frase del autor de que la ciudad es una nevera de almas.

En cambio, en el *Secreto de Nilse* se siente el trópico a cielo abierto. No quiere esto decir que sea un libro tropical, en el sentido despectivo que ha venido tomando esta voz, y que debería figurar ya en el diccionario. Nada en el doctor López de Mesa es tropical; nada es excesivo, ni hinchado, ni chillón en el adjetivo ni en la idea. Quiero decir que el hálito de nuestras tierras calientes se entra por aquellas páginas, que no parecen a veces sino ventanales que reciben la resolana febricitante de Santafé de Antioquia, merced a la vívida descripción. En tal ambiente se estudia un caso tocante a la estética de la personalidad, que hace recordar a Bretón de los Herreros en su comedia famosa *Muérete y verás;* sólo que en ésta se nos presentan las sorpresas que produce el amor a quien da ya por muerto la sociedad, y en la otra vemos principalmente las sorpresas que el personaje tiene consigo mismo en su condición de narciso embelesado con su propia metamorfosis.

Ni me desplace que se nos haga olvidar en ese libro que vamos viajando en novela y que nos detengamos largas horas en cualquier estación de lucubraciones estéticas. Aparece entonces el ensayista sobrepujando al novelador; fenómeno frecuente y de la misma índole que el observado en los grandes novelistas cuando escriben teatro, dando a sus pie-

zas el movimiento tardo y descriptivo del género que señorean.

He nombrado las dos novelas de López de Mesa, de las cuales prefiero la que es menos novela, porque en ella está mucho más presente su autor. Entre un buen libro en que veo poco al autor y otro en que éste se revela cuan alto es, no vacilo en el escogimiento, y menos si a quien voy a encontrar es al ilustre colega, malabarista de las ideas, argonauta de la filosofía, aristócrata del pensamiento y ejemplar de lujo de la galería espiritual de nuestra época.

Parece que nuestro compañero hubiera estado buscando su camino de Damasco en la región de las letras; pues el doctor López de Mesa es insaciable consigo mismo. Aquellas obras de imaginación no debían llenar sino una etapa de su labor intelectual. Síguenles sus ensayos en que dio con la plenitud de su propia manera.

En el ensayo es donde mejor puede extenderse y jugar quien tenga combinadas cualidades de filósofo, de historiador, de sociólogo, de crítico. Forma concentrada, el ensayo aparentando cierta ligereza ha de ser profundo, y vistiéndose de cierta simplicidad ha de guardar condiciones de aglutinante. Especie literaria perfeccionada cada día más en la moderna literatura, cuadra a maravilla con la com-

plicada urdimbre de nuestro tiempo. Díjose de Montaigne, iniciador del género, algo que también podría aplicarse al doctor López de Mesa, y es que no tuvo más ocupación que pensar. Y no tan sólo siente la delectación morosa del pensamiento, sino que fuerza a los demás cuando estamos en contacto con sus escritos, u oyéndole, a abandonar nuestra sólita ligereza y superficialidad.

En el ensayo está nuestro compañero en su propia casa; y desde allí observa el juego de las corrientes sociales, económicas, afectivas, en que va rodando la humanidad, ¿para llegar a dónde?... ¿Qué alcance tiene la reacción que experimenta la humanidad en el momento anheloso que vivimos? Al doblar el ángulo de la presente época, ¿qué panorama vendrá a presentarse en el curso de dos o tres generaciones? Esta trasformación presurosa en que el principio de la relatividad se acentúa en todo, comenzando por las matemáticas, ¿no nos conduce a una segunda Edad Media? ¿Volverá la economía feudal a dominar el mundo, poniendo a su servicio todo el acervo del progreso, resucitando el baluarte antiguo con el nombre de Estado? Algunos países de nuestra América y algunos recodos de Europa ¿vendrán a hacer el papel de los monasterios medioevales, conservando la tradición arrollada y vencida?

Cómo nos hace meditar ese estudio sobre la *Civilización Contemporánea,* en el cual se despliega con serenidad y esbeltez, con la impasibilidad del químico ante la reacción observada en la hirviente probeta, el lienzo de los problemas sociales que asedian y complican el mundo actual.

Pero Colombia ha sido la madera preferida por nuestro compañero para labrar sus ensayos más detenidos.

Allí su arte de la composición, donde al lado de las estadísticas resecas, florece la descripción vivaz, entre el pedregal de los números.

Se ha dicho que cada hombre, como cada pueblo, ama la patria a su manera. Para López de Mesa, Colombia ha de ser ante todo la del hogar campestre, la nación de la aldea modelo, punto de intersección entre la ciudad y el campo, que le presta a aquélla su cultura y a éste su libertad y su pureza. En la cultura aldeana cifra una de sus más nobles aspiraciones, que ha convertido en una de sus más intensas tareas, removiendo el terreno educativo con el arado de las novedades. Con este motivo ha admirado el congreso su disertar cálido y sapiente, y su agilidad para saltar el obstáculo que le oponga la contradicción parlamentaria (1).

(1) Su informe reglamentario al congreso, como ministro de educación nacional, tiene por título **Gestión administrativa y perspectiva del ministerio de educación en 1935**; y en tal documento puede apreciarse la labor llevada a cabo por López de Mesa y el impulso que dio a aquel despacho. Fueron famosos los debates en el senado de 1934, alrededor de cierto proyecto de reforma educativa, original de López de Mesa. En ellos estuvo enfrentado con brillo y destreza al senador Laureano Gómez.

Los temas colombianos dan sus mejores páginas, y logran hacer sintético un temperamento tan fundamentalmente analítico, y concreto el juicio de un expositor inclinado a la explicación en abstracto.

Releed sus estudios sobre los problemas de la Raza, la Introducción a la *Historia de la Cultura Colombiana,* el *Cómo se ha formado nuestra nacionalidad.* Colombia es la obsesión mental y cordial del autor: estudiar a Colombia en su pasado y en su porvenir: carmenar en capítulos de inteligente observación las flaquezas y excelencias de su raza, en la lucha con el clima, con la configuración geográfica impropicia, con el influjo atávico; observar las modalidades psicológicas propias de cada departamento; clasificar, rastreando los acontecimientos públicos, a las generaciones colombianas desde el punto de vista político, intelectual y afectivo; interpretar a la patria lo mismo ante la página histórica, dura al análisis, que ante la imagen que está destiñéndose siglos ha en la penumbra de una iglesia

colonial y a la que López de Mesa enciende de súbito su lámpara votiva en prosa emocionada.

Hé aquí los puntos que han tocado más hondamente la epidermis intelectual de nuestro profesor.

*

* *

He olvidado decir que el doctor López de Mesa representa el tipo del médico eminente que sabe combinar sus disciplinas humanas con las de su ciencia y profesión. No ha sido esto fenómeno muy frecuente en Colombia; pero recordemos con esta oportunidad, y por tratarse de figuras extintas de la tierra natal de nuestro recipiendario, a los doctores José Vicente Uribe, Manuel Uribe Angel y Luis Zea Uribe; hombres de letras, al propio tiempo que ilustres médicos.

El doctor López de Mesa une a su saber y a su prestancia intelectual, la fineza del sentimiento. Su ciencia no le ha secado el corazón, sino antes bien se lo ha acendrado, circunstancia la más amable de su personalidad, con lo cual lleva adelantado para el ejercicio de la medicina el conocimiento de las razones que tiene el corazón y que la razón no conoce, de que habla el pensamiento de Pascal. Como en ninguna otra línea del saber, en la medicina esas razones obligan, conducen, salvan, y cuando no pue-

den salvar ungen con el bálsamo del alma a la humanidad afligida por el dolor. De ese bálsamo está siempre rica el ánfora del doctor López de Mesa (1).

EDUARDO GUZMAN ESPONDA

---

(1) Complementaremos el anterior excelente estudio sobre la magnífica personalidad de Luis López de Mesa, con los siguientes datos de carácter biográfico:

Es nuestro amigo el quinto hijo del matrimonio de don Bartolomé López de Mesa con doña Virginia Gómez, y nació en Donmatías el 12 de octubre de 1884. Le enseñó las primeras letras, en el pueblo de su nacimiento don Félix Castaño; pero trasladada la familia López de Mesa a San Pedro, Luis continuó estudiando por su cuenta en la biblioteca que en esta última población poseía su tío don Laureano López de Mesa. Entre tanto, le dio por estudiar telegrafía y fue telegrafista en San Pedro, cuando sólo contaba doce años. Con la preparación que por su propio esfuerzo había obtenido, continuó los estudios de bachillerato en el Liceo de Antioquia y los terminó en el colegio de los reverendos padres jesuítas, en Medellín en 1905. Por hallarse en ese tiempo cerrada la Universidad de Antioquia, vino a cursar medicina en Bogotá, y aquí recibió el grado de doctor el 30 de noviembre de 1912. Estuvo luégo practicando cirujía y medicina general al lado del doctor Carlos Esguerra, en la clínica de Marly hasta 1916, año en que hizo su primer viaje a los Estados Unidos, para especializarse en enfermedades mentales, en la famosa universidad de Harvard. En 1922 viajó por Inglaterra, Francia, España, Alemania, Italia y Grecia, perfeccionándose en sus estudios médicos y filosóficos. De entonces es su libro "La civilización contemporánea", que no es la primera producción de su pluma, pues en 1906 había publicado el opúsculo "Pa-

réntesis moral", que fue premiado en un concurso en la ciudad de Medellín.

De regreso de Europa ejerció la medicina en Bogotá hasta 1930, año en que hizo un segundo viaje a Europa, del cual regresó precipitadamente, al ocurrir la ocupación de Leticia por los peruanos.

En su vida de estudiante fue distinguido con el nombramiento de miembro del Congreso Internacional de Estudiantes de la Gran Colombia y, a raíz de su grado, con el de miembro del Congreso Médico de Medellín, de 1913. Pertenece a las academias Colombiana de la Lengua, de Medicina, de Historia, de Bellas Artes y de Ciencias de la Educación. El único cargo público que ha ocupado es el de ministro de educación nacional de 1934 a 1935.

El primer López de Mesa que vino a Colombia en 1750 fue don José Salvador López de Mesa, español, oriundo de Chiclana. Uno de sus descendientes, don Gregorio López de Mesa, abuelo de nuestro biografiado, contrajo matrimonio en Río-negro con doña Helena María Entwistle, inglesa. La sangre sajona de esta abuela ha predominado en el carácter de Luis, que es extraordinariamente afectuoso, pese a la seriedad de su fisonomía y a su aparente esquivez. Desde niño ha tenido un perfecto dominio sobre sus nervios y se ha manifestado tolerante y apacible.

Sería imposible rastrear en los libros de Luis López de Mesa sus numerosísimas lecturas, que arrancan de Augusto Nicolás y del Abate Moigno, allá en los lejanos días de su infancia, y llegan hasta los más arduos filósofos alemanes: lo único que puede afirmarse es que, entre los colombianos de su edad, acaso no hay ninguno que posea una tan densa cultura.

La Sociedad Contemporánea y otros escritos

POR

Luis Eduardo López de Mesa

Innegablemente la sociabilidad es una fuerza ineludible. Ella nos sujeta a realizar con gusto mil esfuerzos que en el fondo de nuestro espíritu calificamos de necedad, cuando no de insensatez. Tal así este afán de escribir de que padecemos los hombres del siglo XX. La producción libresca de un solo país en un solo año, digamos Inglaterra en 1923, requeriría más de un siglo de lectura. Francia produjo en 1924 nueve mil libros, fuera de folletos y publicaciones periódicas. ¡Y pensar que en esa enorme producción como en cualquiera otra similar, no se encontraría un solo concepto definitivo ni quizá una interpretación original de la experiencia cotidiana!

Es, pues, derroche de esfuerzo condenado a olvido irremediable. Los mismos autores que triunfan e imponen su personalidad a un medio ambiente cualquiera o aun a toda una época en un ambiente universal, se van borrando poco a poco del escenario público, y algunos años después de su victoria resonante son extraños a las nuevas generaciones. Es la bancarrota de la prodigalidad. Más aún asistimos también, a una bancarrota de la fama. Al re-

correr las calles y parques de las grandes urbes vemos a diestra y siniestra estatuas, bustos, placas conmemorativas de mil y mil glorias que fueron y que ya sólo el diccionario enciclopédico sabe distinguir. Representan el doloroso "anonimia" del mármol y del bronce. Por evitarlo los pueblos se dan, con un afán ingenuo, a la tarea de custodiar la memoria de esas pobres notabilidades que devora el tiempo, y fundan sociedades con el nombre propio del agraciado para difundir su obra, preconizar sus enseñanzas, mantener pura y auténtica su tradición. En cada ciudad capital hay cincuenta o más de tales pías instituciones, y en cada aldea una al menos. El monumento a X. . ., la biblioteca Y. . ., la academia Z. Z. Agotado el mérito de las academias en su fácil multiplicación y selección dudosa, agotado el mérito del mármol y del bronce en este derroche de una estatuaria de abarrote que con frecuencia suele afear los rincones de las grandes y pequeñas ciudades, y el mérito de las condecoraciones en esta fantástica prodigalidad de cintas, cordones, cruces y medallas que inunda el mercado como una loca emisión de papel moneda, la fama en bancarrota ha llegado a un gesto supremo de piedad: ha consagrado centenares de monumentos al mérito desconocido, repitiendo, a su manera, la

agonía del politeísmo cuando levantó un altar a los dioses sin nombre ni leyenda.

Nos agotamos en una loca incertidumbre. Esos nueve mil volúmenes de producción científica y literaria de un país en un solo año pudieran resumirse en un folleto de dos horas de lectura en cuanto tienen de verdaderamente eficaz para el progreso; de donde el que pudiéramos decir que hoy consumimos una energía mental doscientas mil veces superior a la efectiva, lo que nos coloca ante el problema de un desperdicio extravagante de la inteligencia humana. De ahí que la erudición sea hoy día casi imposible en el sentido de abarcar sintéticamente la labor intelectual del hombre. El letrado de la Edad Media y de la cultura grecorromana podía meditar largamente sobre un libro, con el conocimiento armónico del saber humano, y construir sistemas de un gran valor ideológico dentro de las disciplinas de su época. Hoy día la larga meditación es imposible, y en este hacerse y deshacerse de las teorías modernas asistimos a un implacable agotamiento de nuestra capacidad mental, quemada, por decirlo así, en un esfuerzo inútil.

Será preciso que surja una reacción. Principiar un doble esfuerzo de selección que abarque la producción y su distribución a la vez. El niño debe ser vigilado por el Estado por medio de bibliotecas po-

pulares donde se nutra culturalmente de lo más fundamental y selecto en cuanto a ideología y arte. Evitar a las generaciones futuras esa dilapidación extravagante de horas que hemos hecho nosotros en la lectura de centenares de libros de un contenido insustancial o deletéreo. Proclamar el ahorro de la inteligencia humana, como se ha proclamado el ahorro de ese otro valor, que tan inferior le es, de las riquezas materiales. Felizmente ya se inicia algo en este sentido, y si llevamos al problema la luz de una noción precisa, saldremos adelante con bien.

La otra manera de seleccionar la inteligencia consiste en la prudente orientación de los presuntos escritores. Aun hoy la imprenta facilita hasta el delirio la multiplicación literaria. Pero es, sobre todo, esa hija suya descarriada, la casa editorial, la que nos está pervirtiendo el gusto. Sujeta a la eficacia del comercio, no orienta a las pobres multitudes, sino que las explota en sus más comunes y mediocres apetitos, de donde el que las sature del forraje indigesto de mil necedades literarias, con un desprecio olímpico de lo que no sea comerciable de urgencia. Contra esto lucha en parte la acción social, que por medio de algunas academias distribuye premios y menciones honoríficas, en un esfuerzo instintivo de selección, desgraciadamente muy subordinado aún a conveniencias secundarias.

No está lejos el día en que la producción literaria, como los alimentos y los medicamentos, tenga su censor de oficio que, sin destruir la iniciativa individual indispensable, prevenga al público de que lo que va a consumir vale o no vale su esfuerzo mental y su dinero. No es justo que defendamos el estómago de una mala leche, y no protejamos el cerebro de un atropello de flagrantes necedades. La vida es un instante fugaz que sólo intensificado al máximo se eterniza en una equivalencia misteriosa aún.

Esta tarea será prodigiosamente fácil en un próximo futuro, pues así como hoy la grafología nos da indicaciones muy atinadas sobre el carácter y la ilustración de un individuo, y así como el dibujo de los escolares está revelando ya el desarrollo armónico o inarmónico del estudiante, y cada una de nuestras acciones entraña uno como retrato de la psique, que sólo nuestra ignorancia actual no nos permite ver y comprender, así también, mañana, la lectura de una página permitirá al psicólogo desentrañar de una docena de adjetivos y de verbos empleados al azar de un relato o de una exposición cualquiera, el temperamento, las tendencias y las capacidades del escritor que se quiera analizar. Si aun la incipiente psicología que poseemos ya nos per-

mite sorprender al desnudo el alma de los poetas y dramaturgos.

Es verdad que no estamos ciertos de la resultante final del esfuerzo humano, y que, por lo mismo, debiéramos permitir el tanteo. No sabemos aún si la ciencia, agotados los recursos de la investigación sensorial en lo ultramicroscópico y en la ilimitación del universo, se detenga en un extremo intransitable, como estuvo a punto de ocurrir en el estudio de la biología al llegar al límite de un milésimo de milímetro. Mas hemos presenciado el hallazgo de nuevas rutas, como el ultramicroscopio, como el espectro de los rayos X, y la microfotografía en el vacío, que en un día nos aumentan nuestra capacidad de investigación veinte veces más, mil veces más aún, según el caso; y mientras aquella bancarrota posible, y dolorosamente probable también, no ocurra, es nuestro deber sagrado continuar en el esfuerzo de técnica y selección y especialización en que hoy nos encontramos.

Sí: tenemos ya la conciencia de que este afán de escribir toca las lindes de la locura, y nos da rubor ofrecer al público un libro de más de cien páginas. En la incertidumbre sensata de si aportaremos o no al haber común un pequeño mensaje de verdad que justifique el robo en despoblado de unas cuantas horas de la atención pública, nos debatimos

interiormente en una horrenda ansiedad. Ya muchos prefieren el silencio. La aristocracia de un mutismo principesco en que el alma se da el grato placer de regocijarse en sus propias lucubraciones y en la contemplación desinteresada del mundo exterior. Quizá ellos tengan razón. Sólo que de ahí a un budismo intelectual no hay sino un corto paso, que no está aún justificado ante el confuso e impreciso deber de una cooperación social.

De ahí que cuando vemos las instituciones fundamentales de esa sociedad a que pertenecemos tocadas de un desorden orgánico, como el en que hoy se hallan, surja en nosotros el afán de emitir una opinión. La presuntuosa ilusión de una reforma instantánea no asedia a un espíritu que vive la vida crudamente realista del siglo XX. Mas, ¿quién sabe si el prurito ingenuo de emitir su pensamiento no representa en cada cual una orden superior del espíritu humano en pro de su incesante devenir?

Con esta intención en mientes, la ruta que pudiera seguirse no es la de un resumen de las ideas existentes ni la de un comentario erudito. Es, de preferencia, un esfuerzo de meditación en la soledad de la propia conciencia intranquilizada. Repensar lo que se ha visto, como si fuésemos los recién llegados de otro planeta, y ver si la sinceridad de un

razonamiento desinteresado conduce a algo aprovechable.

*

* *

El partido político, la prensa y el parlamento representan la columna vertebral de las domocracias modernas. Los dos primeros organizan el movimiento de la opinión pública, y el tercero consagra la obligación de las ideas predominantes.

El espíritu del hombre se halla hoy sujeto a un movimiento grandemente acelerado, al revés del progreso del mundo antiguo, que se desarrollaba con prodigiosa lentitud en repetición de repeticiones. Ese mundo antiguo codificaba lo tradicional, el mundo contemporáneo codifica sus aspiraciones, con una inquietud que es su mayor fuerza, y su más grande escollo también.

El volumen de opiniones que amasamos hoy es de una complejidad en que se pierde la mente humana, y para la organización de ese movimiento ideológico necesitamos del auxilio gigantesco de las matemáticas y del símbolo. Aun así, la categoría de los valores se nos escapa a menudo, y este caos frecuente nos hace caer en errores de difícil corrección.

Un escalofrío de angustia agita hoy el ánimo de

todos los pensadores cnoscientes de la hora actual. Hemos llegado al acuerdo casi unánime de que las instituciones que rigen nuestras sociedades son deficientes, si no sustancial, al menos prácticamente, y de que se hallan enfermas de una desorganización íntima. La facultad de análisis, que se ha desarrollado de una manera prodigiosa, nos permite comprender la flaqueza de todos nuestros más preciados dogmas. No así la facultad creadora, pues es muy inferior en eficacia lo que añadimos al haber común en materia de principios normativos de la conducta social. De este grave desequilibrio en el progreso del espíritu humano nace el desorden personal y social en que hoy nos debatimos.

Es, también, lo que aqueja fundamentalmente el alma de los partidos políticos. Después de haberse constituído sobre la base, rocosa al parecer, de ideas definidas, la ciencia ha venido socavando el concepto de valor y de eficacia de esa ideología, y en su esfuerzo de adaptación los partidos políticos han ido restringiendo, modificando y aun sustituyendo sus programas hasta el límite de la extrema vaguedad de principios en que hoy reposan. Rota la filosofía y descoyuntadas las religiones, la política va recluyéndose más y más al programa de una acción técnica y, como tal, severa y fría. El fervor apasionante de las ideas-convicciones se rinde ante los

cuadros estadísticos, las leyes de la economía política y la balanza del comercio.

Cuando un hombre, como miembro de una sociedad, encarnaba el espíritu racial, o cuando, adepto de una religión, representaba al dios del universo infinito, los partidos podían enarbolar como bandera "principios eternos", hacer hervir la sangre de los pueblos e incendiar el mundo. Mas hoy, cuando somos apenas una confusa unidad ideológica y un valor cotizable, matemáticamente cotizable ante una compañía de seguros; cuando el hombre político conoce lo que le costamos al Estado en dinero para ser lo que somos, y conoce, con maravillosa aproximación, lo que valemos como unidad de trabajo, todo el fervor de las pasiones políticas se apaga, y con una gran humildad en el corazón nos damos a la tarea sosegadora de un cálculo aritmético o a la noble labor desinteresada y comedida de una cooperación social en función de simpatía.

Los partidos representan la polarización de las corrientes sociales, como en la pila eléctrica se distribuyen los iones hacia el polo positivo o negativo. De ellos se ha dicho que representan la estática y la dinámica social. Talvez sólo existe un juego de fuerzas en que no hay quietud y movimiento que se oponen, sino mayor o menor impulso y modos diferentes de la acción. Desde la partícula invisible de

los núcleos atómicos y sus electrones satélites en que aparece una dualidad irreductible actualmente a toda explicación, hasta las fuerzas de atracción y de repulsión de la materia en general, la herencia y el progreso de las especies, los sexos, las nacionalidades etc., hay una lucha entre fuerzas que no sabemos si es que se oponen o es que se agitan buscando el equilibrio de una ordenación conforme a su potencia. Es lo que se ve en la historia universal de los partidos políticos: en cada etapa de su desenvolvimiento aparecen como fuerzas contradictorias, siendo sólo la expresión de las diversas rutas por donde la energía recóndita que mueve los pueblos puede encauzarse. Al decir esto aparece en nuestra mente la visión desconcertante de un escepticismo peligroso, porque, si no ha habido nada fundamentalmente sustancial en la oposición de los criterios que han llevado a las sociedades a combatir con tanta saña y a anegarse en sangre y fuego, tampoco debe de existir cosa alguna ideal o material que merezca un grande esfuerzo, y estaría, entonces, justificada una inercia hedonista y benévola. No. Hay caminos más cortos y fáciles de transitar, la experiencia lo dice, y conductas sociales de una sabiduría que produce mayor bienestar humano.

Proyectando en la historia, estos conceptos abstractos se precisan un poco más. Los partidos se han

formado al rededor de tesis que son la expresión de las diversas maneras como un pueblo puede conducirse: ante una potencia extranjera surgen el partido de la sumisión y el de la rebeldía; ante un desorden surge un jefe; ante una feudalidad, una realeza; ante una realeza, la democracia; el racionalismo en frente de la teocracia; y un socialismo limita la plutocracia. Cada una de estas modalidades puede, vista sinópticamente, representar un progreso con respecto a la anterior, si progreso podemos llamar esta pendiente hacia un nivel común que trae la naturaleza desde sus orígenes, tanto en el mundo de la física como en esta parcela de la vida que representa la historia del hombre, cosa por ciertos aspectos inverosímil, e inútil de tratar por el momento. Mas cuando vemos que los pueblos conquistados entran a formar, ejemplo Italia entre los latinos, una gran nación, o resistir heroicamente, como los Cantones suizos, y ser, a su manera, también felices; cuando vemos un Asoca y un Marco Aurelio al lado de Pericles y de Washington, las contradicciones son menos chocantes y hasta una benévola acogida para todo lo que existe en este mundo tiende a oscurecer nuestro criterio. ¿No podríamos ya sospechar que el socialismo y el capitalismo pueden resolver el problema económico de una manera no muy desemejante?

A oscurecer el criterio, porque no es indiferente del todo la naturaleza a la acción de nuestra voluntad. Hay en cada momento de la historia de una sociedad fuerzas que la conducen, orientaciones políticas que los partidos representan con más o menos conciencia de sus destinos. De esas corrientes una, por ejemplo, representa lo heredado, la tradición, el bienestar que muchos miembros de la comunidad experimentan en un orden de vida organizada; otra es el fermento que trasforma esa comunidad en busca de un nuevo equilibrio, porque hay una parte de ella que sufre espiritual o materialmente. Esto justifica la formación de los partidos. Ellos aportan el esclarecimiento de esas orientaciones con la postulación de su ideología, con la discusión de sus aspiraciones, y ponen el fuego de pasión necesario a toda acción de la voluntad. Al verdadero estadista, al conductor de pueblos, corresponde la visión genial que discierne la fuerza que en ese instante se "historiza", que en ese instante se impone como una corriente constructora y no se deja extraviar por reacciones o resistencias que, como los remolinos en el curso de las aguas, disimulan el cauce fundamental.

Pero, ¿cuál es la fuerza que se "historiza" en un momento dado, y cómo discernirla en el confuso tur-

bión de una hirviente actualidad? Esto es lo que justifica la existencia de una filosofía de la historia, de un estudio de la evolución humana en función de las fuerzas perdurables que rigen la vida de los pueblos.

Si consideramos la decadencia actual del liberalismo en todas partes, nos damos cuenta de que ese partido no tiene aún conciencia clara de su nueva misión y se agota, por consiguiente, en la discusión de ideales que ya no tienen fuerza ejecutiva. El representó una tendencia hacia la "amplitud de ideas" en el siglo XVIII, y contribuyó a desencadenar esos gigantescos cataclismos sociales, dolorosos y fecundos, de que surgió la democracia moderna; en el siglo XIX alcanzó una nueva etapa, fue "amplitud de sentimientos", y creó esa falange de exegetas y comentadores de la tolerancia, que en su anhelo de desbravar la agresividad de las ideas llegaron a desposeernos de todo entusiasmo, a reducirnos a la plácida contemplación de un mundo un poco incoherente y casi cómico. El siglo XX le señala como norma una tercera etapa, que es la "amplitud de acción", una amplitud de acción en que la eficacia solicita el cauce de la ley como reguladora indispensable. Visto así, el partido liberal conserva una razón suficiente de existir y puede medirse con cualquier adversario suyo que no justifique con su con-

ducta este sencillo programa: amplitud de ideas, amplitud de sentimientos, amplitud de acción dentro de la ley como norma técnica de mayor eficacia para adquirir la felicidad equitativa de todos los ciudadanos.

*
* *

Con esto llegamos, desgraciadamente, a la necesidad de criticar de un modo desfavorable la constitución y acción de los partidos políticos tal como se nos presentan en la mayoría de los pueblos cultos de la hora presente. Porque, ¿son ellos la libre expresión de las fuerzas sociales en lucha? ¿Se constituyen y obran para la defensa de una orientación espontánea de esas comunidades? ¿Tienen sus jefes la preparación adecuada a su alta misión representativa y gerente?

Una duda implacable se impone. Hay una gran cantidad de partidos políticos que son el producto fugaz de apetitos desordenados, la cizaña de esta institución, frutos de la envidia, del despecho y de la ambición alocada. Los hay que no surgieron para hacer triunfar una ideología, sino un oculto interés inconfesable; los hay que nadie sabría decir por qué se han formado, corrientes desordenadas de la incertidumbre. Las más de las ocasiones tienen su

gerencia real en instituciones industriales o bancarias, que no están precisamente interesadas en el triunfo de las ideas. Los jefes, a veces, son meras criaturas "ad hoc" y no surgentes espontáneas de la conciencia nacional, y tienen, por lo tanto, que transigir sus principios con el capital gerente y el electorado anónimo. Y estos partidos adquieren suficiente astucia para crear barreras infranqueables a la acción de las mayorías, a la acción de los gobiernos y aun a las corrientes más eficaces de la comunidad. Han formado poco a poco ese modelo de hombre político, frecuente en la vida contemporánea, buen hablador, buen escudriñador de las intenciones ajenas, avizor hábil de excepciones reglamentarias que, sin embargo, se ignora a sí mismo, en cuanto conciencia moral, y se ríe del prójimo en la intimidad de sus proyectos.

Para tales partidos, tales hombres. Mas, ¿cómo evitar los unos y los otros? El capital, como sangre que vigoriza el organismo de los partidos, es inexpugnable en la organización actual de ellos. Y el hombre que sirve a ese capital no necesita reformarse. Un poco de elocuencia, audacia y un buen periódico a su disposición es el bagaje principal, eficaz y a veces exclusivo, con que un político se impone hoy a los gobiernos y a las masas.

El genio y la inteligencia superior son atraídos

hacia otras empresas de mayor remuneración y más sosegado prestigio. En algunas naciones se percibe ya el fenómeno del alejamiento voluntario de la política por parte de los hombres mejor dotados. Las remuneración resulta insuficiente para sus capacidades, el ambiente de una lucha irritante les amedrenta y el roce con una moralidad dudosa los ahuyenta definitivamente. Los verdaderos patricios, los varones consulares, son más y más raros en la liza de los partidos políticos de nuestras democracias contemporáneas. Pero aun aquellos que son conductores autorizados y prestigiosos de la política en los grandes pueblos cultos adolecen de un anacronismo grave. Estudiados a través de sus libros y discursos se nos aparecen como espíritus brillantes, de más agilidad mental que ideas profundas. Científicamente considerados son muy sospechosos de mediocridad y de ignorancia. Esto, que en épocas anteriores, en que el gobierno de los pueblos era una tarea más política que técnica, no fue tan peligroso, lo es ahora cuando una nación, por insignificante que parezca, es fábrica enorme en que ideas, industrias y aspiraciones giran a tercera velocidad, en engranajes que relacionan todo el globo terráqueo en cooperación ineludible.

No quiere decir esto, sin embargo, que el político deba ser un sabio, al modo de un jefe de observa-

torios astronómicos o de un laboratorio de experimentación química, ni mucho menos. El buen político será siempre un espíritu organizador más bien que técnico, hábil gerente en lugar de erudito. Pero ha de ser un espíritu consciente de la complejidad gigantesca de la obra que debe vigilar, para que sus subordinados técnicos den de sí el mayor rendimiento aprovechable a la república.

Una situación semejante conduce a una labor parlamentaria incongruente, prolija y a veces insoluble. Conduce, asimismo, a esta inestabilidad de los gobiernos, a esta irresolución de las administraciones públicas, a la timidez burocrática y a una especie de balance de los gabinetes en que quien sufre es el pueblo, sobre cuya columna vertebral se agitan.

Un fenómeno de semejante patología no puede haber surgido de pura casualidad y por creación espontánea. Viene de la incertidumbre ideológica en que vivimos. Todo sistema herido, antes de morir, se disgrega en busca de alguna nueva estructura favorable, en busca de salud. Este fenómeno de "atomización" de las creencias y de las teorías en general que caracteriza nuestra cultura es su signo de muerte. A este estado precede uno de enérgica concentración que equivale a lo que ocurre en los organismos unicelulares cuando son atacados de fuera, un enquistamiento, y de ahí las luchas crue-

les que precedieron, en los siglos XVIII y XIX, a nuestro estado de disociación actual, preludio de disgregación interna y temor del vencimiento. De ello están afectados los partidos políticos: los grandes cauces de la ideología política de épocas anteriores, el tradicionalismo y el progresismo, cualesquiera que fuesen sus variadas nomenclaturas, encarnaban ideales que ya vivieron su hora y hoy los unos a los otros se acusan de esterilidad, sin entender los unos ni los otros cuál es su punto de discrepancia. La libertad, la igualdad, la tolerancia, la instrucción pública, la seguridad, la protección social y el bienestar material han sido estudiados y hallados sujetos a leyes de técnica impasible que nada tiene que ver con la ideología religiosa, filosófica o meramente política de nuestros antepasados; y roto el tablado de la lucha secular de esos partidos, y aglomerados confusamente en el subsuelo oscuro en que cayeron, se preguntan con afán los unos a los otros dónde dejaron su programa... Los tradicionalistas son tolerantes y escépticos, a veces; los progresistas invocan el orden y la seguridad y, aún, abrazan de nuevo la religión.

Por una circunvolución del derrotero político, los partidos extremistas proclaman un nuevo avatar humano, un regreso a la vida elemental de la tribu, sin nacionalidad ni propiedad, con la impla-

cable tiranía de la masa común, que en otras edades se ejerció bajo la forma de tradiciones y de ritos, y que en la nueva busca realizarse dentro de la norma civilizada de una cooperación obligatoria al bien común. Con frecuencia se escribe y habla de este movimiento como de una locura surgida de la mente de algún judío alemán. Los testarudos y hebraizantes somos nosotros, que no vemos en esa corriente una fuerza social que se "historiza" en nuestro siglo, y no atinamos, por lo tanto, a parar el grave golpe de sus exageraciones. En esta inextricable composición del pensamiento humano, que es por un aspecto idea, por otro emoción y por el de más allá voluntad, el represar una cualquiera de esas fases es reforzar las otras. Este ha sido el error mortal de los pueblos que han padecido cruentas revoluciones. A él nos estamos acercando con el socialismo. El es una corriente que ha triunfado en sus grandes orientaciones y cuyas doctrinas, más o menos disimuladas, aparecen ya en la legislación de todos los pueblos cultos. A su exigencia máxima, tocada de desorden administrativo, de injusticia, de crueldad y sobre todo de puerilidad, opongamos la concesión máxima también a que cada país pueda someterse, según el estado de su industria, de su cultura y de su intranquilidad.

Porque hoy, como siempre ha ocurrido, no hay

realmente en el mundo sino dos corrientes fundamentales, disgregadas en una docena de cauces confusos: plutocracia y biocracia. El derecho de propiedad que se afirma sobre una base de selección, de mayor capacidad, que encomia el estímulo de una actividad individual intensa, creadora de riqueza, de progreso moral y de arte, y que reclama, como retribución, un tratamiento privilegiado; y el derecho de vivir, que no discute prerrogativas ni méritos ni justicia de compensación, sino que se afirma ciegamente como las fuerzas de la naturaleza. Son la expresión moderna de la vieja lucha: plutocracia es la antigua aristocracia que ha venido cambiando de nombres, guerrera, teocrática, feudal, cortesana etc., y la biocracia, el socialismo, es la aspiración al gobierno de todos, por todos y para todos, la eterna democracia de los soñadores, contemplada hoy económicamente porque nuestro siglo es industrial. Es la perennidad de los problemas humanos que, por otro lado, nos hace escépticos ya en cuanto a la eficacia del triunfo.

Grave error sería llamar democracia a lo que ahora existe como gobierno en el mundo. El capital es lo que rige las naciones, él mueve todas las instituciones humanas, y su imperio, que ha sido saludable para mil y mil realizaciones, toca ya a su fin. Su mismo crecimiento lo mató. Su triunfo certero,

matemático, lo coloca en la posición insostenible de un rival que no se puede vencer y que, por lo tanto, hay que matar a traición. Un "trust" que crece y crece puede paralizar el mundo, derrocar gobiernos, crear naciones, imponer ideas y hasta constituir una religión universal cuando le venga en ganas. La capacidad de absorción de un capital grande es como una fuerza cósmica, es como un campo de gravitación. La plutocracia lo adivina ya y se contiene, se vigila a sí propia. Es lo que ocurre en la nación de la plutocracia gigante, en Norteamérica: posee casi la mitad de la riqueza del mundo, sus cuatrocientos mil millones de dólares pueden, en pocos años, apoderarse de la propiedad de toda la tierra. Los rendimientos normales de ese enorme capital le permitirían comprar anualmente la propiedad total de una o dos naciones. Es un problema de economía política gigantesco, en cuya incógnita duerme la solución de nuestros conflictos parciales o la catástrofe más grande de los siglos.

Los norteamericanos lo presienten a medias y tratan de corregir la voracidad peligrosa del "trust", y ya, también, inician un espíritu raro, nuevo en la historia y fecundo en sorpresas por venir: "humanizan" la riqueza, en el sentido de universalizar sus beneficios. Regalan algo de sus millones a la beneficencia y a la cultura en América, Asia y

Europa, como si se hubiesen dado cuenta de la enorme carga de dinamita que representa ese capital acumulado, que puede producir la catástrofe definitiva de la humanidad.

¿Sería ésta una solución universal del problema económico? Ellos oponen la barrera más fuerte que hoy existe contra el socialismo. ¿Hasta dónde serán conscientes de la lucha por venir en que han entrado con tanta decisión?

También es un error llamar democracia al socialismo o al sovietismo. Es un abuso de etimologías y una mentira institucional. La corriente que engloba estas tendencias más o menos desordenadas pudiera llamarse sencillamente biocracia, el gobierno de la vida, el derecho a vivir, y a vivir lo mejor posible, que invocan las masas del "proletariado" del mundo. No es el derecho del trabajo contra el capital, no es el derecho del trabajador a su ganancia, sustancialmente es el grito de la vida que quiere vivir, sea mosca, tigre o sistema planetario. Es la afirmación de la existencia en su conservación, en su recreo, en su procreación y en su perfeccionamiento.

Filosóficamente su teoría es inatacable. Técnicamente tiene en su apoyo la codificación de muchas leyes que han resultado benéficas para el fisco y el progreso general de las naciones. Mas visto de cerca

su funcionamiento, en los países que tratan de ensayar un poco estas ideas, se percibe una timidez en aplicarlas ampliamente que nos indica lo difícil que es el acordarlas con una organización eficiente. Y visto en donde ha desplegado su programa más enérgico, sólo podemos aun percibir resultados confusos de injusticia de clases, malestar individual y despotismo empírico. Mas como ése es el resultado de toda revolución violenta, nada nos autoriza para repudiar definitivamente el conjunto de la doctrina del soviet. En esta hora se está levantando en Rusia una nueva generación que se nutre de una ideología propia con caracteres casi novelescos de originalidad. ¿Qué irá a crear esa nueva generación? Su concepto de la vida será diferente del que nosotros cultivamos con tan ingenuo fanatismo; su inteligencia, aplicada a otra realidad que no la nuéstra, ¿descubrirá rumbos insospechados aún? Sería meramente teatral el darnos a estas cavilaciones, pues la historia nos enseña que después de producir diez o veinte millones de mártires cada revolución se resuelve en dos o tres pequeñas verdades, tal así el ciclón que al disolverse no es ni más ni menos que el aire bondadoso y sosegado de todos los días.

Lo que hay que evitar es que se forme el ciclón. El problema se plantea con una sencillez engañosa que encubre el laberinto de dificultades que surgen

en su aplicación a cada pueblo. Se trata de llegar al desiderátum de un máximo de bienestar individual para la generalidad de la población. El régimen de la libre competencia, base de la democracia liberal, condujo a un gran progreso, y debemos estarle agradecidos, mas también, a una acumulación de capitales que desequilibró la vida social y ha tenido que venir sujetándose a más y más restricciones cada día. Estas restricciones no satisfacen a la masa trabajadora, que quiere la eliminación del capital individual, de la propiedad absorbente. Esta eliminación afecta los tres zócalos sobre que reposa nuestro edificio industrial: el estímulo de la iniciativa individual, el estímulo de la audacia aventurera del capital y la enorme energía humana que representa una organización industrial y comercial que ha venido perfeccionándose durante largos siglos.

Es posible que la psicología de los pueblos se adapte poco a poco a una actividad tan diferente de la nuéstra como es la que presupone un verdadero régimen socialista. Ella ha sido pagana, cristiana, feudalista, monarquista, y liberal sin que el mundo se haya roto las vértebras en tan rudas contraposiciones: ella tendrá buen cuidado de amoldarse, irónicamente plástica como es, a todas las utopías de los hombres. Dentro de cincuenta años habremos recorrido todos los ensayos de socialismo

posibles y estaremos preocupados con la "crisis" del socialismo, como hoy lo estamos con la crisis de esta democracia que nos ha costado un buen mar de sangre.

Para evitar los cataclismos sociales no hay mejor remedio que cambiar la disposición psíquica de combate por un esfuerzo de organización. Combatir es muy fácil, organizar es lo difícil. Aceptemos la necesidad histórica del socialismo, y continuemos realizándolo sin miedo, como hasta hoy lo hemos venido haciendo a regañadientes. Pongamos a los más exaltados a pensar cómo, en cada pueblo en particular, y no en el mundo universo de las teorías, la humanidad puede seguir acrecentando su cultura, su bienestar y su conciencia, según las condiciones económicas y psicológicas de cada país. Limitemos la propiedad privada, limitemos la herencia, limitemos la audacia egoísta y limitemos el ocio hasta donde el resorte de la voluntad conserve su estímulo para decidirse a obrar y a vivir. ¿Para qué destruir el sistema actual de un solo golpe y darnos la pena de resolver a hachazos en nuestra pobre cabeza lo que las generaciones futuras irán resolviendo más hábilmente que nosotros?

Lo que más apena al psicólogo en un cambio semejante es la suposición fundada de que la responsabilidad personal pudiera disminuir con él. Porque,

en rigor de verdad, es esto, la responsabilidad, lo más eficaz y lo más bello de la persona humana. Mas también es justo reconocer que el régimen capitalista actual ha venido destruyendo las mejores cualidades del carácter y forjando éste un deseo afanoso de triunfo que estalla en el egoísmo inmoral e inmoralista de la juventud contemporánea.

Al menos tratemos de evitar lo más que sea posible la locura de la improvisación y del ensayo. Llevemos la ideología de los partidos a un sereno estudio de técnica, y demos a esos partidos una organización acorde con la psicología fundamental humana. Se trata de organizar una acción, y una acción espiritual. Necesitamos convicción o fe en la idea, estímulo de lo que nos pueda traer su triunfo y una mecánica adecuada a la aplicación de esa fe y de ese estímulo. El partido en función de acción y no meramente en función de ideologías. El estudio de la acción conduce al estudio de sus leyes, de sus fuerzas y de su aplicación. Es algo técnico y no lírico-dramático, como hasta hoy ha sido frecuente ver en la literatura política de la tribuna pública, del parlamento y de la prensa.

No olvidemos que la vida tiene varias rutas para realizar su acción. El capitalismo anglosajón y el sovietismo ruso luchan a muerte. Y sin embargo, mirad cómo van resolviendo a su manera peculiar

un mismo problema: el alma rusa, hija de la estepa ilimitada que créa una emoción de desamparo, busca el infinito en filosofía y afirma sustancialmente una fraternidad en lo social. En Cristo halla el símbolo de esa hermandad, y la palabra "padrecito", tan frecuente en sus expresiones, nos representa aquel sentimiento. El anglosajón en sus grandes ciudades no busca la fraternidad, sino la cooperación, la ordenación de la acción, la industria, para las actividades sociales, y el pragmatismo para su filosofía. Estos dos pueblos que parten de diversos puntos de vista, cuyas mentalidades nunca se comprenderían mutuamente, que son bárbaros el uno para el otro, resuelven a su manera un mismo conflicto humano: el primer lugar del mundo en que desapareció el concepto de servidumbre, no sólo en la ley, sino, también, en la realidad, fue Norteamérica, donde una cocinera, una camarera etc., es tan "persona" como su patrón o el presidente de la república, mientras que en otros países va aún ligado a ciertos menesteres el prejuicio de inferioridad, si no de esclavitud. El industrialismo norteamericano—no el capitalismo directamente— resulve, pues, en paz, un conflicto que Rusia afronta en pie de guerra. Pero cada pueblo obra según su índole, y no sería justo predicar una imitación sistemática de éste o

de aquél sin caer en un sofisma de sociólogos desconcertados y empíricos.

* * *

Infortunadamente la tarea de los partidos no se reduce a meros problemas de vida íntima nacional; abarca conflictos internacionales casi insolubles, también, que por todas partes en el mundo preparan luchas de un alcance imprevisible. Hay pueblos poderosos que necesitan de un quince a un veinte por ciento del comercio mundial para vivir según el nivel de comodidades a que se han acostumbrado, y que no tienen en su suelo los recursos de una agricultura ni las materias primas suficientes para satisfacer sus necesidades. Y por todas partes otros pueblos jóvenes se hacen industriales y comerciantes, y reclaman su puesto en la economía mundial. Esto dio ocasión al imperialismo, que ha sufrido ya varias derrotas; al imperialismo guerrero, que fue un disparate en que dejaron su vida para siempre razas de una rica espiritualidad; pueblos, como el español, que diluyeron por el mundo lo más selecto de su sangre, la audacia, la voluntad heroica, la juventud fecunda, a la vez que dieron a la iglesia católica lo mejor de su inteligencia, hasta llegar a

una crisis de conductores por una como involución transitoria de la raza, por la reproducción de los más débiles o de guerreros envejecidos y estropeados. Esta forma de imperialismo murió ya como una actividad que hemos hallado dolorosa y deletérea. El imperialismo comercial surgió entonces, la explotación de los pueblos débiles; una fórmula al parecer impecable, pero que en el fondo tampoco podía perdurar. Porque o da el pueblo imperialista un contingente de su propia sangre y cultura, a la manera como lo ha hecho el pueblo inglés, y entonces surgen colonias que en su creciente desarrollo ahogan la hegemonía de la madre patria y llegan a ser sus más temibles rivales por venir, o se asimilan nuevas regiones y razas, como la América del Norte, para verse en un momento dado amenazadas de un cambio fundamental de su sangre y, por ende, de las características de su preciada civilización. Con Francia asistimos a dos orientaciones muy diversas entre sí: en donde plantó su sangre, Argelia y Canadá, por ejemplo, se verifica una continuidad de su cultura, y ya ha tenido que extender el concepto de patria a su departamento africano, habiendo perdido su gran colonia americana en las peripecias de la vida; y en donde discretamente ahorra la contribución de su sangre, no parece que logrará la creación ni de una cultura autóctona ni de una

cultura europea, sino, quizá, la intranquilidad espiritual que el mero conflicto de dos culturas sin mutua compenetración puede causar.

Tal situación es alarmante. Estas naciones europeas, las más cultas, al menos, gastan cuatro o cinco mil dólares para educar un hombre de mediana cultura, el cual, una vez en lo mejor de su juventud y de su capacidad, para devolver a la patria el gasto que le ha ocasionado, tiene que abandonarla. Y son doscientas o trescientas mil vigorosas unidades las que así emigran cada año, es decir, como un millar de millones de dólares, y quién sabe cuántas posibilidades de selección de la raza, porque en el país quedan las mujeres, los viejos y los débiles en un relativo exceso que no alcanza a corregir la organización migratoria.

El problema es, pues, gigantesco para los países imperialistas o meramente emigradores. Por un instante, al leer las noticias de la lucha colonial, en Asia, por ejemplo, hemos creído en una invencible tiranía de la raza blanca: un combate entre diez aeroplanos ingleses y tres mil nativos, indicaba, al parecer, que en esa lucha victoriosa de uno contra ciento, fuera de la enorme y fría crueldad que representa el matar seres humanos como quien matase moscas, había una prueba convincente del imperio perdurable de la raza blanca. Mas luégo he-

mos visto la triunfante reacción de Turquía, las luchas marroquíes, la creciente fermentación de la India y de la China, que ponen un enorme interrogante en el problema para una Europa empobrecida y cansada de combatir.

¿Podrán los pueblos industriales de la cultura europea y americana conservar el porcentaje de comercio que necesitan al parecer y exigen con tanto afán? Liga de naciones, arbitraje, desarme, problemas angustiosos que son la pesadilla de esta Europa atormentada, ¿se resolverán al fin por un convenio de repartición de porcentajes comerciales? El problema en su desnuda sencillez no es otro ni tiene otra solución. Mas es lo malo y alarmante que la tal solución no la aceptaría ninguno: un reparto equitativo del comercio, ¿sería posible mediante una convención internacional? Todo economista y político medianamente avisado se reiría de tal proposición. ¿Cómo, diría, es posible coartar el libre juego de las fuerzas económicas, ni cómo paralizar el desarrollo espontáneo de los pueblos? Y hé ahí lo desconcertante de este problema, que no se puede resolver por el acuerdo pacífico y la ciencia aplicada, y se quiere resolver a cañonazos, tal como ha venido ocurriendo hasta hoy, aun a conciencia de que ninguna de tales soluciones es definitiva.

Ahora bien, y como resumen, ¿pueden los partidos políticos tal como hoy se hallan organizados y dirigidos, resolver tan escabrosos problemas? Y siendo evidente la negativa, como lo parece, ¿de qué manera podremos corregir esta causal de su deficiencia?

* * *

Nada se puede avanzar en la reforma de los partidos sin estudiar la organización del parlamento y de la prensa, afectados por unas mismas perturbaciones.

En la evolución del parlamento ha habido dos errores casi inevitables. El primero es que, partido de las instituciones elementales de una política primitiva, en que cualquier ciudadano medianamente prestigioso, o aun todos los ciudadanos, como en la urbe clásica, podían constituir el parlamento nacional, éste ha continuado siendo como una función de ciudadanía, y no lo que hoy exigen las complejas materias de que se ocupa una corporación técnica con una sabia organización industrial y una norma suprema de conducta. El segundo es que en el desarrollo del falso concepto anterior se ha querido que represente determinado número de ciudadanos, como si su misión fuese de cantidad y no de calidad, como si fuesen las personas, cantidad variable, y no los intereses, cantidad fija, los que representa.

Y aun este término "representación" es errado y da lugar a las mismas confusiones anotadas: él no representa determinados ciudadanos, él sirve. Y no sirve a los intereses de este o de aquel grupo, sino al interés nacional, independientemente de la opinión y del interés parciales. Esto de creer que "representa" trae toda la serie de intrigas, de resistencias y de asaltos a la opinión pública que hoy se ven en los parlamentos. Y aun en esto la opinión de los pueblos está dividida, pues en algunos, el inglés, por ejemplo, representa programas definidos previamente y considera inmoral el que el parlamentario se separe de esos programas sin consultar de nuevo el sufragio. En otros el parlamentario asume la interpretación de los intereses de sus sufragantes, y se considera más libre en su actuación política. Pero en ambos casos la categoría de los intereses se establece con un criterio, y es la mayor importancia de ese interés como nacional lo que predomina. La fuerza del parlamento inglés estriba, en mucha parte quizá, en la opinión que todo ciudadano de ese gran país tiene de que su patria es un valor de la categoría suprema de los valores divinos, superior a los intereses, a las ideas y a los pueblos; lo que explica la discrepancia que se ha presentado en ocasiones en el curso de su historia entre la moralidad de sus individuos y la impasibilidad fría y cruel de su actuación oficial. En otros países los intereses personales aparecen con más frecuencia como el bien supremo del parlamentario y aun del conductor político, dando lugar a las escenas humillantes por que a veces pasan ante la historia, desconcertados y afligidos.

El aumento del número de representantes es una incongruencia en este sentido. Nada tendría, sin embargo, de alarmante si alguna otra consideración lo exigiese al menos. El número ya exagerado de parlamentarios es estorboso. Innecesario desde luego, puesto que en la práctica se ve que no asisten a las sesiones, ni en ellas hacen falta, una gran parte de ellos. Inconveniente, porque es muy difícil llegar al acuerdo rápido de tantas opiniones diferenciadas por matices de mera índole personal, que diluyen las discusiones en una elocuencia ineficaz y prolija. El aumento numérico de los parlamentarios no acrecienta su capacidad de discernimiento, y siempre ocurrirá a las inteligencias esclarecidas conducir los debates y obtener el triunfo, sean diez o diez mil los votantes. Sólo que para convencer a diez mil se necesita un esfuerzo mayor. Entre esos diez mil habrá necesariamente capacidades muy pobres, las cuales no llegan a la interpretación justa sino después de prolija labor mental. Es éste un mero dato de pedagogía, la cual busca hoy dividir más y más las clases según la capacidad de los

alumnos para no perder un tiempo precioso. Los parlamentarios, aunque quizá no muy niños, están sujetos a esta ley natural.

De ahí que tengamos hoy como crisis del parlamento su alto costo, su trabajo desordenado, a veces turbulento, vulgar en ocasiones, su labor vacilante y prolija, y por último, sus resultados mediocres, como lo revela la constante corrección y revaluación de las leyes que dicta. Todo esto considerando una labor desinteresada y desapasionada. Mas, ¿cómo afirmar la existencia de tal labor? Lo que aparece evidente en el parlamento es un juego de intrigas personales, partidarias o meramente económicas que han venido deshonrando este preciado ídolo del siglo XIX.

Grave pecado de injusticia sería en nosotros, sin embargo, el no reconocer el mérito de algunas, y no pocas, unidades parlamentarias, dignas de reverente aprecio y gratitud. Empero, la opinión pública afirma, en casi todos los países, que la mayoría de los parlamentarios, prevalidos de la irresponsabilidad que les garantiza el anónimo en que ejercen sus funciones, son un poco traficantes de su voto y despreocupados de la moral. Aquí aparece el mal del siglo, la delictuosa eficacia del capital, que nos encuentra prontos a someternos a su yugo seductor por nuestro afán de disfrutar lo mejor posible de una vida que nos parece corta y nunca se repite.

A esto contribuye, también, el análisis doloroso, aunque ligeramente errado, que se ha hecho del sufragio o, más exactamente aún, de la manera como los pueblos lo ejercen, que en un principio predomina la imposición violenta, y es el voto mera resignación a una autoridad despótica que, en caso de necesidad, se impone con sangre; es luégo, en un medio medianamente culto, el amplio ejercicio del fraude, en que la astucia suple a la violencia; y es, por fin, en los países civilizados, el culto irrestricto de la venalidad. Ante la moral los tres procesos son absolutamente detestables, y quizá empeoran en la progresión misma en que avanzan, de dónde la preocupación a que pudiéramos llegar de que no hay progreso social en definitiva, sino mero desalojamiento del centro de gravedad de la inmoralidad humana que, como ocurre en otras esferas también, pasa de la violencia a la astucia, del delito de sangre al delito contra la propiedad, minoración del carácter, en definitiva, y triunfo de la concupiscencia, reemplazo inútil de una moral heroica por una moral de eunucos depravados.

Esto, sin embargo, no es rigurosamente exacto: hay pueblos en que el ejercicio del sufragio es más noble y en que éste alcanza a expresar un verdadero estado de conciencia nacional; hay, además, en todas partes, un anhelo vehemente de que sea más puro, y una queja incesante de que aun no alcance

a serlo, todo lo cual marca y define a la vez un progreso real en la conciencia humana, aunque todavía deje mucho que desear en la vida práctica de las sociedades.

De todo esto han concluído algunos estadistas aventureros que lo mejor es despreocuparse del parlamento y reforzar militarmente el poder ejecutivo. Es la reacción que ha surgido en todas partes después de la gran guerra, en que por huir del leopardo rojo se quieren echar en las fauces del leopardo azul. Los partidos tradicionalistas han tenido una segunda luna de miel con la opinión pública, y con nuevas fórmulas nos imponen viejos hábitos. Todos andan a casa del hombre providencial, del buen dictador de las leyendas patriarcales, del noble visir de las mil y una noches. Y los pueblos, cansados de pensar, no encuentran el sofisma meloso de esta antigua panacea. Al lado de un socialismo tenía que aparecer un patriarcalismo por reacción, y ya hay por el mundo muchos que lo están buscando, como si este dechado de perfecciones no nos hubiese hecho ya sufrir durante un buen centenar de siglos con sus diversas modalidades de rey, dictador, emperador, buen tirano y sumo pontífice.

*
* *

Una reforma del parlamento, contemplada como discusión de principios sería tarea casi imposible.

Una reforma eficaz puede, sin embargo, contemplarse si sólo nos atenemos a la parte fundamental de su funcionamiento. Quizá los pueblos con su instinto, más bien que los sabios con sus lucubraciones, aceptaran la necesidad evidente de algunos cambios: limitar el número de parlamentarios al volumen de negocios, en departamentos especializados para su gerencia, y organizar el trabajo como en cualquiera otra empresa industrial. Porque si el parlamento es una institución de trabajo, debe de estar sometido a las normas del trabajo también, como un banco, una compañía de seguros etc. Hay, por ejemplo, pequeñísimos pormenores cuya corrección sería más eficaz que el implantamiento de teorías solemnes. Las horas de trabajo, la manera de presentar los proyectos, el orden de la discusión, el sitio desde donde se hable etc. Es indudable que nadie pelea por la mañana: las grandes discusiones se verifican en la tarde y en la noche, debido a la irritabilidad mayor del sistema nervioso en esas horas de recargo y de fatiga. Es, asimismo, indudable que la presentación de un proyecto con una exposición escrita de su conveniencia, una corta tesis, suscrita y bien meditada, evitaría el empleo de diez o doce adjetivos mal seleccionados que dan margen a una discusión interminable, y sería una base de estudio técnico para la comisión que lo ha de presentar a segundo debate. De esta manera, también, la discusión podría

verificarse por inscripción previa, con estudio meditado de la tesis que se va a sostener y ordenada distribución de los oradores. Una tribuna alta para el orador, y una multa en dinero para el que le interrumpa en el derecho de exponer su pensamiento, acabarían con las interpelaciones injuriosas, la obstrucción sistemática y otras cuantas dolencias que aquejan al régimen parlamentario de nuestros días. Parece mentira que lo único que hay hoy sin reglamentación técnica en el mundo sean precisamente los reglamentadores de la conducta social.

La eficacia fundamental del parlamento estriba en la constitución de sus comisiones como verdaderos departamentos de trabajo. Industria, comercio, educación o relaciones exteriores etc., dirigidos por técnicos, determinarían en el sufragio un principio de selección que no fuese meramente política. Una región afectada por un problema de cualquera índole buscaría un perito que la representase hábilmente ante verdaderos especialistas, y no un mero audaz que obtiene triunfos efímeros de sutileza por intriga o engaño. Una selección de capacidades eficaces, ¿por qué no, si eso hace la vida, si eso hacen la ciencia y la industria también?

Más difíciles son de pensar ciertos problemas parlamentarios que hoy nos preocupan. La constitución en dos cámaras, por ejemplo. Es innegable que la experiencia tiene un valor económico, que

cada pueblo posee un espíritu que se trasmite en gran parte por tradición, que la sabiduría de los hombres disciplinados en la gerencia de los intereses nacionales no puede dejarse inútil en el aislamiento de una vida privada. Es preciso asegurar a ellos —¿cuáles?— cada país lo dirá, un derecho de consejo en la vida nacional. De ahí que el senado debe de tener una constitución diferente de la cámara de representantes, al menos en parte, y abrir sus puertas por el derecho propio, sin necesidad del sufragio, a los que en altas dignidades se seleccionaron ya para el pensamiento de los grandes problemas políticos de la sociedad en que viven. Pero es, asimismo, innegable que una generación se diferencia grandemente de la que le sigue en este progreso rápido de la vida social contemporánea; que, además, hay apariciones espontáneas de capacidades juveniles que es preciso aprovechar; y hasta una indeterminación aparente, que llamamos azar, que es preciso tener en cuenta; razones que deben hacernos más liberales en la organización de la cámara de representantes para darle una mayor vitalidad, una mayor extensión democrática y, sobre todo, juvenil.

Esta orientación técnica requiere, como condición ineluctable, un enorme esfuerzo universitario. Desarrollar la universidad a su máximo de potencialidad efectiva, comprometiendo en ello los recursos

de la nación si fuere necesario, y hacer que su espíritu se difunda en múltiples instituciones que la prolonguen socialmente. No es la fábrica de doctores lo que debemos contemplar al pensar en ella, sino una institución que asuma el espíritu nacional para estudiarlo, depurarlo y protegerlo. No es, tampoco, a la enseñanza de cátedra a lo que debemos atenernos, sino a una acción de orientación que significa disciplina mental, labor sostenida e intereses que trasciendan el individuo y aun la generación que éste representa. Una universidad —alma nacional— en que la técnica dé de sí cuanto es necesario a nuestra industria y prepare el advenimiento de nuevos ideales.

Todas estas consideraciones pueden chocar con la tradición, sobre todo en los pueblos de cultura milenaria. Mas países jóvenes, como los americanos, por ejemplo, deben darse el lujo de ensayar sus propias fuerzas y no seguir tan a pie juntillas la política tradicional.

*
* *

En la antigüedad el parlamento era el medio de expresión más poderoso de la opinión ciudadana. En estos dos últimos siglos ha venido surgiendo una nueva institución social que vence en poderío a cuanto puede imaginarse. Esta hija mimada de la

imprenta se ha coronado de todos los poderes y ejerce hoy una verdadera dictadura. ¿Buena o mala? Su historia es un espejo fiel de la relatividad que aqueja al espíritu humano y sus preciadas obras.

En verdad, la imprenta en general y la prensa, sobre todo, nos han trasformado el mundo. Algunas facultades del espíritu han cambiado grandemente con ellas, la memoria, por ejemplo, la deliberación y aun la capacidad volitiva. Los hechos eran antes confiados a la memoria, y de ahí la mayor capacidad de ésta; hoy confiamos a la imprenta todo, y en lugar de recoger en el cerebro algún dato o discurso, lo guardamos en un trozo de papel. Esos mismos acontecimientos exigían de nosotros un juicio personal, una deliberación; hoy aguardamos a que la opinión pública se forme, se exprese, es decir, que nos confiamos a la actividad de la prensa. La responsabilidad de un juicio propio creaba, necesariamente, una voluntad más personal y enérgica, que no la escéptica adhesión que hoy prestamos a la opinión pública.

El periódico ha creado, también, esta ilustración general sumaria que se llama justamente "erudición de gacetilla", y el proceso mental que le corresponde ha moldeado un nuevo espíritu, a saber, la información sucinta, el juicio rápido, el interés cambiante, que son la característica de la conversación so-

cial de nuestros salones y aun de muchas academias. Un gran periódico contemporáneo es como un mundo en miniatura, de tal manera que con un ejemplar suyo cualquier arqueólogo de remotos tiempos por venir podrá rehacer mentalmente toda nuestra civilización. En un principio pudo creerse que la prensa civilizaría las masas eficaz, justiciera y rápidamente. Fue ello como una promesa prodigiosa que embriagó el mundo, y por su desarrollo, por su libertad, por su multiplicación se hicieron sacrificios enormes, de no poca sange, inclusive.

Y triunfó. Hoy la vemos señora del mundo, dispensadora del poder, de la justicia social, de la fama, de la moda, del bien público, del buen éxito comercial y hasta de la moral humana. ¿Dispensadora o detentadora? Lo uno y lo otro, según su dirección. Hay periódicos en el mundo que son una fuerza moral casi sagrada, que pesan sus opiniones en la balanza de Minos, que buscan la verdad como serenos magistrados de la opinión pública, que adhieren, en fin, a causas de irreprochable interés social. Algunos de ellos poseen suplementos de tan valiosa información científica que equivalen a una academia de grande autoridad y actividad prodigiosa.

Los hay, también, y éstos son la mayoría, que se sujetan a normas interesadas, que son la expresión enmascarada de combinaciones políticas e industriales que pervierten o divierten la opinión pública,

hacen imposible casi el buen gobierno de los pueblos, engrandecen nulidades sociales o aislan la acción benéfica de los hombres más sensatos. Hay grandes empresas periodísticas que manejan tres o cuatro millones de votos el sufragio popular de los grandes países y son como catapultas gigantes que cuando caen en las manos directivas de hombres sin credo ideal ni bondad en el corazón equivalen a un ciclón desencadenado sobre el alma de las ciegas multitudes.

Y como éstos son los más y los más activos también, plantean el problema de otra "crisis", la crisis moral del periodismo: una crisis tan grave que no tiene solución visible. Las ventajas sociales casi maravillosas del periódico contemporáneo lo ponen a cubierto de toda restricción sistemática. El ha creado y desempeña con brío inagotable lo que pudiéramos llamar un ministerio social. El socializa los hechos personales cuando anuncia nuestro nacimiento, nuestro matrimonio, nuestra muerte; cuando publica nuestro primer ensayo de literatura, el accidente en que se nos ha roto un brazo, el acto heroico de nuestra vida cívica o guerrera. Investiga los crímenes como un guardia de paz, encomia los triunfos como un ministro de recompensas, conoce todas nuestras desviaciones por más o por menos, si nos excedemos en dos cigarrillos al común de los

ciudadanos, si somos vegetarianos o si hemos guardado castidad evangélica. Todo le interesa, todo lo publica, todo lo socializa, en el orden personal. En más alta esfera, duerme con los contrabandistas en el monte, viaja con los espías disfrazados, como con los diplomáticos, trabaja en el gabinete de los gobernantes, reza el breviario con los papas y estudia el mapa de las fronteras en el estado mayor de los ejércitos. Hace más aún, nacionaliza el espíritu regional, internacionaliza el nacional y universaliza el internacional. En su grande inquietud él se despierta en Islandia, se desayuna en París, almuerza en el Mediterráneo, hace la siesta en el Sahara, cena en la Colonia del Cabo y va a dormir al Polo Sur. Es nuestro sirviente cuando nos anuncia la temperatura, nuestro bufón cuando nos relata anécdotas, nuestro pedagogo cuando nos enseña la historia del día, nuestro soberano cuando nos entrega a la justicia social.

Hace tanto por nosotros que ya nuestra personalidad es un juguete en sus manos, y ahí comienza nuestro peligro espiritual.

En rigor de certidumbre, ¿no habrá contribuído él también a crearnos esta vida cinematográfica, inconsecuente y efímera que vivimos hoy? Porque él industrializa nuestra pereza, nuestra vanidad, nuestra curiosidad "snobista", nuestra ignorancia y nuestra perversidad con tan dulces maneras y fingido

interés que casi las encomia, y de hecho las cultiva.

Sabio en la conducta de sus intereses, se ha federado con la política y el capitalismo para crear el último triunvirato de los imperios, esta vez poco menos que inmortal e invencible.

El sociólogo que contempla esta fuerza prodigiosa y la ve en poder, a veces, de corazones impuros y de mentalidades mediocres, se desconcierta atemorizado: ¿cómo aprovecharla para el bien; y cómo encadenarla, si obra mal? Ella conoce todas las leyes y puede burlarlas; ella conoce todos los intereses y puede atraerlos; conoce todas las debilidades y puede atacarlas. Rodearla de restricciones y de responsabilidad es una labor mediocremente saludable, porque entraba también la actividad benéfica de su misión, sin lograr con ello parar sus grandes golpes de audacia; confiar en la bondad de su evolución misma, no parece justificado por el curso del desenvolvimiento que ha seguido; pretender destruírla sería una insensatez.

Parece probable que mientras subsista el triunvirato política, periodismo y capital que hoy gobierna el mundo, los malos efectos de la prensa serán incorregibles. Reemplazado este fantasma ideológico que hemos llamado política por una selección técnica en el parlamento, y limitado el capital en alguna forma, medianamente sensata al menos, el periodismo perderá de hecho el principal halago para

desviarse y desviarnos de una sana conducta de los negocios públicos.

Socializar el periodismo como un servicio de utilidad pública no sería sino un paso más avanzado que el anterior, e incompleto sin él. Restringir su campo de acción es una tarea que exigiría discernimiento de prodigiosa sabiduría o una serie de tanteos peligrosos que vendrán a añadir, quizá, efectos tan graves como los que hoy mismo contemplamos con tan honda preocupación e ineludible timidez.

*

* *

Estas tres grandes bases de la democracia moderna, partido político, prensa y capital, son la resultante de un esfuerzo humano prodigioso y merecen respeto en este sentido y en el sentido, más venerable aún, del bienestar humano que han contribuído a crear y a sostener. Cuando entramos en la tarea de criticar las desviaciones o peligros de una institución nos colocamos en un estado mental propicio a la exageración, que el escritor sensato debe a cada instante corregir para detenerse en lo justo.

Parece, sin embargo, que a estas tres instituciones de nuestra sociedad contemporánea les ha llegado la hora de reformarse sustancialmente. Y esta palabra "sustancial" tiene su estricto valor. Tal como ellas funcionan hoy día poseen un poder incontrastable sobre las opiniones y la conducta de la sociedad, que no está sujeto a una responsabilidad y, por lo tanto, es dictatorial. Su actuación en la experiencia cotidiana de todos los pueblos nos hace pensar que esta dictadura se ejerce, con frecuencia alarmante, en pro de intereses que no son los de la sociedad en general y, por lo tanto, es injusta, también. Esta dictadura, injusta a veces e irresponsable, no puede reformarse dentro de la estructura de su organización actual, porque el defecto se ha implantado en su núcleo motor precisamente, en el mismo interés que la determina a obrar, el dinero.

A pesar de todo esto, su peligro más importante estriba en otra parte. Estriba en una "diminutio capitis" de la personalidad, en una merma del valor sustancial y relativo, es decir, de la constitución en sí, del ciudadano y de sus relaciones sociales. Ante estos tres poderes las individualidades más vigorosas son un pelele o un fracasado que, o se orientan dentro de determinados intereses o pasan al anónimo social. Las individualidades menos competentes reciben su alimento ideológico ya preparado y casi digerido, como en caja de conservas, a hora fija en la columna especial y en la forma más agradable a sus hábitos y capacidades. Este ocio del discernimiento trae una flaqueza en las voliciones y una emotividad prestada que no puede el psicólogo pre-

conizar como buena disciplina de las generaciones por venir.

Pero... ¿y cómo corregir unas instituciones que sostienen la gran fábrica del mundo contemporáneo? Su grandeza misma no irá a rendirse al primer discurso que ataque su poder. Su grandeza misma posee, también, plausibles virtudes que le prestarán su apoyo en cualquier momento de peligro. Su misión ha sido grande y su historia se enorgullece de heroicidades y martirios, de realizaciones gigantes y de noble actitud que no se borran con un leve gesto de la mano. Pensar en destruirlas por el método combativo y pueril del asalto belicoso es una enorme insensatez: una derrota sería muy grave, pero más grave aún sería el triunfo, porque estas cosas no se improvisan de la noche a la mañana ni se organizan como una ficción dramática. Es por dentro de estas mismas instituciones como hay que irlas trasformando, es una convicción personal que hay que añadir a otra convicción personal, hasta adquirir un nuevo estado de conciencia social. El día en que cada hombre capaz piense en "cómo" se pueden remediar estos males, y no en "por qué" hay que remediarlos, habremos adquirido la energía espiritual necesaria para su revocación sin grave trastorno, sin la enconía detestable del odio ni el espectáculo cruel e inútil del dolor humano.

* * *

Al esbozar estos principios generales de una tecnocracia como la posible evolución de las instituciones democráticas, a más de la orientación y de la selección es preciso hacer hincapié aún en el aprovechamiento de la riqueza mental. Si contemplamos los pueblos jóvenes de la América Latina vemos una conducta imprevisora y extravagante de sus fuerzas espirituales: los países más afortunados sólo presentan un pequeño número de inteligencias superiores, quizá no mayor de cuatro por ciento, en cuya capacidad reposan los destinos nacionales; y tal como aprovechan hoy ese capital es un milagro que esos pueblos latinoamericanos hayan podido subsistir, aplicar la cultura extranjera o desenvolver su propia cultura. Porque de ese cuatro por ciento hay que descontar un cincuenta por ciento que el analfabetismo no permite preparar; de lo que queda hay que descontar un cincuenta por ciento que corresponde al aislamiento intelectual en que se tiene a la mujer; de lo que aun resta es preciso descontar todavía otro cincuenta por ciento que corresponde a los partidos políticos de oposición, que las más de las veces son alejados de la gerencia de la república por el largo espacio de tiempo de una generación. Y si al diminuto sobrante se le descuenta lo que

corresponde al azar, accidentes de la vida, pobreza, falta de oportunidad, errada vocación etc., se comprende que la inteligencia que llega a trabajar por la dirección espiritual de estos pueblos sea muy escasa y ellos presenten con frecuencia el fenómeno desagradable y paradójico de países de buena capacidad conducidos por jefes mediocres que estorban a su desenvolvimiento. Es como una sensación de pesadilla el contemplar esa situación anormal de un pueblo que reclama sanas orientaciones de parte de gobiernos que no saben qué hacer, que se cruzan de brazos o titubean en un dédalo de incertidumbres.

Una tecnocracia... parece ser hoy la dirección normal del espíritu humano. Hacia ella convergen los esfuerzos ya seculares del gobierno democrático y la disciplina racional que han creado las ciencias. Ella es un paso hacia adelante que nos puede evitar el desconcierto de una reacción y el abuso de lo que se ha llamado crisis de uno y otra para hacernos regresar a las dictaduras o lanzarnos al despotismo de la masa amorfa. Ciencia y democracia son el fruto de muchos siglos de trabajo y de dolor humanos para que vayamos a dejarlos extinguirse en la perturbación mental de esta hora de vacilaciones.

Una tecnocracia con la visión clara y normativa de una misión histórica, de una misión ideal que guíe el pueblo a través de sus vicisitudes y lo con-

forte en las horas de sacrificio. Una misión espiritual que en lo interno sea el núcleo de la actividad de la nación y su conciencia moral, y en lo externo contribuya, según su alcance, a la constante creación y engrandecimiento del espíritu humano como un todo que tiende a destinos supremos.

La misión del estadista en aquellos pueblos en formación es aún augusta y deslumbrante. En pleno siglo XX encontrarse con la posibilidad de dirigir en parte la génesis de una raza, de realizar la tarea que la leyenda del pasado adscribió a los dioses, es algo que da al pensador el escalofrío de la sublimidad. Felices los hombres que logren realizarla.

Que ellos sepan desde ahora que esta misión gigantesca requiere la clarividencia de pequeños pormenores, más decisivos que toda especulación abstrusa y discutible, que sepan que las grandes creaciones del espíritu humano comienzan en el hallazgo de pequeños incidentes, de detalles y manipulaciones que enlazados con las grandes normas de acción de la naturaleza y del espíritu conducen a un nuevo mundo.

Tener la conciencia clara de los problemas de cada país para no perderse en confusas orientaciones: la formación de una raza, su dotación industrial, su cultura y el esclarecimiento de su posible misión histórica.

Para lo primero tiene el estadista latinoamericano un medio ambiente conocido, un grupo de población regional, conocido también, y un almácigo de razas europeas prontas a la migración. Dentro de ellas puede escoger las que mejor satisfagan a sus propósitos. Para él se da el milagro histórico de una migración de pueblos seleccionable a voluntad, ya no bárbaros, sino cultos y pacíficos creadores de riqueza. Puede prever, en gran parte, la resultante de esas mezclas, y plantar aquí un escandinavo, allá un inglés o alemán, más allá algún latino, que corrijan poco a poco algunos defectos de nuestro carácter, pierdan otros que a ellos pertenecen, y se adapten a la cordillera o la llanura tropical, a la industria urbana o a las labores del campo, mediante un estudio previo particular de la región.

Vigilar el desarrollo de las industrias según las posibilidades del comercio, interior y exterior; ser mentores del campesino y del aldeano que casi siempre ignoran el aprovechamiento de sus tierras, de sus bosques, de las aguas, y que a veces tienen hambre en donde árboles frutales y legumbres sólo aguardan una pequeña labor bien conducida para abastecer la despensa familiar; estudiar las materias primas de mejor porvenir y determinar sus mejores sitios de producción para ahorrar al pueblo esfuerzos ingentes e inútiles.

Orientar la cultura del espíritu conforme a las

virtudes y defectos de la raza. Ahorrar el esfuerzo mental desordenado, las nociones vagarosas e infecundas de una instrucción de manuales añejos, atiborrados de enseñanzas pueriles que luégo nos demandan toda una existencia para expurgarlas y poderlas utilizar en algo.

Crear un ideal de raza. Enseñar al pueblo que tiene una misión histórica que cumplir; que cada acto de su vida tiene que armonizarse con otros actos hacia algo superior; que el ciudadano pertenece a un pueblo histórico y no a un rebaño que pastorea el azar; que cada pueblo, realmente histórico, está formando día por día la conciencia humana universal. Enseñarle que el pueblo no es la masa ignorante y sucia de los bajos arrabales, ni la elegante sociedad de los "clubs", sino el espíritu que una nación va informando con el tiempo e introduciendo con caracteres peculiares suyos en el cauce portentoso de la historia universal. Que el pueblo es una cultura o al menos un ideal, y no mera porción de raza o parcela de territorio.

¿Y por qué no? Facilitar a cada ser humano su rato de ocio para que idealice sus sueños; y su rato de sana alegría que le recompense el esfuerzo de su labor cotidiana y le alivie el espíritu de peligrosas preocupaciones.

*
* *

Habrá una cultura suramericana autóctona, pero ella ni será igual para todos los países que constituyen la llamada América Latina, ni podrá surgir sin una conciencia clara de las condiciones que la están determinando. Los países paratropicales y los países del sur están sujetos a influencias variadas que los han de diferenciar grandemente. Fuera de esto hay un elemento común a todos ellos que los relaciona con la llamada civilización occidental, de que son tributarios.

Una de las causas más eficaces para la aparición de una nueva civilización está en el conflicto que créa el choque de dos culturas, una conquistadora que aporta el carácter, la voluntad de vencer, la inquietud juvenil; y otra que ofrece el encanto de una inteligencia madura y decadente. La primera trae el elemento masculino, y es como una delicada alma femenina la segunda. Es el caso de los dorios ante la civilización egea, de los latinos ante la civilización griega, de los bárbaros ante la civilización latina, de los árabes ante la civilización siriobizantina, de los yanquis ante la civilización occidental, y el posible caso del latinoamericano ante todas ellas. Porque él disfruta en este instante de la influencia de todos los pueblos y su mejor universidad está en

todas partes, en París, en Berlín, en Londres, en Nueva York, Roma, Madrid, Upsala, no importa la lengua o la raza él va, como los estudiantes del gran siglo XIII, de pueblo en pueblo, preparándose culturalmente y preparando el futuro engrandecimiento de su patria respectiva. No tuvo el latinoamericano la oportunidad de crear el choque de dos culturas en tierras de América, porque la fuerza espiritual de la que aportó la población europea no se fecundó, ni podía fecundarse, al contacto de la indígena. En cambio ha venido creándose una fuerza y una inquietud propias, y ahora se pone en conflicto espiritual con la vieja civilización de occidente para determinar el fenómeno de la nueva cultura, realizando la fecundación, no dentro, sino fuera de sus lares, lo cual le hace más difícil su tarea.

El peligro mayor que presenta esta génesis de la cultura latinoamericana consiste en una posible, y ya amenazante, desviación "peyorativa" del carácter. Si éste no se fortifica diariamente y afirma una noble ambición de triunfo, la gestación de la nueva cultura no podrá verificarse, sino como un remedo, un plagio simiesco, desarticulado racialmente y sin porvenir. Es un peligro ya sensible. El afán de "llegar" que aqueja a la juventud latinoamericana, en todos los países que le dan este nombre, pudiera ser expresión de aquel imperativo saludable del triunfo, mas también, y muchos observadores lo te-

men ya, un mero inmoralismo "arribista". De ahí que a la gran revolución que el deporte está produciendo en las sociedades latinoamericanas, útil ella y oportuna, debemos añadir la gimnasia del carácter que lo vigorice y capacite para la creación de su valor histórico universal y perdurable.

En este momento histórico en que la civilización industrial proclama el culto de la acción, es urgente distinguir ésta de una mera agitación desordenada. El hombre europeo y el americano del norte tienden a cultivar su actividad en el orden volitivo, en función industrial y deportiva, haciendo de las satisfacciones que el ejercicio sano de la vida trae consigo un objetivo supremo, absorbente de toda la personalidad.

La clara distinción que debemos hacer en estas materias es importantísima. La salud del individuo y de la raza, la entidad vigorosa en aquéllos y de las nacionalidades en que esta otra se informa, la máxima felicidad espiritual y el máximo bienestar material, el equilibrio de nuestras funciones en el orden individual y social, todo ello, sin un punto menos, son aspiraciones sagradas que debemos presentar a la conciencia de los pueblos en que vivimos y actuamos. Nada de pesimismo, nada de mojigatería, nada de incomprensiones indignas de nuestra época y de nuestro porvenir.

Todas estas adquisiciones se obtienen mediante la acción ordenada y tenaz. Así, pues, debemos cuidarnos de no caer en una mera agitación. Y como las nuevas generaciones latinoamericanas proclaman ahora el culto entusiasta de la acción, es urgente que analicemos más estas ideas.

Porque "acción" puede traducirse como la expresión del ser que "se realiza", y significar así el íntimo fondo sustancial del devenir, de la incesante creación del mundo, o entenderse solamente como movimiento, agitación espacial y cambio de superficies.

Quizá esta nueva generación quisiera salvar del naufragio de los pasados siglos la voz imperativa del superhombre y, enlazando con plausible audacia el delirante genial del Rhin con el pálido guerrero del Rubicón, reacuñar en infinitivo aquel pretérito individualista: "llegar, vencer".

Mas ahí mismo este lema se parte en dos: "¿Llegar para vencer, o vencer para llegar solamente? ¿Llegar para una creación del espíritu, o destruir los obstáculos que estorben el advenimiento del triunfo de un egoísmo individual?

Este es el problema íntimo.

Del brumoso septentrión ha venido bajando en lentas o agitadas migraciones este hombre rubio, insatisfecho y tenaz que domina hoy la tierra. Su inquietud incurable y fecunda trazó a sus ambiciones un modelo superior a la realidad que dominan

sus sentidos, la Venus fidiascana, por ejemplo, la catedral gótica y la universalidad; descubrió un mundo que emergía lentamente del espíritu y le llamó, apropiándoselo, personalidad; dueño ya del espíritu y de la tierra, se embriagó y lanzóse a la conquista del espacio en un loco afán de vencer distancias cada vez mayores, hasta anularlo al fin con el avión, la lente y las ondas hertzianas.

Mas hé aquí que esta misteriosa trinidad de espíritu, espacio y tiempo, equivalencia confusa aun de la "absconta" realidad del mundo, no se puede destruir en parte sin que se desequilibre el todo y, hoy día, este hijo mimado de la Osa Mayor, anda un poco desconcertado por todos los caminos de la tierra, cantando himnos raros y bailando una danza epiléptica ante los altares de la *Velocidad*, la nueva diosa.

La inquitud inicial, fecunda cuando se la aplica en sanas direcciones, puede convertirse en mera agitación y emoción de movimiento, a la manera que el vino que ha de confortarnos para emprender la marcha puede, tomado en exceso, desequilibrar nuestros pasos y trasformar nuestro impulso en mera agitación gesticulante.

Entre acción y agitación hay un abismo. Agitación es la de los volcanes que hacen noche del claro día y trágico crepúsculo de la turbada noche. Ellos convulsionan el planeta, y su estrépito simula una fuerza de renovación; mas al hundir en las entrañas de la tierra un trozo de costas y al levantar nuevas islas del fondo del océano, no hay que olvidar que la costa que se hunde está cubierta de fértiles cultivos y lo que surge, en cambio, son meros arrecifes de coral, desnudos de vegetación e inhospitalarios. La acción es como la luz que nos da el sol: apenas perceptible su peso, que para toda la haz de la tierra es sólo de unas cuantas toneladas por año, y tan leve en su gravedad que solamente arrastra consigo sutiles partículas ionizadas, créa, sin embargo, el milagro de la vida y contribuye a la distribución de la lluvia fecundante.

Es que la acción se rige por normas de constancia y de subordinación de fuerzas que le dan el triunfo.

El poeta del superhombre no previó que los esclavos pudieran, a su vez, proclamar una nueva aristocracia, que viniese del número o de la fuerza y no del genio. Los débiles mentales quisieran, también, ser superhombres y, no pudiendo imponer su inteligencia, no pudiendo conducirse en acción, se hacen agitadores e inmorales. El superhombre débil mental, el superhombre oligofrénico, hace golpes de cuartel, estafa el dinero de su prójimo y proclama la alegría orgiástica de los sentidos.

La acción dentro de las nacionalidades se expresa

en ley equitativa y eficiente, dentro de la familia en amor y cooperación, y dentro del espíritu en responsabilidad moral y disciplina de nuestras propias facultades. Disciplina en los estudios, y de ahí el encomio de la universidad que debemos proclamar a grandes voces; responsabilidad moral, y de ahí el orgullo con que contemplamos nuestra institución familiar iberoamericana; ley equitativa y eficaz y, por lo tanto, democracia culta, antidemagógica y antidictatorial, democracia para la selección del mérito.

Y no hay que olvidar que la conciencia clara de la propia misión es la fuerza más eficaz de que pudiéramos disponer para encauzar la acción, tanto de los pueblos como de los individuos. Fue la afirmación inexpugnable de Israel lo que hizo que Iáveh sea hoy una realidad indestructible, el "acto puro" del estagirita y el "número" primigenio del pensamiento occidental.

La misión cultural iberoamericana no será, talvez, rigurosamente igual para todos los países en que se está desarrollando. Hay influencias sociales, étnicas y geográficas que nos obligarán a una prudente distribución de este esfuerzo común; tendrá, sin embargo, el sello de la fraternidad inicial y de la finalidad misma que vamos persiguiendo. Será ante la historia calificada unívocamente de cultura iberoamericana; y florecerá tan pronto como reali-

cemos las tres etapas de preparación que la condicionan: desarrollo de nuestra riqueza, fusión de nuestras razas y asimilación de la técnica occidental.

No que ella haya de ser una continuación de esta civilización europea. La historia no repite sus hechos, esto es una ilusión de pensadores imaginativos y nada más. América será América fundamentalmente. Extendida de polo a polo entre los dos magnos océanos, y siendo oriente de una civilización y ocaso de la otra, América piensa y pensará en función de universalidad. Nuestras razas vinieron de los cuatro puntos cardinales, y nuestro pensamiento se nutre de la tienda asiática, de la selva africana, de la urbe europea, pero el subsuelo es siempre para todos el granito de los Andes.

Una función de universalidad que se refiere sobre todo al espíritu, porque la eugenesia de la sangre debe ser, mientras la ciencia conserve su prudente restricción actual, controlada con ánimo generoso, con verdadero amor cristiano, si se quiere, pero con serena previsión también. El pensar en función de universalidad confronta dos direcciones diferentes: la una sería hacerse difuso el pensamiento y desvanecerse en meros conflictos circunstanciales, con el resultado final de una pálida cultura de transición; la otra sería el resultado de un esfuerzo de gestación nueva. De un esfuerzo en que la concien-

cia anticipada de nuestra misión nos servirá de guía para resolver las grandes dificultades que a ella se oponen. En este sentido el mensaje de acción de las nuevas generaciones iberoamericanas es digno de encomio y de entusiasta aceptación. Y es la expresión de un destino que se está incubando en el alma de esos pueblos. Basta ver el balbucir de su literatura, en que predominan las leyendas, la lírica y la historia, para comprender que se están formando una conciencia, que están desarrollando su propia personalidad. A quienes duden aún de la misión histórica de esos pueblos iberoamericanos se les puede replicar, con ese fervor que tanto les caracteriza: ella existe en algún pliegue del futuro que se acerca, porque ya andan por el mundo ochenta millones de ciudadanos libres que la están buscando con entrañable fe.

Mas para toda realización por venir necesitamos de la técnica. Así ahorraremos fuerza, espacio y tiempo. Así multiplicaremos la vida. Acojámosla, pues, con devoción. Empero, entendámonos con relación a ella: técnica para vivir mejor, y vivir mejor para pensar, para desarrollar nuestra conciencia, para ensanchar los ideales del espíritu y subir, en sagrado clímax, hacia una humanidad conjuntamente más armónica y vigorosa, más armónicamente vigorosa.

La meditación oriental y la acción occidental de-

ben converger en el hombre futuro y, si queréis, pueblos de iberoamérica, en vosotros. La meditación oriental está minada por la opresión política, la enfermedad y la miseria, y debemos corregirla en nosotros; la actividad occidental está tocada de frenesí, y debemos refrenarla al participar de ella.

Es un hecho interesante que nuestros pueblos de Iberoamérica tienen algo de estas dos civilizaciones. Hay en nosotros cultura europea e ideales europeos al lado de una tendencia hacia la ensoñación oriental. Entendemos con extraordinaria facilidad la literatura mediterránea, con su análisis y exaltación de las pasiones, y la inglesa y alemana, más reposada, también; pero nos seducen el hondo análisis de la personalidad y los problemas morales de la rusa, los poemas místico-naturalistas de la India, y todo el exotismo del Oriente. Somos cristianos, mas si nos alejamos del catolicismo paulino, damos la preferencia a un panteísmo de poéticas divagaciones. ¿Está ello en la sangre, está en el clima? En ambas cosas por igual. Por algo nuestros pueblos prefieren el arroz al trigo, tienen palmeras, bosques y ríos tropicales.

De ahí que entre la universalidad del espíritu europeo y la nuéstra haya un abismo. El europeo y el americano del norte desprecian con dolorosa sinceridad lo que es ajeno a su raza; nosotros amamos todo lo bueno que hay en todas las razas; el europeo

"estudia" lo que es extraño a su país y tiene que inventar sutiles esquemas (mentalidad prelógica, conciencia mística, misteriosos procesos de identificación etc.) para poderlo entender un poco; a nosotros muchas de esas cosas exóticas nos cautivan por verdadera simpatía y, a veces, por intuición.

Ese don de simpatía, esta intuición rápida de los problemas y una imaginación casi febril hacen del iberoamericano una personalidad brillante, como es notorio en el fácil triunfo que obtiene en las escuelas extranjeras, anglosajonas sobre todo, y en el concurso ordinario de la conversación social. Mas estas cualidades constituyen también su gran debilidad, porque, dejándose llevar de ellas, se hace meramente dilettante, improvisador y superficial, porque con ellas y su inquietud mental extraordinaria diluye sus capacidades en mil y mil direcciones diferentes y trata de generalizar sin datos suficientes, sin esa disciplina rigurosa que es la esencia misma y la gran robustez de la arraigada cultura europea. El ha olvidado la fuerza que tienen unas pocas ideas bien digeridas, aquella precisamente que le salvó de la barbarie en su período colonial, cuando realizó el milagro, nunca antes visto, de no desligarse del progreso político, moral e intelectual de Europa, a pesar de las tres barreras formidables que de ella lo aislaban, una selva de centenares de kilómetros, un mar surcado sólo de vez en cuando por frágiles

veleros y una legislación esquiva a su comunicación con otros pueblos, que durante tres largos siglos obraron en su contra.

Este milagro realizado por los pueblos iberoamericanos no ha sido aún suficientemente apreciado por el sociólogo europeo: de ellos hubo que, enclavados en alguna meseta remota de los Andes, no disponían sino del germen benéfico de algunas tradiciones, la institución familiar, sobre todo, la moralidad y la religión, el cabildo, germen de democracia, y algún anhelo de cultura que en uno que otro ciudadano la lectura de los clásicos, verdadera flor de invernadero en esas regiones, podía crear, y que sólo alimentaban las pocas y enormemente distanciadas universidades que entonces existían.

Ese milagro racial de la conservación de una cultura en Iberoamérica, del anhelo de una cultura, sobre todo, nos conduce a meditar en el vigor extraordinario y la tenacidad fecunda de unas pocas ideas bien asimiladas, y a no despreciar tan de prisa la pobreza ideológica del campesino en favor de la brillante y variada erudición del ciudadano, cuando las ideas de aquél son realmente sanas y tradicionales. Ni esto significa una queja contra la dominación española, y sí su mayor alabanza, ya que de ese glorioso pueblo hubo el iberoamericano sus mejores instituciones y la heroica voluntad de ser culto, hidalgo y libre.

Este somero análisis nos indica cuáles son las bases prodigiosamente amplias, tan prodigiosamente amplias que constituyen nuestro máximo peligro también, sobre que podemos edificar un hermoso porvenir si precisamos nuestra misión histórica y ordenamos eficazmente nuestras actividades.

*
* *

Si aplicamos estas ideas generales a un solo país, puede precisarse mejor su contenido virtual. La república de Colombia nos ofrece el caso de un pueblo de temperamento idealista, cívico, demócrata y melancólico, dotado de un exquisito don de simpatía social, formado por la aportación de varias razas que están en intensa fusión en un territorio heterogéneo de altas cordilleras frías y planicies tropicales. Por su idealismo ha cultivado con buen éxito la literatura y, dentro de la literatura, la poesía, sobre todo; como civilista ha estudiado la jurisprudencia y la gramática, y ha gozado de conductores hábiles en estas disciplinas; como demócrata no tiene problemas de castas y permite el triunfo del mérito sin oligarquías ni esquiveces sociales; como melancólico es místico, desconfiado de sus propias fuerzas, de los destinos nacionales y aun escéptico con relación al mérito de sus hombres; su simpatía ha creado una sociedad refinada en los centros más cultos de

la república y una grande hospitalidad en todas partes.

Al estadista corresponde guiar ese idealismo de modo que, temperado con la instrucción bien ordenada, no se difunda en una ideología romántica, superficial e ineficaz, de que ya ha dado muchos ejemplos, y contra la cual el país presenta hoy día una reacción espontánea que puede aprovecharse.

Su civismo, de donde su amor a la paz, debe cuidarse para que no se trueque en indiferencia por los problemas políticos, en una sumisión apática a los políticos dirigentes, teniendo, como tiene, un sistema presidencial intenso que pudiera fácilmente degenerar en patriarcado. Este peligro se presenta hoy, porque la república está en un período de evolución económica en que busca, sobre todo, la paz y el orden.

Su democracia puede hacerle descuidar la prudente vigilancia de su constitución racial, y no atender a la inmigración como problema étnico y cultural, primordialmente, pues no debemos olvidar que las grandes civilizaciones son el producto de fusión de dos razas que se compenetran y fecundan en un medio propicio. La "inmigración" de ideas es en este sentido importantísima: la adquisición de profesores y de técnicos extranjeros —de otra raza, sobre todo— creará un choque fecundo de tendencias y de aspiraciones, de sentimientos y aun de procesos de

ideación que engrandecerán la cultura patria, aunque, desgraciadamente, a veces determinan perturbaciones nerviosas de conflicto. El viaje al exterior de universitarios, alumnos maestros, seminaristas y de estudiantes de ciencias y de industrias en general, constituye una como universidad cosmopolita que con el tiempo asimila el temperamento peculiar de otros pueblos en beneficio de la patria común, sí se evitan los dos escollos, tan graves de suyo, de enviar estudiantes muy niños aún, que pierden el sentimiento de su propia patria, o favoritos que carezcan de suficientes capacidades de asimilación y sólo sirvan para desconceptuarnos en los centros extranjeros de cultura.

Su melancolía puede hacerle exagerar el espíritu religioso, el predominio clerical, la abulia ante las reformas de esfuerzo continuado y difícil cumplimiento. Ya se ha visto que el país ensaya grandes empresas culturales que no llegan a una madurez eficaz por falta de perseverancia, de un poco de esa tenacidad sajona que tantos triunfos ha cosechado en la ciencia y en la industria.

El estudio de la misión histórica de un pueblo como el colombiano requiere una larga meditación. Hay que considerar una gran cantidad de elementos que aun no tienen bien determinada su categoría de valor. Parece que la posición geográfica de

los pueblos desempeña un influjo importante en la modalidad de su cultura. Hay dos corrientes fundamentales en todo momento de ésta, que hace que unos pueblos, y aun porciones de ellos nada más, asuman el carácter idealista, y otros u otras el pragmatista. Hasta pudiera hacerse avanzar más aún el concepto, y afirmar, tímidamente, que hay pueblos o porciones de pueblos que representan el elemento masculino y otros u otras el femenino. ¿Qué parte tiene la geografía en todo esto? Hasta donde nos conduce una hipótesis empírica y muy elemental, pudiéramos creer que la mayor o menor distancia del ecuador terrestre es en este caso lo decisivo, y que él se descompone en varias causas secundarias, calor, luz, oxígeno, continuidad de las estaciones etc., para el medio ambiente; secreciones internas para el individuo; lucha más o menos intensa por la vida para el grupo social etc. Dentro de esta vaga suposición el idealismo, la imaginación exaltada, el misticismo, la débil voluntad, la emotividad, la tendencia al fatalismo etc., corresponderían al trópico; el pragmatismo, la tenacidad, la religiosidad, la industria etc., a los polos. ¿Hasta qué límites? Hasta los límites de las condiciones favorables para la vida, porque, en pasando de ahí, el problema adquiere nuevas incógnitas que complican su solución. Esta hipótesis tiene grave contradicción en algunos casos, como el que presenta el pueblo ruso, por ejemplo,

cuya psicología tan hondamente nos impresiona y desconcierta. Es interesante, sin embargo, anotar este predominio de caracteres que, excepción hecha de la emotividad (si es que en verdad no la estamos confundiendo con el fervor), corresponden al elemento masculino, lo cual no significa biológicamente ningún triunfo, sino, antes bien, una sensible debilidad de la especie. En realidad, el predominio social de la mujer norteña y la modalidad práctica de la cultura del norte, parecen confirmar esta suposición. ¿Acaso el idealismo no es más propio del hombre, también? En estos pueblos paratropicales, Colombia, por ejemplo, existe una enorme inquietud mental que no les permite especializarse, que se universaliza a cada momento, que hace un poeta de cualquier aldeano, filósofo al maestro de escuela, teólogo y dogmático al coadjutor de la parroquia, tribuno y legislador al bachiller adolescente aún, tendencias todas ellas de una cualidad masculina, irrefrenada y desastrosamente improductiva, de la mente.

Ahora bien, hecho este somero análisis, ¿qué podría augurarse como misión histórica de un país como Colombia? Porque sus razas son diferentes, y sus cordilleras luchan incesante y eficazmente contra la influencia deletérea tropical, el problema es muy difícil, proyectado hacia el futro. Pudiera, sin embargo, "imaginarse" una cultura artística y de-

mocrática de nobles ideales y alto vuelo. A veces se ha dicho de la capital de Colombia que es como una Atenas Sudamericana. Presenta, más bien, un ligerísimo parecido con Alejandría. Esa palabra "ligerísimo" marca bien las enormes diferencias que hay entre un pueblo egipcio-egeo-dórico-semita costeño y refinado, y un pueblo montañés en que entran varias razas incultas en un conglomerado en activa "mestización". Y, sin embargo, algo de semejanza se percibe entre ellos por su inclinación a la gramática, a la literatura, a la ironía, a la divagación filosófica, al escepticismo por análisis y conflicto de culturas: allá la lucha entre la clásica en decadencia y la oriental en reacción; aquí entre la sajona de Norteamérica y la mediterránea del elemento español. Desde ahora se percibe en el pueblo colombiano una misión de ejemplaridad cívica, libertad, democracia, orden etc., en el conjunto de los pueblos iberoamericanos, que debe cultivar con gran devoción y esmero, porque corresponde a su situación geográfica y a su pasado histórico, también.

En cuanto a la cultura artística debe tratar de refrenarse, pues tiene raza y trópico como fundamentos preponderantes, demasiado preponderantes, que pueden conducirlo, en su constante aceleración, a una exageración ruinosa de su fantasía. Ciencia e inmigración sajona (lo cual no quiere decir inglesa o norteamericana solamente) serán los frenos más

apropiados para temperar esta tendencia, sin destruírla, sin embargo. Porque, teniendo dos elementos autóctonos de acción constante, como son la raza y el clima, requiere elementos extraños de equilibrio que tiene que buscarlos en los caracteres opuestos de otra raza y de otra cultura, cuyo choque puede, a su vez, engendrar una benéfica inquietud espiritual.

Una democracia ejemplar y una cultura idealista bien organizadas serían misión suficiente para un pueblo. Mas no debemos contentarnos con la alucinación de estos elementos, pues la complejidad de la vida y el azar de las naciones tienen sorpresas que la pobre mente humana no alcanza a imaginar, ni siquiera en la forma novelesca que en este instante contemplamos; y sería ridículo no atender a ese mundo maravilloso e indescifrable que cabe sólo en el término impreciso de "posibilidad". Como sería deletéreo, también, para un país trazarse una sola ruta, por más amplia y seductora que pueda parecer en un momento dado.

Una prudencia infinita al servicio de una firme voluntad de perfeccionamiento y de una clara conciencia de sus destinos es la mayor garantía de progreso real para un pueblo. Colombia confronta, por ejemplo, en la cuestión clerical, un problema interior que preocupa mucho a sus pensadores. El clero es virtuoso y patriota y aun ilustrado, a su manera.

Pero esta manera se opone, a veces, repetidas veces, a ciertas necesidades del país, como son la alternabilidad de los partidos políticos en el poder y el desarrollo autonómico de la educación pública. Ninguna solución se ha propuesto hasta hoy que libre al país de este dilema: quitarle la autoridad política a un clero que se apoya en la obediencia irrestricta de casi toda la nación o continuar cultivando conflictos para el porvenir. La falta de preparación para la vida pública a que un partido somete a los otros, aunque sea dentro de la más perfecta legalidad, es el más grave peligro que pueda prepararse a sí mismo y al porvenir general del país, pues irá haciendo que esos partidos caigan en las manos de gentes incapaces, es decir, meramente dilettantes en ideas y demagógicamente revolucionarios en la acción. La carencia de un amplio programa de instrucción y educación públicas coloca a las nuevas generaciones en franca inferioridad ante la juventud de otros pueblos y prepara así su esclavitud.

El clero no puede resolver por sí solo este problema, porque él toma sus normas de la tradición y encauza su voluntad hacia destinos ultraterrestres. El obra bien dentro de su misión, y los mismos elementos avisados y perspicaces con que cuenta en su seno no han podido abrirse paso en estas condiciones. Roma es prudente hasta la máxima sabiduría que le es asequible, pero Roma no es, al fin y al

cabo, ninguna ciudad colombiana, y a varios miles de kilómetros de distancia de la América desconoce nuestras necesidades, y no puede tampoco dejarse guiar por la voz aislada de cualquier sociólogo que se enfrente a la opinión de un episcopado que ella estima y ella misma consagra. En el fondo el grave error científico de la acción del clero en Colombia es su carácter dictatorial, es decir, irresponsable. Actúa ejecutivamente al margen del poder ejecutivo, legislativamente al margen del parlamento, socialmente al margen de la sociedad. Y como lo único que hace sensatos a los hombres es el sentido de la responsabilidad inmediata (y no mediata ante Dios o las generaciones futuras) el problema es, pues, un problema de responsabilidad. Désele al clero esa responsabilidad en cuanto quiera afrontarla: si quiere legislar, que vaya al parlamento, si quiere gobernar que vaya al poder ejecutivo, si quiere educar al pueblo que se encargue de eliminar el analfabetismo. Enfrentado el clero con las crueles realidades de la vida moderna triunfará o se anulará, pero resolverá esta grave situación en que se ha colocado en Colombia y ha colocado a la nación colombiana. El sistema de contemporizar que han seguido a regañadientes los políticos conservadores no resuelve nada, y una guerra civil costaría unos cien mil ciudadanos jóvenes a un país de sólo diez millones de habitantes; costaría, además, mil millones de dólares a una nación que tiene seis mil escasos; con lo cual, aun contemplado el triunfo, casi inverosímil, se colocaría en tal inferioridad de fuerza orgánica, que caería fatalmente en la barbarie e iría a parar a manos extranjeras. Felizmente el buen sentido práctico de la nación, el patriotismo innegable de su clero y la perspicacia de sus gobernantes se aunarán discretamente, silenciosamente, para eliminar esta causa de perturbación que aun pesa sobre la evolución rápida, serena y científica de la vida política colombiana; como es ya evidente en el hecho de que hace treinta años se da participación en el gobierno a las minorías, y en el no menos importante de las grandes reformas de la educación pública últimamente proyectadas.

DE COMO SE EXPRESA EN ARTE EL PUEBLO COLOMBIANO

En el estudio del desenvolvimiento artístico de esta nación colombiana me parece ineludible considerar como un ciclo aparte cuanto fue realizado en la Colonia, pues lo colonial y lo republicano son géneros en sí, especies, al menos, que no se relacionan por generación, sino por sucesión meramente. El arte colonial colombiano tuvo su gestación en el alma de un pueblo que aun no había asimilado los elementos trasformadores del nuevo ambiente ni equilibrado en su fisiología los caracteres disímiles de las razas que en su comunidad se estaban cruzando. Ese arte tenía, pues, en la lejana Metrópoli Ibera el cordón umbilical de su cultura, y sólo es nuestro por precedencia y algunos vagos gérmenes de autoctonia que de vez en cuando surgen en él como un preludio de génesis por venir.

En su discreta culminación ese arte es completo: literatura, pintura, arquitectura, música, historiografía, nacen y mueren dentro del estatuto político colonial en un circuito cerrado que se toca tangen-

cialmente con el acto republicano que le sucedió, sin engendrarlo ideológica ni sentimentalmente. Cuando este último aparece es algo infantil que balbucea la expresión de una personalidad que comienza a definirse.

El aislamiento geográfico y la pobreza económica impidieron que nuestro arte colonial se encumbrara a niveles de valor eximio, pero relativamente estimado por la crítica justiciera, puede considerársele como un milagro de superación de las dificultades ambientes y un signo de recóndita potencia en el pueblo que le dio vida. ¿Dónde hubo Vásquez Ceballos, ni dónde Gregorio Guiral y Miguel de Acuña hubieron profesores y disciplina que les llevase de la mano hasta donde alcanzan sus bellas obras? Intuición suya fue, o poco más, el frecuente acierto de sus creaciones. En ellos obraron la tradición española, por las escuelas de Andalucía, principalmente, el gran sentimiento cristiano que les impregnaba, sin contradicción, alma y vida, y, por último, el ambiente patriarcal, aldeano y apacible, en que discurría su existencia. Pero el hilo de aquella tradición de escuelas sevillanas fue siempre tan delgado, que se hace invisible el encadenamiento profesional; el sentimiento religioso nunca encendióse conceptualmente hasta engendrar una mística autóctona, fue apenas la repetición de elogios y plegarias que circulaban en la literatura oral o escrita

de la metrópoli; tampoco el medio ambiente fue entonces rico en materiales de creación, soñoliento ya, después de la conquista, y de escasa amplitud interior. De ahí que considere a los artistas coloniales de un mérito personal augusto en circunstancias tan impropicias y someras.

La poesía no dejó huellas apreciables. La novela apenas se puede vislumbrar a través del ingenio devoto y socarrón de Rodríguez Freile en esa crónica ingenua y picante de El Carnero, trasunto afortunado del mundo en que nació, y especie solitaria de su género en la América de entonces.

Más rica fue en producciones la historiografía colonial, venero aun inagotado de estudios. Entre ellos tenemos como del más puro solar americano al obispo Piedrahita, recapitulador y continuador de la obra inédita del Conquistador-Licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada. El célebre don Juan de Castellanos vivió tan larga vida entre nosotros y tan hondmaente le selló el alma este suelo de América, que podría tomarle por un modelo de escritor colonial, si hasta sus versos saben a mundo en gestación y su sensibilidad es todavía infantil como el ambiente.

El padre Alonso Garzón de Tahuste, fray Alonso de Zamora, el jesuíta Manuel Rodríguez, el padre Basilio Vicente de Oviedo, Pedro Simón, Pedro de Aguado, Alonso de Zamora, José Gumilla, Juan Fló-

rez de Ocáriz, Juan Rivero, Pedro Cieza de León, José Nicolás de la Rosa, José Cassani, Antonio Julián, Hernando de Angulo, casi todos sacerdotes, crearon la obra literaria más firme y útil de nuestra época colonial.

La filosofía y la teología dieron cosecha abundante de disertadores que no añaden cosa apreciable a la literatura universal de esa índole, pero que sí encarnan el mundo ideológico en que actuaron: Juan Martínez de Ripalda y Juan Antonio Ferraro, por ejemplo, de la Compañía de Jesús, profesores muy apreciados en su época. La monja tunjana Francisca Josefa de la Concepción (del Castillo y de Guevara) escribió largamente sobre los afectos místicos del cristiano, con grande unción y cierta fluidez que recuerda los clásicos, por lo que ha sido muy considerada entre los comentadores de nuestra literatura añeja, aunque, a decir lo cierto, hoy resulte poco agradable la lectura de sus piadosos comentarios y panegíricos. Sorprende, esto sí, la fortaleza espiritual de una mujer que en aquel medio insipiente de la Tunja de antaño, con escasísima información literaria y ninguna base social-cultural adecuada a ello, se alzó a lucubraciones bien tramadas sobre los deberes de piedad, los sentimientos de sumisión y de gratitud de las criaturas para con Dios y las rutas adecuadas a la perfección mística. Así

contemplada representa un esfuerzo sorprendente de su mundo y de su hora.

La música colonial sigue igualmente el curso de derivación española y leve impregnación americana que caracteriza su época. La guitarra da origen al tiple popular, la chirimía toma aspecto indiano, y un ritmo surge poco a poco que representa el nuevo ambiente y prospera con acentos nacionales en el bambuco, la guabina y el pasillo, el joropo y canto de los troveros. Ese ritmo florece en el bambuco, compás de seis octavas, con una anticipacóin sincopada cada dos compases, hasta constituir un hallazgo vernáculo que con los aires populares de la altiplanicie oriental (Boyacá-Cundinamarca) se presenta digno de encomio.

La evolución de este arte en la Colonia puede trazarse de Juan Pérez Materano (1554), maestro compositor, al profesor payanense Juan Antonio Velasco, primer músico de la Independencia, compositor, director de orquesta y banda. En ese largo período descuella el presbítero Juan de Herrera (1738), maestro de capilla de la catedral bogotana, como el más eminente, el padre José Dadey (1604), primer profesor de música en esta comarca, domiciliado en Fontibón; Gonzalo García Zorro y Martín Callejas, maestros de capilla; Pedro Carricarte, organizador de la primera orquesta, que funcionó, como la primera banda también, a fines del siglo XVIII (1784).

La pintura habría corrido la misma suerte de mediocridad sin la existencia de Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos (1638-1711), quien improvisó una técnica de magníficas expresiones de ternura mística y a veces de retratos de gran carácter con materiales rústicos adecuados ingeniosamente. El de don Francisco de Caldas Barbosa, el suyo propio, el Cristo de 1697 y media docena de cuadros de composición religiosa (como "La Familia de Lot" y "La Huída a Egipto") entre mil y tántos que alcanzó a pintar o a dibujar en su larga y asendereada vida, le colocan entre los maestros del Continente americano, y entre los genios, si se consideran las dificultades que tuvo que vencer y la carencia de profesores y de modelos con que luchó victoriosamente su arte.

Antes que él hubo aficionados sin técnica ni facultades sobresalientes, como el incógnito que pintó en 1538 el Cristo de la fundación de Bogotá; Francisco del Pozo, autor de la Virgen del Desierto de la Candelaria (1597) ; Alonso de Narváez, a quien corresponde la popularísima imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá; Antonio Acero de la Cruz, recordado por su Virgen de la parroquia de Las Aguas (1640) ; Jerónimo y Juan de Dios Acero, quienes trabajaron en el célebre santuario de Monguí; Salvador de León Castellanos, Nicolás de Gracia, los hermanos Bartolomé, Gaspar y Baltasar de

Figueroa, maestro este último, hasta donde le fue posible, de Vásquez Ceballos.

De los continuadores, y frecuentemente imitadores, de Vásquez, se recuerdan Francisco Páramo (vueltas del coro de la Catedral), Francisco Sandoval (una Virgen con el Niño), Padilla (trabajos en Santo Domingo), Gutiérrez (existen obras suyas en la sacristía de San Juan de Dios), Posadas (La Tercera y La Candelaria), Miguel Martínez (una Inmaculada en San Diego, pintor de Cámara de Felipe V), Pablo de la Rocha (una Virgen en San Diego), A. de Calleja (una Asunción y una Anunciación en la Catedral Primada), Nicolás Banderas, el italiano Angelino Medoro, fray Pedro Bedón, quiteño, iniciador de la Capilla del Rosario de Tunja, Pablo Caballero, etc. Termina esta nómina con el nombre prestigioso de Francisco Javier Matiz, puente, podríamos decir, entre los pintores coloniales y sus sucesores (que no discípulos) de la era republicana: artista de tan grande mérito en el dibujo de flores que fue considerado como sin rival entonces en el mundo (1800).

No fue el Nuevo Reino de Granada suficientemente rico para prosperar una arquitectura de primera categoría en América. Lo que de aquellos tiempos queda es, sin embargo, digno de encomio por la continuidad del estilo, la amplitud de las formas y alguna gracia en los detalles. Los construc-

tores de la Colonia trazaron ciudades de modelo andaluz, mediterráneo diré más ampliamente, de calles que, para el tránsito de entonces, fueron anchas, rectas en lo general, curvadas y acodadas románticamente a veces, con desagües visibles que estorbaban su función y afeaban el aspecto. Las plazas eran de doble intención: la principal empedrada y extensa, como para mercado público y públicas manifestaciones religiosas y civiles; recatadas, diminutas y graciosas las demás, atrios más bien del vecino templo, propicias al discreteo de enamorados y beatas. Tenían las casas conspicuas algo de alquería y de convento a la vez por sus portalones, ventanas enrejadas y balcones de sombradillo, por los patios claustrados en amplia arquería, la descansada y espaciosa escalera, las alcobas y salones de magnitud palaciana y bajo artesonado, en cuanto a lo primero; por las dependencias de la planta inferior, patios posteriores, troje y huerto, cocina y horno, pesebrera, en fin, que presupone lo segundo.

En Medellín, al favor de un clima templado, siguióse una arquitectura civil de casas de un solo piso, patio central finamente embaldosado y lleno de floridas macetas que la intensa luz solar más enciende de colores, con fresca y aseada piscina en el segundo patio, espaciosa sala amoblada con sillas "mecedoras" de mimbre, que da a la calle por ventanas "arrodilladas" de dilatado antepecho para

sentarse a ellas y desde ellas mirar la calle a plena luz o resguardándose discretamente con bien tramada celosía.

Uno y otro estilo, el severo castelano de Bogotá y el riente andaluz de Medellín van desapareciendo ahora. Se justifica bien en la primera de estas ciudades la supresión del patio interior por las condiciones desapacibles del clima en que se halla, mas se siente alguna inquietud al presentir que tal ocurra en la ciudad antioqueña y sus similares, donde está en su puesto la influencia ensoñadora de Sevilla.

Y diré, volviendo a nuestra Colonia, que los hombres de aquella edad, religiosos, "hogareños", trabajadores del agro circundante, satisfacían así las escasas funciones de su existencia ritual, pacata e ignorante. De tales funciones destacábase la religión, suma y compendio de sus aspiraciones, de elaciones máximas, de su misma expansión placentera. De que les vino su devoción jamás extinta, de construir catedrales, capillas y conventos donde dar pábulo y perenne desahogo a su represado sentimiento del mundo. De ahí que fuese la arquitectura de esa época tan fastuosa en la fábrica de tales monumentos, hasta el frecuente caso de superar los recursos del medio artístico y económico, y dejarnos piezas tan sólidas que han desafiado peripecias y siglos.

Bogotá, Popayán y Tunja, Cartagena, Mompós y Cartago, Santafé de Antioquia y Pamplona, Mon-

guí, etc., conservan todavía restos de aquella visión religiosa de la vida colonial. En la urbe capitalina se aprecian aún joyas de real valía. Aquí vese el patio de Santo Domingo, de espléndida amplitud y sosegados corredores en arcadas, enaltecido por la cúpula arrogante del vecino templo; en la plaza mayor alzó la mano maestra de Miguel de Acuña la gracia plateresca de la Capilla del Sagrario; ahí mismo sobre el atrio donde en otros días al caer de la tarde y cotidianamente, platicaron de graves pensamientos los repúblicos y eupátridas de Colombia, el valenciano José Ruig, en la nómina de su religión fray Domingo de Petrés, plasmó en noble estilo el primer cuerpo de la espaciosa catedral; pocos metros más arriba, hacia oriente, sueña su ensueño de gracia española la plazuela de Rufino J. Cuervo, en frente a San Bartolomé, al memorable Salón de Grados y, con leve esguince, al Palacio de Bolívar, escorzo topográfico, por decirlo así, de gran parte de la historia nacional; una cuadra hacia el oriente del Palacio de Nariño, sin tino y sin acierto llamado hoy de "La Carrera", dignifica el repuesto ángulo de la calle 8ª, la evocadora arquitectura del Palacio de los Marqueses de San Jorge; por el norte agacha su pesada techumbre el templo de San Diego y su espadaña juguetea a leve altura en un jardinito memorioso de arcaica historia virreinal; y en el atrio de San Francisco la enhiesta torre y el

bien curvado frontis que diseñó Domingo Esquiaqui marcan el hito de separación entre la Colonia y la República.

Con la arquitectura se hermana, y prendido a ella vive, el arte espiritualísimo de la decoración, talla en madera, relieves de yeso y terracota, alfarjes, coros y púlpitos, altares, en fin, donde la escultura diose a la plenitud de su vuelo místico en lujosos sagrarios y múltiples imágenes del millonario santoral católico.

Cual si el arte naciese de nuevo en dondequiera que surge, el colonial colombiano apareció ingenuo en el siglo XVI, floreció en el siglo XVII y decayó luégo. Las imágenes del XVI, son apacibles, regordetas, triviales, de vestido poco o nada plegado, como de un arte infantil, a la manera de los versos de don Juan de Castellanos, del Cristo de los Fundadores y de la Ermita del Humilladero...

En el siglo XVIII se encumbra ese arte a valía continental, universal talvez, con los nombres de Vásquez, de Acuña, de Pimentel, de Guiral o seudo-Guiral (si así se comprueba), que tan bellamente lo dignificaron en estilo y con él interpretaron su existencia.

Entre todos ellos me emociona particularmente el maestro ignoto del altar de San Francisco, enantes tenido por fray Gregorio Guiral y Miranda, nacido en Bogotá en 1590, considerado ahora por nues-

tro joven artista e historiador Luis Alberto Acuña como un lego franciscano cuyo nombre no aparece. En su obra, tallada abundantemente en contorno del altar, hay relieves en madera que valen por cuadros al óleo de fina y sutil ejecución. El retorno de Egipto, uno de ellos, es sin duda de las obras maestras del arte colombiano, por el copioso caudal de afectos que expresa y magnifica. El San José sonriente y buen mozo que reboza de orgullo paterno, reprime apenas una exclamación de júbilo ante una como adivinada travesura de ingenio de su chiquillo despabilado y regordete que marcha adelante, de la mano de la Virgen. Un ángel que sobresale en el centro mira al padre afortunado con un delicioso signo de inteligencia infantil, cual si preguntara: "¿Ha oído usted lo que dice?"; en tanto que la Madre Augusta quisiera, imposible ficción, disimular la risa que le retoza en ojos y labios. Al pie, casi al margen de la derecha, otro angelito tira del ronzal de la borrica fatigada, según los ojos y el visible resoplar de las narices, y ese angelote está de espaldas, en escorzo de esfuerzo deliciosamente delineado. Sin duda que los ropajes, por otra parte ejecutados diestramente, son inverosímiles por más de un concepto; con certeza las manos están mal definidas en su tosca cortedad, y en todo se atropella un recargo de simbolismo barroco; mas qué cantidad de vida se recoge en esos centímetros de madera, y cuán cerca

del corazón se siente la realidad ingenua de aquellos personajes.

En el frontispicio de la Capilla del Rosario colocó Antonio de Pimentel, bogotano que floreció a fines del siglo XVII, unos altorrelieves en barro cocido y estucado que constituyen otra creación feliz de nuestros artistas coloniales. Representan la Virgen del Rosario, sentada sobre una nube de serafines formando un hemiciclo con Santo Domingo de Guzmán, Santo Tomás de Aquino, Santa Catalina de Siena y fray Cristóbal de Torres. El Niño Jesús, de pie sobre el muslo izquierdo de la Virgen, le pasa el brazo derecho por la nuca en un equilibrio de adulto, como es de adulto la fisonomía, por lo abultada y muy amplia frente y los ojos cargados de pensamiento. Está bien dispuesto y admirablemente plegado el ropaje de Nuestra Señora, gracioso el peinado, suave y adolescente el óvalo facial, pero quizás un poco inadecuado el cuello. Resaltan los ojos de estupendo arcaísmo melancólico y la preciosa barbilla, que recuerda la que frecuentemente tienen nuestras muchachas mestizas de esa edad juvenil.

Miguel de Acuña, ebanista santafereño que floreció hacia 1670, elaboró un famoso tabernáculo para la Capilla del Sagrario y dibujó la exquisita portada de ese templo, con las cuales obras se coloca entre los grandes maestros de su época.

Sin poder en esta síntesis conceptual describir

más ejemplos del arte de nuestra Colonia, nombraré apenas al maestro Lugo, a Pedro Laboria, a Juan de Cabrera, escultores; a Nicolás de Gracia, Diego Padilla, Eustaquio Caballero y Nicolás de Burgos, orfebres; al célebre ebanista Luis Márquez, al no menos renombrado Francisco Escobar, maestro forjador, y a Mateo Luisinch, el tallista de los altares y coro de San Ignacio.

La era republicana tiende a una expresión artística y peculiar, y por lo tanto nos presenta de nuevo el fenómeno de un arte infantil que se desarrolla con todas las peripecias de lento avance. Es un hecho digno de memoria esta mutación en la vida del arte de un mismo pueblo al pasar de la sujeción a la plena soberanía. Me he preguntado a veces si ello consiste en que sólo la segunda etapa es la verdadera, considerando el primer ciclo como injerto que floreció en una planta demasiado joven todavía para dar frutos de su propia especie. Cualquiera que sea la explicación, ello es que nuestro arte republicano se inicia balbuciente otra vez y candoroso.

En el crepúsculo de la vida colonial apareció en Santafé un hombre de grandes capacidades para la arquitectura, nacido en la provincia española de Valencia: fray Domingo de Petrés. Guardadas las distancias de aliento creador y de medio ambiente, representa para nosotros lo que Cristóbal Wren en la Gran Bretaña. Sus muchas obras tienen un sello

de gran vigor, pureza de concepto y adecuación funcional que las hizo memorables. El primer cuerpo de nuestra catedral es majestuoso; la estructura interna del templo de Santo Domingo es de lo más armonioso que tiene la república; el mismo observatorio se desarrolla conforme a líneas bien conceptuadas.

Al lado de fray Domingo, el ingeniero Esquiaqui, contemporáneo suyo, nos dejó en la iglesia de San Francisco un frontis y una torre que enorgullecen el centro de la ciudad, aunque infortunadamente interrumpen la vista de su principal arteria.

Con estos dos nombres, español el uno, colombiano el otro, culmina en este país la arquitectura colonial. Durante muchos años no aparece luégo obra alguna que reclame el esfuerzo de artistas superiores. Las mediocres exigencias de nuestra urbanización de comienzos del siglo XIX fueron atendidas por maestros albañiles que continuaron la rutina de sus antecesores. A mediados del siglo se presentó la magna tarea de nuestro capitolio nacional y tuvimos que recurrir a un artista extranjero, el ilustre danés Tomás Reed, hombre campechano, pero de inteligencia ambiciosa, que lo proyectó de fábrica muy potente y armoniosa a la vez, de patios abiertos "como corresponde a la casa de todos" que es y debe ser en tratándose de un palacio de la república,

adornado el que mira al norte y a la plaza mayor con una triple columnata de plena altura y estilo jónico que lo define e individualiza.

En el resto de la república el arte arquitectónico se concentra en templos y casas residenciales de mal gusto, generalmente, durante el siglo XIX. De cuando en cuando aparece alguna estructura que atrae la vista por un momento, es una iglesia de aldea o villa menor que ha escapado a las falaces fantasías de arquitectos improvisados, o la fugaz línea de un puente que roba a la ciencia un aspecto de espontánea donosura, tal cual casita urbana o campestre, en fin, que luce ingenua esbeltez.

El siglo XX surge mejor capacitado económicamente para el desenvolvimiento de este arte. El gobierno civil inicia centenares de obras, como palacios administrativos, estaciones centrales de vías férreas, puentes y edificios para la educación pública; la iglesia adelanta múltiples seminarios y templos; la beneficencia construye hospitales y asilos de vastísima extensión; sociedades anónimas levantan fábricas y bancos; los ciudadanos enriquecidos edifican mansiones urbanas y campestres. El maestro albañil tuvo que cederle el campo al ingeniero y el ingeniero, a su vez, al constructor especializado. De este grandioso despertar que trasforma las ciudades no ha surgido aún el genio creador de un arte

autóctono. Verdad es que falta suficiente espacio de tiempo para la gestación de semejante prodigio, pero la campana de la oportunidad lo está llamando con urgencia.

En los grandes edificios el estilo colonial fue sobre todo semejante al de "Misiones" para los templos y al español para la arquitectura doméstica. El siglo XX ha espigado en todas las escuelas. En la arquitectura civil construye frecuentemente conforme al trivial renacimiento francés de mansarda; copia estampas del vasco español; imita el normando a veces o caprichos modernistas que el cemento armado ha hecho posibles hasta la exageración inverosímil. El constructor albañil de la burguesía menor se aferra a un rococó de guirnaldas y florecidos capiteles que hacen de las salitas de recibo adorables muñequeros.

En la fábrica de los templos obsérvase la misma promiscuidad. Desde el románico paquidermo de la catedral de Medellín y el gótico-albañil de la iglesia de Chapinero, hasta los ensayos graciosos de una modernidad atrevida o las creaciones alambicadas que aquí llamamos "ponqué de novia".

Esto indica que el artista nacional se está buscando a través de las graves dificultades con que lo inmutó la sorpresa de tan rápido surgimiento de la demanda. Algunas realizaciones de gracia formal y de adecuación más estricta a las funciones, como la

Estación Central del Ferrocarril de la Sabana y el Instituto de Pedagogía de Chapinero, anuncian que no está lejano el día en que nos expresemos nacionalmente en arquitectura, y en ello trabajan con denodado fervor jóvenes preparados dentro y fuera de la república, colaboradores y continuadores de Gaston Lelarge, Pablo de la Cruz, Mariano Santamía, Arturo Jaramillo y otros maestros.

Y es muy rico el panorama que ha de contemplar entre nosotros este arte, pues la variedad de nuestros climas exige una visión perspicua y bien amaestrada que dé para las altiplanicies una planta abrigada y sobria, que se entreabra un poco a la manera de un capullo en las vertientes; que se expanda, en fin, en amplias arquerías, claustros y jardines en la zona ardiente de nuestras llanuras tropicales. ¿Qué hace en nuestras ciudades de "tierra caliente" un templo gótico, en lugar de alzarlo sobre columnas, sin muro que lo agobie, en un enrejado parque de naranjos y palmeras, de aromáticos jazmines y buganvilias? ¿Por qué no propagar modelos de chozas al alcance del labriego humilde de las distintas zonas, y de alquerías adecuadas a la higiene, y de escuelas aldeanas y rurales, y de jardines pigmeos, y de... cuanto embellezca, ennoblezca y favorezca la vida de un pueblo que se está formando con prisa de decenios y de lustros?

Entre la arquitectura y la pintura se colocan la escultura y la decoración.

A mediados del siglo XIX Pedro Caballero se dio a la obra de decorar el templo de "La Tercera", con tan extraordinaria consagración que arruinóse en el cumplimiento de sus compromisos y al fin se enloqueció. A pesar de estos accidentes perdura de él un trabajo muy apreciable.

Otro gran místico de esa época fue Eugenio Bernabé Martínez, quien esculpió el Cristo de la Capilla del Sagrario. Fue tanta su devoción por el arte, que asistía a las batallas para estudiar la fisonomía de los moribundos, y tanta su piedad que trabajó de rodillas la obra antes mencionada.

Al comenzar el siglo XIX floreció un gran artista, de nombre Esteban Montoya, quien realizó una serie de esculturas en madera de estupenda sinceridad, no obstante ser un autodidacto de muy escasos medios de estudio. Su Cristo de Guasca es una obra de valor, y el grupo de San Antonio con el Niño y un rapazuelo mendicante es digno de alabanza.

Marco Tobón Mejía, muerto hace poco en París, dejó varios estudios en mármol que lo acreditan como aventajado cincelador de formas ideales de noble ambición simbolista en las intenciones y de pureza clásica, con trazos de modernidad, que sostienen con prestigio su nombre, a más de una larga

serie de medallas en bronce que le colocan muy altamente ante la crítica universal.

Francisco A. Cano, Rómulo Rozo, José Domingo Rodríguez, Eugenio de la Cerda, Gustavo Arcila Uribe, Dionisio Cortés, Luis Alberto Acuña, Carlos J. Gómez, José Ramón Montejo y algunos más, han trabajado con buen éxito en monumentos públicos, estatuas y ensayos de taller que no es de este sitio el analizar aisladamente. Algunos de ellos, como Rozo y Rodríguez, buscan la expresión de un regionalismo e "indigenismo" que sea la base de una escuela nacional autóctona. El primero estiliza audazmente lo que ve, y tiene gran capacidad decorativa; Rodríguez recoge en sus tallas de madera la acción y la intención con sorprendente intuición de la realidad y firme contextura. Pertenecen ambos a la gestación espontánea de un movimiento escultórico que a pesar del pobre estímulo pecuniario que este arte disfruta aún entre nosotros, vale como lo más entrañable y "raizal" que producimos en esta hora. Ena Rodríguez y Josefina Albarracín pertenecen con honor a este grupo.

Los dibujantes de la Expedición Botánica conservaron alguna tradición pictórica en la república naciente: Antonio García, Mariano Hinojosa, José María Triana y Francisco Javier Matiz enseñaron lo poco que sabían a algunos aficionados, entre los cuales se recuerda al miniaturista Espinosa y al historiador Groot. Mas puede decirse que sólo a mediados del siglo XIX surge un artista bien definido en la obra original e ingenua de Ramón Torres Méndez, en algún modo semejante a Rousseau el aduanero por la espontaneidad de su técnica y el candor de sus creaciones, no "carecientes", sin embargo, en nuestro pintor, de cierto "humour" campesino y *sui generis*. La merienda campestre, que él denominó "Torbellino a misa", quizá en memoria de un célebre bambuco de su época, es un cuadro de amplia concepción y finos detalles que a pesar del deterioro de los colores que ha padecido, aun revela impresionantes dotes. El "Interior santafereño" es de un realismo holandés por la precisión de los objetos, pero muy bogotano, y bogotano de aquella hora, por la romántica melancolía de la dama que representa la intención del conjunto. Más célebres son sus cuadros de costumbres, hoy de un precioso alcance documental, en que interpretó, a veces socarronamente, la vida colombiana de mediados del siglo, con una estupenda vocación para captar la psique de los gremios y el movimiento de los personajes que interpreta.

La situación de la pintura nacional era, no obstante estos esfuerzos esporádicos, francamente inoperante y desmayada. Por entonces, último tercio del siglo XIX, vinieron a animarla un poco Enrique Recio y Gil, pintor y profesor español, Felipe S. Gu-

tiérrez, pintor realista mejicano, autor del "Mendigo Chileno" y "La Aguadora"; Luis de Llanos, diplomático español y pintor que tuvo importante influjo sobre los "paisajistas" colombianos que luégo aparecieron. También Antonio Rodríguez, grabador en madera, y Alberto Urdaneta, dibujante y gran periodista, merecen una mención entusiasta por el estímulo que dieron al arte en aquellos días.

A estos artistas extranjeros es de gratitud y noble justicia añadir la mención de dos italianos que nos visitaron en sus obras: Gatti, el pintor, y el escultor Tenerani. Del primero conservamos con orgullo un telón de boca del Teatro de Colón de esta ciudad capital, y del segundo la estatua del Libertador Bolívar. Estas dos obras son de primera calidad técnica, y de una tan alta inspiración, que honrarían a cualquier museo europeo. Son ellas una lección constante de buen gusto que, a mi modo de ver, valen por un curso libre de crítica de arte, por un curso silencioso de estupenda composición y elevado concepto, ricas y sobrias a la vez, decidoras y sugerentes de mucho más, cual es norma constante en los milagros de la vida.

Luégo apareció la gran figura artística de Epifanio Garay, el verdadero creador de nuestra escuela, henchido de ideal y de arrogancia, técnico y agraciado por la inspiración a la vez, quien dotó a la república con obras perdurables, algunas suficien-

temente nobles para resistir un paralelo afortunado con sus similares de países de antigua tradición. Por ese mismo tiempo se formó, casi espontáneamente, Ricardo Acevedo Bernal, y con ellos descolló Andrés de Santa María. El primero es todo pujanza, heroico impulso, prodigioso acierto en los ropajes, en la gradación del colorido, majestad, pudiéramos decir, en algunos de sus retratos, precisión del dibujo y una chispa de tragedia en el cuadro de composición. Acevedo Bernal tuvo un pincel de gentilísima dulcedumbre, hasta por los tonos de azulado gris que prefirió para sus obras, entre las que culminan el retrato a pastel de doña Blanca Tenorio, su primera esposa, de una cabeza soberanamente bien modelada y de un manto azul perfecto, el "San Marcos" de las pechinas de nuestra catedral bogotana, arábigo patriarca con algo de Plotino en la idealidad de la actitud, desgraciadamente acompañado por un león de muñequero, que más que un pretendido símbolo fue un desfallecimiento de la inspiración del artista. Garay le enfrenta un "San Juan" apolíneo, arrebatado de poesía, como su autor, y que parece un Alejandro de Macedonia en coloquio con "su padre" Amón el egipcíaco. Y qué gloriosa certidumbre artística la de este Garay en los retratos de doña Isabel Gaviria de Restrepo, qué negrura más penetrada la de ese corpiño, ni qué vellón más suave y aereado la del suntuoso manto

que enmarca la procera efigie. Y no fue, de cierto, la gloria de un cuerpo femenino en plena evocación de cantos lo que ennoblece dicha obra, que similarmente descuellan los rasgos sigilosos y pensantes de la masculina fealdad de Rafael Núñez, por ejemplo, o en la de don Manuel José Pardo, en que culminó su maestría.

Santa María es pintor de grande escuela, más europeo que americano, pero nacional sin duda por otras muchas fases de su vida y de su obra. Maestro se le puede llamar porque realizó cuadros de técnica tan firme como los "Lavaderos del Sena" y algunos retratos de acertada modernidad. No "trabajó" mucho nuestro paisaje, pero en las "Segadoras" de la altiplanicie aparece intérprete afortunado y digno de memoria.

Con estos artistas se abre ampliamente la ruta de la escuela pictórica contemporánea. A ellos se unen en potencia primicial no desarrollada Pantaleón Mendoza, cuya tela de la "Plaza antigua de Mercado" es de un realismo holandés delicioso, y Salvador Moreno, de genio ambos prematuramente roto por la enajenación mental; el padre Santiago Páramo, de tan suave misticismo; Francisco A. Cano, maestro de las nuevas generaciones, quien buscó en el retrato, el paisaje y el cuadro de composición la expresión del arte y de la vida, regalándonos a veces con el "Páramo de Pisba", en que

la epopeya de la emancipación surge evocada en un ambiente de angustia heroica, donde el frío escarchado de la neblosa cordillera parece barrer la última esperanza de las huestes libertadoras del Continente americano entre los yermos riscos de la serranía oriental; o recoge la migración colonizadora del pueblo antioqueño en "Horizontes" en el hijo y en el hacha con que el matrimonio labriego que dibuja se adelanta a vencer una remota Canaán montuosa y baldía, de la cual parece aislada porción el cuadro de "Nieblas y Cumbres" azulinas que en otra tela nos ofrece su modalidad de melancolía ineluctable.

Estalla luégo en la república un grato fervor por este arte, hasta el punto que sería difícil estudiar individualmente los muchos que hoy lo profesan y enaltecen. Roberto Pizano, muerto hace pocos años en plena juventud, fue un entusiasta animador de esta corriente, y nos dejó en su "Autorretrato" una muestra notable de gran sensibilidad artística. Ricardo Borrero, también desaparecido ya, fue un paisajista pulcro, de una estupenda habilidad para el retrato de la naturaleza en cuadros de minuciosa honradez. Ricardo Rendón, afortunado en sus acuarelas "costumbristas", ocupó el primer puesto entre los cultivadores nacionales de la caricatura.

En los que hoy están en plenitud de sus labores predomina el culto del paisaje, etapa a mi modo de

ver, significativa de que este arte no ha salido aún entre nosotros de la adolescencia, brillante sin duda, mas no suficiente para la interpretación del alma nacional. Estudiamos la tierra y la hemos consultado en varios de sus aspectos, con gran fortuna a veces, pero el carácter de nuestro pueblo, las múltiples modalidades que presenta en las diferentes regiones que componen el país y en las diversas funciones que integran su actividad, no han sido analizadas pictóricamente. El labriego, sobre todo, base de nuestra población, el artesano, el párroco de aldea, el burócrata, etc., son temas inéditos que aguardan el genio revelador de su índole. Dentro del mismo paisaje carecemos de una visión adecuada de muchos de sus elementos, ya que tan variados son y ricos en cualidades distintivas. La Sabana de Bogotá, algunos aspectos de la "vertiente", las riberas del Magdalena y del Cauca, los Llanos Orientales, por ejemplo, tienen representación, pero ni el páramo, ni la selva virgen, ni la alquería, ni los plantíos de tierra caliente, bananeras, cañaduzales, cocotales, ni las minas de oro, ni la navegación, ni el mar... han sido contemplados en su bello cromatismo, en el símbolo del esfuerzo humano, de la fatiga y del triunfo o la derrota, que implican y sustentan. El mismo ambiente, tonalidades del cielo, sugestión de temperatura, gravedad y movimiento de las nubes y gradaciones de colorido de sus ma-

sas, levedad o saturación del aire, en fin, esos mil pormenores que diferencian las distintas zonas de nuestra naturaleza irregular, no han sido calificadas suficientemente. La función misma de los objetos materiales y su armonía en la sustentación y composición del paisaje, la intimidad de su misión, una roca, verbigracia, no debieran retratarse, sino interpretarse intencionalmente.

Pueblo en formación, no es posible que dé aún la plenitud de su contenido, de un contenido que fluctúa todavía y desconcierta al artista intérprete. Ya vendrá la hora de la madurez, y hasta puede decirse que ya se anuncia en las audacias de algunos jóvenes cuyos bocetos de ensayo se encaminan hacia esta futura creación. Sería bueno decirles que el dibujo, tan descuidado entre nosotros, es el más poderoso auxilio, y quizás el puente, para el advenimiento de la imaginación creadora, etapa cimera del desenvolvimiento de la cultura artística de un pueblo.

Y en plenitud de justicia tengo que añadir que no obstante la afirmación sensata de que estamos en un período de tanteos, ya se precisa la existencia de una escuela colombiana de pintura en la vaga expresión de una "manera" sui géneris, presentación de atmósfera, colorido, temas de predilección, emotividad que subtiende el ritmo evocador de los

pinceles. Algo inefable en cierto modo, que en tan variados procedimientos cromáticos, el idealismo de un Zamora, la objetividad y precisión de un Borrero, la estupenda diafanidad de Ricardo Gómez Campuzano, el suave tinte de Peña, el vigoroso conceptismo de Leudo, la delectación con que trata la figura y asocia los colores Miguel Díaz, la loca luz que casi disuelve la corporeidad de los seres en Efraín Martínez, el esquema bizantino y revolucionario de Gomer Medina, el dibujo acertado de Rodríguez Acevedo, los notables "bodegones" de Rodríguez Naranjo, las acuarelas y miniaturas poemáticas de Restrepo Rivera, firmemente evocadoras de Eladio Vélez, noblemente sensitivas de Pedro Quijano, el carbón magistral de Moreno Otero, los bellos dibujos de Enrique Gómez Campuzano... la obra múltiple, en fin, difícil de calificar individualmente en un párrafo, de Roberto Páramo, Federico Rodríguez y Ricardo Moros, de Nepomuceno Santamaría, Félix Otálora, Salas Vega, Cano el menor, Pedro Nel Gómez, Delio Ramírez, Eugenio de la Cerda, Rafael Tavera y muchos más que con tanta fe trabajan e incesantemente se disciplinan en pro de su arte egregio. Algo inefable, decía, pues, que en cierto modo coincide en tan, al parecer, apartadas modalidades y determina un carácter típico de la pintura colombiana que la distingue de la argentina, por ejemplo, de la mejicana o chilena; algo

que, bien encauzado, engendrará muy pronto una escuela propia.

Ocurre en la música algo muy semejante a la evolución de nuestra pintura. En el alba de la soberanía nacional surgen algunos maestros, más notorios por las circunstancias del medio ambiente que notables por su genio artístico, como el payanense Juan Antonio Velásquez, el antioqueño Joaquín Lemus y el venezolano Nicolás Quevedo Rachadel. En el segundo tercio del siglo aparecen varios artistas extranjeros que aumentan la vocación y los recursos de nuestra sociedad en esta disciplina, ya creando institutos de enseñanza, ora sociedades de aficionados o, en fin, ejerciendo privadamente un profesorado activo. De tales son el español Francisco Villalba (1836), compositor de nuestro primer himno patrio; Enrique Price y su hijo Jorge, fundadores de las primeras academias de este arte en Bogotá, y autor el primero de otro himno (en 1847); Fernando Gregory, quizá de los iniciadores de la enseñanza técnica de la música en Antioquia; Carlos van Oecken, quien interpretó otro canto nacional por los años de 1873; Orestes Síndici, célebre autor del himno nacional definitivo (1880); Emilio Conti, Pedro D' Achiardi, Arturo Malenchini, Augusto Azzali, etc., llegados en el último tercio del siglo XIX.

De los músicos nacionales descuellan en la breve historia de este arte entre nosotros, Julio Quevedo, hijo bogotano (1829) de Quevedo y Rachadel, atrabiliario y asceta, autor de la "Misa Negra" y de algunos descabellados atropellos contra sí mismo, artista bien dotado y bien preparado, infortunadamente sujeto a ataques de grave melancolía; Manuel M. Párraga, memorable por haber "estilizado" el primero un bambuco nacional; Eugenio Salas, profesor de la materia y letrado además; José María Ponce de León (1845-1882), compositor de dos óperas con libretos de Rafael Pombo; el eminentísimo poeta Diego Fallon, autor de un sistema ingenioso de notación musical; Joaquín Guarín, de los fundadores de la "Filarmónica" en 1848, director de la "Sociedad Lírica" y compositor del himno patrio de José Caicedo Rojas (1849), Daniel Figueroa, autor de otro himno (1883) *et sic de caeteris.*

En este siglo XX las actividades musicales han sido intensas en el Conservatorio Nacional, en el estudio de las bandas oficiales y de las orquestas privadas, y se han difundido a toda la república con distinguidos profesores. No puedo afirmar que hayamos producido compositores tan eminentes en esta materia como en el arte literario, pero sí "virtuosos" de una esmerada educación, profesores de capacidad indiscutible, loados algunos en centros europeos de gran renombre, y aficionados a la composición con

buenas dotes y eximia virtud "vocacional". Recuerdo al azar de la memoria a Honorio Alarcón y Teresa Tanco de Herrera, dominadores del piano; a Carlos Umaña, notable maestro de capilla; a Santos Cifuentes, Federico Corrales y Eliseo Hernández, profesores afamados; a Guillermo Uribe Holguín, Gonzalo Vidal y Andrés Martínez Montoya, profesores y compositores ilustrados, muy destacadamente el primero; a muchos jóvenes de porvenir como Antonio María Valencia, José Rozo Contreras, Gustavo Escobar Larrazábal; y por último, mas no en mérito, a los "folkloristas" de la noble especie de Emilio Murillo, de Guillermo Quevedo, ilustre descendiente de Quevedo Rachadel y de Luis A. Calvo, notables reveladores de temas populares.

En los últimos tiempos, como en las otras artes también, se han presentado una recia pugna entre los nacionalistas y los técnicos de tradición europea. Aquéllos propugnan la necesidad de prosperar audazmente la música autóctona mediante el cultivo intenso de los aires nacionales, y sostienen con ahinco que poseemos capacidad y folklore suficientes para ello, bien diferenciado y noble. Estos desean la misma evolución artística, sino que siguiendo las normas avanzadas que el desenvolvimiento universal del arte ha consolidado.

Talvez no haya motivo para tal enconía. Los indí-

genas americanos de esta parte del Continente no dejaron una tradición musical definible. La escala pentatónica de los incas es pobre para informar obras de grande aliento; y en dilatadas extensiones del Nuevo Mundo nunca pasó ese arte de la mera percusión rítmica, aunque Emilio Murillo encuentra ahora entre los huitotos del alto Caquetá escalas cromáticas y diatónicas que denuncian un avanzado sentido musical. El fotuto, el caramillo y la doble flauta, el guaraná y el tambor, la maraca y el chucho, el tiple y la marimba no bastan para instrumentar un elevado tema, ni son todos ellos de procedencia americana. Los restos de música aborigen que pueden recogerse en las tribus aun existentes son en verdad muy pobres, y poco sabemos de la que pudo existir a tiempo de la Conquista, si es que hallóse alguna mejor. Empero, sería alocada testarudez negar la existencia de un ritmo regional mestizo, principalmente notable entre los labriegos boyacenses. Este aire, tan bien estructurado en el bambuco y en el pasillo, es lo que constituye el germen de la música colombiana. Ritmo en que el alma nacional vierte sus variados sentimientos, principalmente melancólicos, como la raza india que lo impone a través del criollismo que hoy la continúa y representa.

Siguiendo esa doble vertiente de nuestra génesis musical llegará un día de éstos el creador genuino

que nos dote de escuela propia, y exprese nuestra psique en tan delicado y sutilísimo arte.

Entre nosotros fue siempre la literatura la más rica de las artes, en cuanto al período republicano se refiere. Aquí se halla la confirmación de algunas opiniones emitidas en otra parte de este estudio sobre la necesidad de que se funden primero los elementos raciales de un pueblo y se conjuguen radicalmente la psique suya y el paisaje en que vive antes de revelar la potencia de cultura que lo haga histórico.

En la aurora de su vida independiente hallamos en nuestro país las manifestaciones artísticas que corresponden a una infancia cultural: gestación de un mito épico y de una epopeya en que la nueva entidad histórica plasme los contornos de su espíritu, y abundante vena lírica que dé cauce a la exaltación emotiva de esa juventud.

De ahí la caudalosa cosecha de leyendas, de crónicas, de biografías e historia general que produjo Colombia en el breve lapso de un siglo. De ahí, también, la mucha cantidad y calidad estupenda de su producción lírica. Sorprende el hecho indeclinable de que al lado de endeble situación técnica, cuando los elementos de civilización eran tan escasos y la misma sociedad se presentaba incipente todavía y

poco trabajada aún por un adecuado refinamiento, produjese cantos de tan noble alcurnia espiritual, elaborase conceptos y emociones dignísimos con una perfección formal cimera.

Otra observación que debo repetir en este aparte es la que concierne a la influencia, hoy definida, aunque no sé si transitoria, del variado paisaje colombiano sobre su expresión literaria; el Valle del Cauca produce el poema bucólico en sus mejores representativos; Antioquia ha creado una escuela novelista de recio realismo regional perdurable; a Bogotá le imprime su altiplanicie sosegada un ritmo evanescente de intimidad lírica y asordinado escepticismo; Santander incuba el canto épico del porvenir; los Llanos de oriente acarician la copla del amor y del combate; la Costa sonríe al mar y universaliza su inspiración.

Dadas estas circunstancias biológicas es natural que nuestra producción en filosofía, en sociología, en jurisprudencia, en cuanto, en fin, demanda una madurez cultural, sea esporádica y de escaso fundamento. Apenas hoy, cuando ya toca la república la severa linde de la madurez, asoman esos estudios aquí y allá, en un tanteo de revisión de valores, en un "balbuceo" de la propia conciencia.

Estas actividades del pensamiento colombiano estuvieron representadas en un periodismo ideológico que durante el siglo XIX fue de primera calidad en

la América Latina. A él contribuyeron hombres de trayectoria mental muy bien definida y amaestrada, como Francisco de Paula Santander y Florentino González, José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez, Manuel Murillo Toro y Santiago Pérez, José Joaquín Ortiz y Miguel Antonio Caro, Fidel Cano y Carlos Martínez Silva, Salvador Camacho Roldán y Felipe Zapata, Rafael Núñez y Carlos Holguín, Manuel Ancízar y Miguel Samper, Juan de Dios Uribe y Antonio José Restrepo, José Vicente Concha y Rafael Uribe Uribe, etc., con estudios de los problemas nacionales, y universales a veces, que son ensayos verdaderos en que se resumen la sociología y la filosofía colombianas de entonces: tradición prestante que no desfallece en nuestra república, pues aun tenemos en Luis Cano y Eduardo Santos, Baldomero Sanín Cano y Max. Grillo, Armando Solano y Laureano Gómez, Luis Eduardo Nieto Caballero, Silvio y Aquilino Villegas, Germán Arciniegas y José Mar, Alfonso Villegas Restrepo y Miguel Santiago Valencia, Enrique Santos y Jaime Barrera Parra, Francisco Umaña Bernal y otros muchos, eficaces sostenedores de tan augusta misión.

Los estudios filológicos en que descolló la generación precedente iniciaron una afirmación racial, predicaron un abolengo que señala y signa nuestra índole de pueblo encauzado hacia el orden y consti-

tuyen el más alto orgullo de la literatura colombiana.

No creo que hayamos producido obra dramática perdurable, a pesar de la promisoria iniciación de Luis Vargas Tejada, Alejandro Mesa Nicholls y Antonio Alvarez Lleras. La que conozco tiene fugaces aciertos, pero tan grave imperfección técnica y tan flaca medula de universalidad, de conflictos humanos de realidad permanente, que me atrevería a calificar de deleznable y pobre.

La épica, anticuada hoy, ha sido acometida con encomiable arrogancia, mas sin acierto en cuanto dice a la "escogencia" del asunto, o a la concentración plasmática de él. Así la vemos solicitar temas de remotos e indecisos personajes, cuando ardida es y está en plena ebullición de sentimientos la gesta de los libertadores. Alguna vez asoman éstos en un canto de ambiciosa amplitud, pero sin núcleo de acción, sin guía conceptual ni elementos pasionales y terrígenos que enmarquen el conjunto y le den amenidad sabrosa y sólido fundamento.

José Joaquín Ortiz, de tan arrogante y castiza inspiración, cantor epónimo de la bandera nacional, parecía destinado a la encumbrada empresa, y sabemos que muchas veces la contemplo su noble pensamiento; Miguel Antonio Caro, gran perito en historia patria, gran devoto de Colombia y de Bolívar, y verdadero "scholar" además, nos mostró en su

oda a la estatua de Tenerani una sorprendente capacidad para este señoril empeño; y más que ninguno, Rafael Pombo, el miltoneano cantor del Niágara, gran señor en todas las modalidades de la poesía, pudo realizar la magna obra. No importa, sin embargo, esta falla de la poesía colombiana: ya la epopeya existe, un poco dispersa, es verdad, en el alma y en la literatura nacionales y, como en los Nibelungos, irá tomando una información corporal al correr de los tiempos.

La historiografía, que tuvo en José Manuel Restrepo eminente iniciador, a la manera de un Tucídides criollo por la gran copia de materiales de primera mano y la serenidad del juicio, fue desarrollándose profusamente y depurando métodos hasta llegar, con los hombres de las nuevas generaciones, Raimundo Rivas, Enrique Otero D'Costa, digamos, a muy envidiable nivel de modernidad. Es esta la disciplina literaria de mayor orden y volumen de nuestro país, y con ella han prosperado los cronistas y los biógrafos, género delicioso en que descollaron José Manuel Groot, Pedro María Ibáñez, Joaquín Posada Gutiérrez y José María Cordovez Moure, entre un buen centenar, cuyo centro de labores es hoy día la Academia Colombiana de Historia, digna de irrestricto encomio.

Entre la crónica y la novela cabe muy bien la simpática especie literaria "cuadro de costumbres",

que nuestros abuelos del 60 cultivaron con memorable devoción. Desde Eugenio Díaz hasta Pimentel y Vargas hubo más de una docena de escritores que descollaron en el estudio, severo a veces, regocijado casi siempre, del carácter nacional en este molde artístico tan ingenuo y sutil a un mismo tiempo. Casi todos fueron, y siguien siendo, muy alabados. Hoy nos inquieta un poco la impericia de los más y la simplicidad de algunos, pero es justo reconocer el alto valor de documento social que tienen aquellos trabajos y una que otra reealización excelente. No siempre las costumbres son bien caracterizadas. "El Moro" de José Manuel Marroquín es quizá de lo mejor en este sentido, monografía de un caballo, en apariencia, resulta un "espécimen" colombiano del género picaresco español, castizamente escrito en su sabrosa naturalidad. "El Alférez Real" de Eustaquio Palacios es un crónica notable de nuestro siglo XVIII, aunque novelada muy románticamente. "Pax" de Lorenzo Marroquín, en colaboración con José María Rivas Groot, que aspira a ser novela de costumbres hispanoamericanas, representa una caricatura artificiosa, a pesar de algunos trazos bellamente descriptivos. Ahondando más en la novela histórica, Tomás Carrasquilla escribió la "Marquesa de Yolombó", afectada infortunadamente por un desfallecimiento final; y Daniel Samper Ortega noveló en "Zoraya" la vida interesante del

virrey Solís, con el pequeño pecado de dejar muy perceptible el esfuerzo artístico. (¡Ay de mí, que también he caído en estas redes varias ocasiones!).

Por lo que respecta a la novela colombiana puede afirmarse que fue muy pobre hasta fines del siglo XIX. La celebérrima "María" de Jorge Isaacs, delicada y gentilísima creación del romanticismo y gloria perdurable de nuestro arte nacional, debiera considerarse más propiamente como un poema en prosa. "Tránsito", de Luis Segundo de Silvestre, menor en calidad y en extensión, corresponde a esta misma índole.

Fue en Antioquia donde surgió la novela realista en una extraña florescencia anticipada. Un grupo de aficionados a la literatura formó en el pueblo de Santo Domingo, a una jornada de Medellín sobre la Cordillera Central, un círculo de lectura en que campeaban las buenas obras de Pereda y de Galdós, de Clarín y de Palacio Valdés, los clásicos de Rivadeneira y los estudios de Menéndez Pelayo, amén de eximios autores extranjeros. Y dióse el buen milagro de que algunos de estos lectores estuviesen dotados de la chispa creadora. Por ese mismo tiempo prosperaba en Medellín otro grupo de cultores del arte, luchando a brazo partido con la esquivez del ambiente. De la conjunción de esos dos centros nació la novela antioqueña, con Tomás Carrasquilla y Francisco de Paula Rendón a la van-

guardia. De tal movimiento literario nos quedan obras de indiscutible maestría, algunas de ellas poco asequibles al lector extraño a los modismos del lenguaje regional y poco ducho en el conocimiento de las costumbres peculiares de aquel país. Mas no se crea que tales obras fueron escritas en jerigonza y desmañado estilo, porque sin duda las enriquece purísima casticidad y son venero de giros y voces de la más noble cepa castellana. Cierto es que para gozar de su plenitud artística se requiere haber nacido en la sierra antioqueña, y así poder sentir la hondura del análisis psicológico, la estupenda descripción del paisaje, la trama sutil del enredo, disimulados, unos y otros, bajo la especie de fáciles narraciones lugareñas.

Luégo ha venido la aportación novelista de otras regiones de la república. Hoy se ensayan en esta labor literaria, con mucho brío y notables capacidades, artistas del centro y de la periferia de todo el país. A esta segunda (o tercera etapa diría mejor), pertenece "La Vorágine" de José Eustasio Rivera, tan justamente afamada por sus descripciones del mundo selvático y bravío de nuestra Amazonia, siquiera flaquee en la interpretación del elemento humano por un momentáneo daltonismo sentimental de su autor. Los nuevos escritores se esfuerzan por dar a sus obras el carácter de "reciedumbre" que hoy está de moda, sin llegar afortu-

nadamente a los extremos de la literatura europea contemporánea, que en sus más audaces cultivadores se ha puesto bajo el signo cabalístico de Capricornio, exaltando como insignia de vigor estético la coprolalia y el culto fálico: creyendo talvez que son estupendamente originales, cuando sólo sirven de instinto al reino naciente del proletario, rudo y procaz todavía.

Entre nosotros corresponde a la lírica el primer puesto literario. Como ya lo hemos visto, en nuestra etapa colonial fueron muy escasas, si algunas, las producciones de esta índole, y así se prolongó la situación hasta el primer tercio del siglo XIX. Entonces algunos poetas menores, como José María Salazar y Fernández Madrid, iniciaron la república en estas actividades con obras de un mérito relativo que tuvieron la virtud de suscitar la vocación de nuestra gente. En el segundo tercio de aquella centuria aparece la constelación de los grandes soles de la lírica colombiana, José Eusebio Caro, José Joaquín Ortiz, Jorge Isaacs, Gregorio Gutiérrez González, Diego Fallon y Rafael Pombo, de primera posición en el Continente; Julio Arboleda, Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro, con muchos otros, que descollaron también en estas nobles disciplinas, aunque no tan soberanamente inspirados. En un escorzo historial no es posible seguir el análisis de cada uno de ellos, mas sí es llegada la ocasión de inclinarse

con reverente pleitesía ante la obra genial de Pombo, quien recoge los últimos destellos del romanticismo y preludia, y aun pudiera decirse que enalba, la ruta de la lírica moderna, pues que tan luminosa sale de sus manos y tan ardiente. Ya en la congojosa senectud se empina de pronto en un canto digno de los genios mayores: "Es la vejez viajera de la noche", dice, "Las mágicas visiones de otros días.... ¡Silencio! Unas no son, otras me niegan." "Las quejas, el reproche son ceguedad. Feliz el que consulta oráculos más altos que su duelo!" En los catorce versos de un soneto no cabe más humano dolor ni más divina templanza.

El último tercio del siglo XIX, que asiste entre nosotros a la ampliación de nuestro mundo literario hacia la universalidad, que ve la influencia de germanos, eslavos, italianos, escandinavos e ingleses, etc., obrar en la juventud estudiosa y solicitar la atención crítica de unos cuantos espíritus avizores, comprende asimismo un caudal mayor de producciones líricas, por manera que lo que fue discreto ángulo al iniciarse en los albores del siglo se nos aparece como un extenso delta fluvial en sus postrimerías. De ahí que resulte punto menos que extravagante el pretender resumir aquella ingente obra. Tres nombres la rigen: José Asunción Silva, Julio Flórez y Guillermo Valencia; pero ¿cómo olvidar a Víctor M. Londoño, Ismael Enrique Arciniegas y

Eduardo Castillo, entre los orfebres parnasianos del verso, o a Porfirio Barba Jacob y Rafael Maya, artistas modernos de un mensaje tan inquietante y bien expresado; ni a José Joaquín Casas, Antonio Gómez Restrepo y Luis María Mora, afortunados maestros de la lengua? Tampoco sería justo pasar inadvertido a Luis Carlos López, de tan peregrina personalidad, ni a esos muchachos de leal inspiración, Germán Pardo García, José Umaña Bernal, Juan Lozano, Aurelio Arturo, v. gr. Y piensa uno en José Eustasio Rivera y Miguel Rasch Isla, Cornelio Hispano, en Ricardo Nieto y Angel María Céspedes, en Aurelio Martínez Mutis, Delio Seravile, Federico Martínez Rivas, Antonio J. Cano, León de Greiff, Alberto Angel Montoya, Antonio Llanos, y... tantos son y de mérito tan firme que el silencio se impone, por fuerza mayor, en estas páginas efímeras.

Conturba el alma, sin embargo, pasar de prisa ante el nombre de José Asunción Silva, representante eximio del espíritu colombiano, de exquisita sensibilidad, moderno por el alma y por la forma, clásico en la perfección de sus ritmos, universal por la música sutil de sus palabras y la inquietud cautivadora del pensamiento. Pasar de prisa ante Julio Flórez, el inspirado que emocionó tan hondamente las muchedumbres. ¡De prisa ante Va-

lencia, el adolescente que en 1896 dio a Colombia un monumento de perfección, insuperado aún!

Muchos a quienes la fama corteja más discretamente dejaron, no obstante, joyas imperiales. Enrique Alvarez Henao, para citar un nombre de aquella falange, firmó un día el soneto de "La Abeja", madrigal, digan lo que gusten las retóricas, madrigal virgiliano que no se eclipsará en el breve tránsito de una generación.

En el siglo XX asistimos al despertar literario de la mujer hispanoamericana. Por el momento satisface ella su inquietud en el cultivo de una lírica exaltada; pero ya se esboza la orientación hacia el cuento, la novela corta y aun el ensayo, como es ocurrencia normal en los países sajones, sobre todo los Estados Unidos. Es éste un fenómeno normal en el curso del proceso liberatorio del espíritu femenino. La ampliación del sufragio, la difusión de la educación pública, el contagio social, en fin, tenían que llegar hasta ella y conmoverle sus dormidas potencias de expresión de sus sentimientos y de interpretación del mundo: evolución social que parece conducirnos a un renacimiento del matriarcado, ya muy visible en algunas naciones. No ha escapado ella a la lógica indeclinable de estos procesos de generación artística y tuvo de comenzar sus labores, como ocurre normalmente en la conciencia del niño, por descubrir su propio cuerpo. Y así la ve-

mos cantar dondequiera el jubiloso llamamiento de sus formas, la insaciada sed de su ternura, el indeleble dolor que le causan las travesuras fugaces de Eros infiel.

No ha logrado aún la mujer escapar al derrotero amoroso que le impuso el varón: su poesía refleja la otra en una inversión especular de imágenes. Al reclamo masculino de la lírica tradicional: "Dame tus ojos, dame tus labios, dame tu cuerpo", ella responde: "Toma mis ojos, toma mis labios, toma mi cuerpo hasta la íntima saciedad." "Tú eres la estrella, tú eres la rosa, el lirio...": "Yo soy la estrella, el lirio, y la rosa..."

Hay un buen quilate de órfica liturgia en sus cantos. Esto pasará, aunque no totalmente, para dar ocasión a la segunda etapa de la liberación femenina, el descubrimiento de su propia índole. Entonces nacerá sin duda la interpretación que ella invente del universo en que vivimos, de este universo que el hombre ha humanizado tanto y tanto analizó que ya no sabemos lo que fue de él, ni si acaso existe; de este universo que la ciencia construye, demuele y reconstruye al revés cada diez años, dejándonos el alma espectadora en el vacío.

CONFERENCIA

LEIDA ANTE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE COLOMBIA EN SU PRIMERA SESION PUBLICA, HABIDA EL 24 DE ABRIL DE 1931, POR EL ACADEMICO DE NUMERO DOCTOR LUIS LOPEZ DE MESA

A uno le "da pena" ser académico: son muchos los conciudadanos de gran valor intelectual a quienes la limitación numérica de estos institutos excluye de su nómina, a veces convencional e injusta; y azora, casi espanta, esto de suscribir sus trabajos con un título que presupone excelencias mentales que el fuero interno recusa con inefable mueca de ironía. Mas era ya oportuno el que existiese en Colombia una institución de esta índole para ciertos menesteres, fundamentales aunque humildes, de inventario del haber artístico nacional, de su vigilancia misma, de discreto impulso para algunas benéficas novedades, y hasta, ¿por qué no decirlo? hasta de abono de la vanidad, útil también si se nos la esquilma hábilmente.

Algo más obró en nosotros para esta ocurrencia

de dejarnos titular con tan arrojante adjetivo: nos pareció agradable el trabajar en grupo, porque nos conocíamos bien y estimábamos los unos a los otros y aun nos queríamos ya con amistad de luengos años. También porque de España tuvimos un mensaje de invitación a formar este centro en connivencia filial con la muy diligente y gloriosa Academia de San Fernando, lo que era ya de suyo suceso indeclinable; invitación, además, tan efusiva y noble, que consideramos deber nuéstro pedir hoy cariñosamente a todos los colombianos nos ayuden a agradecerla en lo que es, maternal y gentilísima actitud de la abuela patria española.

*
* *

Naturalmente esta vez tendré que hablar de arte. Y hasta quisiera aprovechar las pocas horas que me restan de noviciado para desahogarme de algunas opiniones irreverentes en achaques de filosofía antes que la discreción selle mis labios con apotegmas de sabiduría milenaria. En primer término ensayaríamos a filosofar en lenguaje común, pues de antiguo entendí, y sigo profesando, ser poco inteligibles los filósofos por extralimitación de funciones gramaticales, muy destacadamente por abuso en la trasposición del significado de las voces. Acaso todos los grandes sistemas de filosofía se pueden reducir a dos o tres frases, desde luego algo erróneas, con un halo de inquietud espiritual, porción fecunda, indestructible y perdurablemente valiosa del esfuerzo que representan. Y esas frases son sencillas como el bendito que rezamos con nuestras primeras expresiones infantiles. Todos filosofamos sin saberlo académicamente, y talvez hemos nacido sólo para discurrir un rato sobre el significado de la existencia humana. Cuántas cosas no sabremos a escondidas de nuestra conciencia encandilada: toda la vida había deseado aprender griego, hasta que me di cuenta de que yo lo hablaba inconscientemente, y muy puro, pues que la medicina va siendo un dialecto de los más eufónicos y refinados de aquel idioma. Tal así, ustedes y yo podemos filosofar esta noche sin vacilación ninguna, porque vivimos cotidianamente en una selva de teorías. Créanme ustedes que el hecho de comer como comemos y de vestir, hasta de enfermar, etc., depende estrictamente de algún concepto filosófico; y si no la muerte en sí, a lo menos nuestra manera de morir es un resabio ideológico de los abuelos agazapados y ocultos en la estructura social.

Lo alarmante es que habiendo filosofado los de Asia y de Europa durante tres mil años han ya casi extinguido los más opulentos filones, y no es hoy día fácil de disparatar en estas materias sin coincidir con alguien en el uno o en el otro de aquellos

venerables continentes. Con grave fundamento piensan los críticos de allende el Mar Atlántico ser pobre y aun de poca promesa el hemisferio americano en asuntos de filosofía. Ello es verdad y continuará siendo una verdad por varios lustros: mientras no se espiritualice en nuestra confusa sangre esta geografía del Nuevo Mundo no daremos al olvido los axiomas hasta hoy evidentes y gloriosos del pensamiento eurasíatico, ni jamás nuestros pensadores podrán pensar originalmente en los moldes de una tradición que su ambiente no fecunda. No produciremos un Descartes, un Kant, un Newton sin antes destruir sus antecesores en el ritmo recóndito de nuestra propia existencia. Los europeos han querido hacer de la guerra de 1914 un punto etapa de nueva ideología: en el ámbito recatado de esta noche, confidencial y muy respetuosamente podemos decirnos que talvez no andan muy justos en esta suposición, así cual ellos la entienden. Quizá el paisaje europeo dio al hombre su más grande contingente, y no encierre para su espíritu novedad alguna, pues muy poco parece existir en él inexplotado para el sustento de otra génesis cultural. Cuanto va surgiendo allí es una remasticación, rumia digamos, del alimento tradicional grecoromano-judío, que ha venido actuando dentro del goticismo y la orientación experimental-industrial, al fin de cuentas, las dos creaciones de la cultura occidental europea. Sin

duda Europa halla diariamente aspectos interesantes al complicado poliedro de su ideología multisecular, mas lo que se entiende por concepto básico, por idea matriz, timonero hacia ignorados rumbos, no se alcanza a ver aún. Filosofías de la voluntad, de la intuición, del sentimiento, fenomenología, cristianismo individual, hinduismo, materialismo histórico, neo-idealismo, realismo crítico, etc., nos divierten, nos instruyen, nos disciplinan, pero no atrapan la plenitud de nuestra fe. Desde Mussolini hasta Bernard Shaw el hombre contemporáneo cree en lo que predica mientras halla algo mejor al alcance de su entendimiento hambreado de certidumbre. La guerra de 1914 hubiera sido etapa de nueva cultura de haber representado un conflicto espiritual, o racial al menos. Los testigos mentales de tan tremenda barbaridad sabemos que fue principalmente de un ataque epiléptico de malos comerciantes. Por eso no engendró ni un héroe ni una religión ni una filosofía. No obstante, una conmoción de aquella magnitud nunca pasará sin producir efectos espirituales: quizá se esté ya encubando en Rusia, núcleo de una religión en medio de todas las impiedades, y en América del Norte, campeón de una grande impiedad en medio de todas las religiones; tierras vírgenes donde el espíritu puede conjugarse con la naturaleza para el engendro de alguna nueva orientación.

Porque antes de extinguirse esta etapa de la historia universal, esta era de la industria, tendrá que producir su propia metafísica. Ya la obra de los físicos contemporáneos tiende a cerrar el ciclo entre lo extremadamente diminuto y la infinitud del cosmos. Es como si hubiéramos tocado el fondo en este piélago de tres centurias de análisis e iniciáramos la síntesis cultural de una nueva parábola de la historia.

En tales circunstancias de lugar y tiempo, sin ejercer en mí la actualidad de una América en sazón, ni la "vivencia" de la cultura europea, mis palabras apenas juguetearán sobre el abismo, fugaz calígine del alba, para festejar esta primera noche de una institución que me regaló con honra.

Ella abarca el culto de cuatro artes. Talvez sea una exageración nuéstra, que si comedidamente lo pensamos, una bastaría, así en femenino, pues por lo que hace al arriscado y señero masculino "el Arte" no sé yo de nadie que lo entienda y defina a contentamiento de toda la humanidad.

Esta incertidumbre tiene sus ventajas, de que me aprovecharé esta noche para hablar de él sin grave ni leve peligro de ofender a ustedes. Hace mucho tiempo se me ocurrió que el arte podía definirse como un narcisismo de la vida. Ignoro si esta definición resista el análisis de una extensa casuística, tanto de la creación como de la contemplación, mas

en cuanto la he discutido a solas, lo que es una discusión fácil, la he hallado conveniente.

No diré que sea un narcisismo de la vida humana, porque temo exagerar las distancias que el hombre supuso siempre existir entre su especie y las que le acompañan en el reino animal. Me ha impresionado la noción de que en algunas otras ramas de la zoología pueden hallarse en esbozo todas las actividades vitales que en lo humano descuellan espiritualmente, como son la inferencia, la conciencia, los sentimientos, la voluntad teleológica, etc., y no me atrevería a negar a los animales cierta capacidad de discernimiento de la fealdad y de la belleza, ni menos aún el definido placer que les causan el ritmo y los colores, como ocurre en su estimación de la danza y el canto. No pocos pensadores opinan que el juego es el embrión del arte, y en los animales se da el juego con una riqueza de movimientos y de intención todavía poco analizada. En sus construcciones hay a veces una abundancia de detalles, lujo dijéramos, que sobrepasa las exigencias del mero instinto, y el lujo es ya una inquisición estética. En sus amores se columbran claras preferencias por la elegancia y el vigor, que no podríamos asignar a un ciego "tropismo" humoral. Los perros y los simios tienen mucha vanidad de los adornos con que se les viste, y en alguna manera sus gustos son, como en el salvaje, por los colores

encendidos. También el caballo de carrera asume actitudes elegantes cuando triunfa, cual si quisiera añadir conscientemente un mérito artístico a la hazaña de sus remos. Algo más sugieren las labores de algunas aves e insectos. Talvez el hecho de poseer bellas formas sea un arte de la especie. ¿No se puede acaso —descuidando un poco la severidad científica— concebir un arte que se realice en el ser sustancialmente al lado del que se realiza en el obrar, cuando una forma o función añade a la utilidad de la especie una complacencia narcisista? En la danza y en el cinematógrafo el artista mismo es la materia de la obra de arte. Un estudio prolijo de la conducta de los animales, de la psicología animal, como a veces decimos efusivamente, nos permitiría enriquecer estas leves sugestiones con abundantes ejemplos de alguna amenidad y no escaso mérito probatorio. Baste repetir a ustedes que si hoy somos la especie conquistadora del planeta poco faltó para que otras que nos preceden en millares de siglos nos hubieran privado de esta posición envidiable. Estudiando el porqué algunos insectos de ingenioso instinto no se apoderaron de toda la sobrehaz de la tierra creí reconocer una explicación, más decisiva talvez que el sistema de oxigenación que limita su crecimiento, en el hecho de perpetuarse por genitores que aíslan de la experiencia vital, por seres parásitos que no pueden adquirir novedad al-

guna. Es lo que ocurre en hormigas y termes, que han especializado la función genésica en individuos apartados de otra actividad, causando así uno a la manera de suicidio de sus funciones psíquicas, con lo cual salvaron la existencia del hombre.

Mas es necesario detenernos en esta pendiente deleznable de las generalizaciones hipotéticas, pues con poco iríamos hasta los dominios del reino vegetal, y tendríamos que pedir recursos a las ingeniosas pespisas de Sr. Bose sobre la psique de las plantas. Basten a mi pensamiento las anteriores lucubraciones para indicar lo indefinible de las fronteras en este estudio, como en todos los que persigue la curiosidad inagotable y benéfica del hombre culto.

Sería también prudente observar que la palabra "narcisismo" no vale sólo como una imitación de las apariencias de la vida, pero como esto y además estímulo de cuanto la sirve, y goce exultante de su desenvolvimiento y proyecciones más remotas. Al vivir en el arte una verdadera creación nos complacemos, artistas y espectadores, en la vida que dentro de nuestro espíritu o delante de él surge con la autarquía que le es peculiar e indispensable. La genuina obra de arte conduce al creador y al espectador con una lógica de su devenir que no puede romperse ni desviarse de su fin consecuente. Y este ritmo de vida que el arte posee de suyo es como

una vida "a latere" de la nuéstra, un conjunto de funciones gemelas de nuestro organismo que lo hacen interesante y apetecible. Nuestra vida se siente imitada y dilatada como una madre, y esa maternidad no sólo le produce un goce narcisista de contemplación, si no un goce de eficacia, un narcisismo de creación y de fecundidad: ¿No hay, pues, en la procreación del hijo un narcisismo de nuestra entidad individua?

*
* *

Quizá la danza fue una de las primeras artes que aparecieron en el hombre primitivo. Y si hoy es apenas un vago deleite que el ritmo idealiza y la sensualidad exalta con especies sutiles que la evocan refinadamente, en todo tiempo fue para el salvaje una embriaguez y un trance que le subyugó en tremenda agonía de misterio y de pasiones: rito religioso y mágico, simulacro del amor y de la guerra, en ella se reflejó siempre la vida con una exuberancia narcisista, depurada y reforzada, triunfante o dolorida, juvenil y fecunda. En la danza ritual de los "velorios", despedida de los muertos, es vida simbolizada que golpea contra el muro silencioso de lo arcano, gesticula y grita para espantar enemigos y apartar escollos al alma migradora en un simulacro del presente: Narciso que quisiera contemplacer en la fuente sin rumbo de la eternidad.

La arquitectura parece ser más difícil de reducir a un narcisismo de la vida. La vivienda humana mientras fue mero albergue, ora copiado del follaje protector del árbol, como sugiere el bohío de techumbre cónica, ora de la gruta, como vagamente lo presupone el templo horizontal y penumbroso, espontáneo desenvolvimiento de formas que surgieron en la fantasía del hombre ante los materiales que se ofrecían á su ingenio, no fue arte. Lo fue luégo cuando estilizó un estado espiritual, idea o sentimiento. En la evolución de la arquitectura doméstica se sigue una constante diferenciación de funciones: en un principio todo hallábase conjunto alrededor del hogar, alimentación, conversación, juego, reposo... De su división surge la alcoba, la sala, el comedor. La casa va creciendo y reclamando una ordenación de variedad dentro de su unidad. La luz, el aire, la defensa, el decoro, la comodidad, la elación estética, una por una las necesidades fundamentales del hombre se crean su porción de casa en muros y techos, puertas y ventanas, azoteas y balcones, colores y líneas en fin, que van encubriendo decorativamente la tosca estructura de los elementos, hasta venir a sér lo que hoy se ve en ella, espejo de la vida individual de quien la habita, del pueblo y de la época en que existe.

Y si miramos al templo, producto más desinteresado de esta rama del arte, le vemos reflejar los conceptos y los sentimientos del hombre en estilización más independiente. No puede decirse aventurada la opinión que lo considere como una calcomanía de lo que cada pueblo entiende ser las relaciones entre la divinidad y el hombre: choza donde el *shaman* esconde sus fetiches; cela en que un simulacro del dios recibe alimentos y perfumes; abovedados espacios inmensos para simbolizar la comunión en el infinito entre el Dios padre y las iglesias triunfante y militante de sus criaturas; enhiestas torres que escalan fervorosas el azul, morada del "Altísimo"; espacio de prodigiosa amplitud para toda la grey de la urbe y hasta del católico conjunto.

En la hora actual, cuando somos transeúntes rivales, sin vínculo de fe ni de leyes unívocas, espíritus erráticos en religión y en filosofía, en moral y en arte, viajeros de un Sahara vagamante iluminado de espejismos, la arquitectura florece en el hotel, en el banco, en la estación del ferrocarril, en la casa de oficinas, en el almacén y en el buque, en cuanto dice juntarse sin verse, rozarse sin sentirse, hablarse sin entenderse, espejo de un mundo desintegrado y caótico en que la fastuosidad y la grandiosidad reproducen en cemento armado la anonimia de multitudes sincronizadas en un vaivén inane.

La pintura y la escultura, ¿qué son sino encomio

de lo que ya se tiene o anhelo de lo que el instinto y los afectos elevados buscan en la vida? Cuando el proto-ario del mediodía europeo trazó bisontes, es-contemporáneo nuéstro evoca en el paisaje o en el ansiedad que están trizando sus nervios: y así ve-te simbólicas, huraña, sufrida y aherrojada a un ese canto? Es como si el hambre y el frío, el castigo culpió renos, modeló caballos y copió de sus mujeres un símbolo de divinidad fecunda, vertió en la roca, en la greda y el marfil el contenido de su conciencia penumbrosa todavía, las fórmulas rituales de su magia, casi todo el horizonte reducido de una sociedad elemental en lucha con las fieras, la intemperie y el hambre, tan profunda y sagazmente como un contemporáneo nuestro evoca en el paisaje o en el rictus de una efigie los conflictos de emoción y de ansiedad que están trizando sus nervios, y así vemos que a medida que el alma humana extiende su noción del mundo y ensancha el contenido de la personalidad va el arte copiando esa complicación y la otra magnitud, inventa las perspectivas espacial y lineal, utiliza la cadencia de los colores, aprovecha el claroscuro para revelar reconditeces espirituales, aprehende y humaniza el paisaje para darle un contenido de inefables sugestiones, capta, en fin, las sombras coloreadas y los valores luminosos de los seres para introducirse mejor en la realidad de los aspectos de la naturaleza y analizarlos como en-

tidades vivas, al modo que las almas se contemplan y distinguen en la etapa actual de la psicología.

Ni de otra manera ocurre en el desenvolvimiento histórico de la música. El alma de los primitivos, estructurada en unas decenas de hábitos rudamente simbólicos, huraña, sufrida y aherrojada a un fatalismo irrecusable, se expresa en ritmos de tosca consonancia y en la melodía quejumbrosa de su canto. ¿Y qué más triste sobre la haz de la tierra que ese canto? Es como si el hombre y el frío, el castigo injusto y la traición se enlazaran en un trémolo de desolación crepuscular.

Y así como en la pintura fue reflejándose el ensanchamiento de la personalidad, también la música creóse mayor amplitud en la armonía, dióse inmenso espacio en el contrapunto, moduló la voz de la naturaleza unísona con afectos recónditos del corazón hasta producir, en acción paralela con la literatura, la sinfonía universal y el drama épico.

El producto de tal evolución confirma también esta idea: cuando el gran moralista chino reprueba la decadencia de sus conciudadanos del siglo sexto antes de Cristo, reconoce que la música era antes noble y severa como las costumbres, laxa y sensual en el momento que critica. Igual comentario hicieron los pensadores griegos post-socráticos para amonestar a sus conciudadanos por la delincuencia moral de entonces; y no escapa al estudiante de la historia

clásica la correlación que existió entre la música dórica y jónica, la del continente europeo y la del Asia —sobre todo en lo que se llamaron el modo lidio e hipolidio— y el respectivo carácter de esas dos grandes ramas de familia helena. El canto gregoriano y la revolución palestriniana riman con la sociedad en que nacieron; y cuando la inteligencia europea emprende descifrar la estructura del mundo que acaba de circunvalar en la navegación oceánica y de explorar en la trayectoria de los astros, culmina el esfuerzo de este arte en obras de una elación cósmica. Hoy tenemos en el *jazz* un retrato de nuestra desarticulación ideológica. Talvez el canto estrangulado en la batahola de atambores y platillos es el grito del alma desorbitada de esta trepidante civilización, la orfandad del espíritu en una catarata de muchedumbres delirantes. El hecho de que la raza negra haya captado este sino de la hora es mero accidente: lo aceptó el mundo, porque todos en él vamos ya siendo como el esclavo de Luisiana que gime triturado en las fauces de Moloc, llámese banco, prensa, policía, sociedad anónima, fascismo, bolchevismo o democracia.

Y aunque todas las especies del arte literario, menoscabadas por la fatiga consiguiente a una superproducción, buscan el huidizo interés de los lectores en la explotación aventurera de lo exótico y del desplante; también nos dicen ser, como lo hicie-

ra a través de su larga historia, un facsímil decorado de los afectos y una como creación vicaria del mundo en que vivimos para refugiar en él lo que quisiéramos que fuésemos nosotros y nuestra sociedad ambiente. Pues si es verdad que en ocasiones la obra literaria asume un carácter de análisis desinteresado y una al parecer vida autonómica, medítese en las reconditeces de su gestación y en los afectos que produce, y se verá que es vida trasfigurada en el creador y en el contemplador; véase asimismo cómo perdura su fuerza de emoción en cuanto subsiste la realidad que subentiende, y cuál se desvanece si sólo interpreta una etapa fugitiva de la historia: y así se nos muestra hoy ajena a todo candor, ayuna de sosiego espiritual, cargada de vituperios, con el rictus torturado y alocado de los náufragos.

De ahí surge también esta realidad del presente, esta invasión universal del cinematógrafo. Mimo silencioso y profundo de la existencia, tiene de la vida el movimiento y la expresión sin voces de la intimidad. Vivifica y humaniza los entes mudos de la naturaleza y dota de perdurabilidad el más leve signo de los ojos, de la boca y de las manos. Mágico esfuerzo realizado por transferir el alma del hombre al mundo y por desentrañar el mundo que hay en el hombre, es, con la danza primitiva, hijo suyo al fin, el más cautivante narcisismo de la vida.

*
* *

Hemos estudiado somera y casi infantilmente las artes por ver si nuestra definición genérica les es o no aplicable. Ahora analicemos de la misma manera elemental las categorías estéticas en busca de mayor fundamento para esta opinión.

Por tales tienen los expositores de esta materia lo bello, lo gracioso, lo cómico, lo trágico y lo sublime. Otras pudieran existir que un estudio prolijo lograría diferenciar talvez: yo diría, por ejemplo, que en la obra de arte la esbeltez no se confunde con la belleza ni con la gracia: se la distingue mentalmente como una prolongación rítmica de la altura, que sin romper la proporción de las partes enfoca los sentidos hacia la línea vertical.

En estas categorías, elementos que entran en la obra de arte con otros llamados anestéticos como lo feo, lo discordante, lo moral, lo expresivo, etc., se advierte una razón de ser, una fuente de apreciación y quizá de "causación" exclusivamente humana. Aunque lo bello no ha podido definirse aún satisfactoriamente, que ni Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Kant, Hegel ni otro alguno más moderno acertaron, sino es en venir lentamente añadiendo al significado abscóndito elementos discursivos de

diferenciación, si tomamos de este acervo de filosofía lo más constante, digamos la unidad, la proporción, el ritmo, la complacencia que produce y el esplendor mental con que se revela, lo hallaremos sujeto a las funciones peculiares de nuestro organismo, posición vertical de la cabeza, simetría de los ojos y de las manos, grupo de colores y de sonidos que el oído y la retina pueden apreciar, ritmos de las sensaciones, de la atención y de la asociación las sensaciones, de la atentación y de la asociación mental, normas de la amatividad y del recuerdo. Porque si hay belleza elemental en líneas, sonidos y colores cuya apreciación pudiera alejarnos de considerarla subjetivamente, ¿quién sabe, empero, si conquistan nuestro agrado por guardar discretas relaciones con funciones vitales, por acomodarse al ritmo sensorial de nuestros órganos? ¿Cuánto de la belleza matemática estriba en el goce y el reposo que aporta el adquirir un conocimiento y en confirmar, asimismo, la eficacia de la mente?

Categorías al parecer tan diversas como lo trágico, lo cómico y lo sublime tienen un lazo de unión sorprendente contempladas en función vital: si algo desconcierta sin daño nos hará reir; si acarrea un destrozo efectivo de la vida será trágico; si nos abruma potencialmente con una magnitud estática o dinámica gigante parecerá sublime. Y así de esta misma manera apreciados tales elementos podemos ex-

plicar cómo si esa magnitud abrumadora que llamamos sublime resulta falsa se nos hará risible, si actúa su potencia amenazante la tendremos por meramente trágica.

*
* *

El grandioso contenido del arte explica que todas las definiciones que se han dado de él acierten en alguna manera y conquisten la simpatía de preclaros talentos. Las hay ingeniosas, como la de Chaplin, que lo considera una preparación para el amor, y la de Carlos Lange, que lo entiende a la manera de una ilusión de la vida. ¿Quién duda que sea una y otra cosa, ni quién puede hoy dudar que sea más que las dos? Otros como Schopenhauer, Nietzsche, Guyau, digamos, v. gr., la extraen de sus conceptos filosóficos generales, con aquella fecundidad del genio que sabe crear aun en falsas orientaciones. De estas múltiples definiciones que recoge la historia de la filosofía dos impresionan vigorosamente: aquella de Schiller, sustentada con grande copia de argumentos por los positivistas del siglo XIX, que contempla el arte como una evolución natural del juego; y la más reciente, analizada sobre todo por Lipps, que la explica como un sentir nuestros estados de alma en la obra de arte, una "einfühlung", según la sugerente voz alemana que formuló Vis-

cher. Ambas encierran un caudal de verdad que ya nadie osaría dejar inadvertido. Pudiéramos, empero, argüir en contra de la primera, que existe grande diferencia entre distracción y creación, entre la seriedad de lo uno y la futilidad de lo otro, entre ejercer una potencia para producir algo, hasta dolorosamente, y actuarla por el mero placer de su ejercicio, amén de otras consideraciones, que al efecto hacen los estetas contemporáneos. A mí me impresiona el juego como una serísima actividad, no nada fútil. Se diferencia del arte en que es refleja, hedonística, y la de aquél transtiva, más generosa y social; en que aquélla se consume a medida que se ejerce, y en que ésta se informa en obra representativa y perdurable. A las veces se confunden como en los juegos infantiles, tan próximos del drama, en que hay creación, ejecución y aun comienzo de información de la idea en un esbozo de obra. De ahí que tenga estas dos actividades por hermanas gemelas dentro del concepto más amplio de un narcisismo de la vida. Mas no podría uno apartarse tan fácilmente de la "eifühlung". Personalmente a mi me ha planteado un problema de honradez mental, pues me pregunto si mi propia definición más me seduce por ser mía que por la mayor riqueza conceptual que creo distinguir en ella.

La obra de arte es un producto del espíritu humano que autonómicamente suscita afectos del alma

en una contemplación deleitosa. Autonómicamente, porque produce en nosotros mayores, menores o diversos afectos de los que en ella quiso objetivar su creador; en contemplación deleitosa, pues aunque sea desconcertante o aflictiva se la reconoce como obra de arte en el gozo estético que acompaña esta misma aflicción y ese desconcierto. Una escena del Grand Guignol y una tragedia de Esquilo precisan esta diferencia sustancial.

Ahora bien, si el efecto conseguido por el artista creador puede y suele ser diferente de su voluntad, no hay cómo sostener que el arte sea una mera objetivación de lo que el artista siente. Y si la obra de arte nos causa goce estético de contemplación hasta cuando informa sentimientos ajenos a nuestra sensibilidad y aun antipáticos a ella, no podemos derivar nuestra emoción artística de que sintamos en aquélla nuestros propios sentimientos, en una "einfühlung". Queda el recurso de pensar que en tales circunstancias de indiferencia o de antipatía la obra artística puede sugerir antitéticamente los sentimientos que amamos y, por ende, hacerse ella así, en segunda instancia de nuestras reacciones, amable a su vez. ¡Vigorosa prueba, en verdad! Mas la obra de arte créa en nosotros sentimientos nuevos, tiene una acción reformadora, asimismo, innegable, que no ensambla bien dentro de la "einfühlung".

*
* *

De todo lo antes dicho se deduce que un concepto general de la vida tiene consecuencias indeclinables en este dominio de la actividad humana. El hombre clásico subordinado a la urbe como suprema entidad, desarrolló las artes en función de un servicio cívico, sujetándolas a estilizar el carácter, la ética, las tradiciones y las aspiraciones de la ciudad patria. El europeo de la Edad Media, que entendió la vida como una transición, hacia la eternidad, dio a la arquitectura, a la escultura, a la pintura, a la música y a las especies literarias un canon de actitud exagerado, un tono de evocación constante, una proyección especial indefinida; el hombre del Renacimiento, que conquistó la indepedencia de la razón y el concepto de generosidad de la vida, en un culto pecaminoso, de la audacia, dotó el arte de un ritmo de fiesta orquestada con todas las pasiones, decorada, exuberante, y casi convulsiva por la suprema tensión de sus anhelos; las tres generaciones que estriban el puente temporal que va del siglo XVIII al XIX fueron idólatras de las ciencias que entonces surgían o se ensanchaban en una embriaguez de novedad, portadora de una ilusión sobre el dominio irrevocable de todos los misterios de la vida, prepararon y realizaron el romanticismo, valoración ilimitada del espíritu humano, visión exageradamente heroica de sentimientos en conflicto con todas las adversidades; y por remate de esta enunciación tenemos en nosotros la consecuencia del descalabro general de todos los basamentos de la certidumbre humana, fe religiosa optativa y débil, filosofía de tanteo, ciencias en perenne revaluación, lo que traducido al arte nos ofrece obras de transición incesante, siempre en busca de un sendero; rebeldía del creador, que jamás encuentra el remanso de las normas; rebeldía del contemplador, que no halla nunca bien apacentada su sed de idealismo.

Si ampliamos nuestra pesquisa hacia lo ocurrido en otras culturas lejanas de nosotros en el tiempo o en el espacio, talvez percibamos mayores motivos de comprobación de esta idea del narcisismo de la vida en el arte.

En el confuso panorama de la filosofía de la historia se discute con efusión si la humanidad progresa en línea recta, en espiral o en ciclos cerrados de cultura, y hasta si de cierto evoluciona o no favorablemente. Es fácil argumentar en pro de cualquiera de tales suposiciones: basta concatenar una larga serie de hechos aislados e imaginar fórmulas de interpretación sutilmente adecuadas al concepto inicial. Mirando el proceso de la historia con la vista y el mótrope del sentido común se advierte un desenvolvimiento progresivo de la especie.

En ocasiones una raza o una nacionalidad cede su posición de avanzada y aun se eclipsa o sucumbe: otras surgen luégo—y esto constituye una prueba al parecer irrecusable—que reemplazan a la anterior y la superan por el desarrollo de nuevas aptitudes. Hay una limitación normal de nuestras facultades que no nos permite avanzar indefinidamente en un rumbo dado: el que la estatuaria griega alcanzara un ápice de perfección o su filosofía hubiera escudriñado casi todas las sutilezas y reconditeces de la probabilidad, no impidió que los latinos crearan una jurisprudencia, una arquitectura, un concepto de ciudadanía imperial, una religión católica. A veces parece bajar el nivel universal de la cultura, desdiciendo de esta opinión, como en la Edad Media. Mas si se contempla la difusión de aquella cultura mediterránea de pequeño circuito urbano hacia los diez millones de kilómetros cuadrados de Europa la vemos ganar en extensión primero, en intensidad más tarde, cuando este eclipse de gestación necesaria cumplió su término. Por una u otra razón disfrutamos de los conocimientos de las culturas extinguidas aparentemente, ya en forma de hábitos mentales y sociales, ora en la revelación directa de las investigaciones arqueológicas, haciéndonos dueños aventajados de su sabiduría. Ocurre, sin embargo, que a más de una limitación de nuestras facultades hay la interdependencia de los conocimientos, en virtud de la

cual no avanzamos en un sentido mientras no progresemos en otro también. De ahí un regreso periódico en aparentes círculos de repetición a antiguos temas de artes, ciencias y filosofía, cuando, vaya como ejemplo, nuevas adquisiciones en ciencias físico-naturales permiten una reconsideración ventajosa de aquellas disciplinas. Las facultades humanas se desarrollan intrínsecamente o exteriormente, pues si la memoria, al parecer, fue más rica en el período en que la cultura se servía sólo de una tradición oral, hoy suple su deficiencia con trece millones de obras impresas, que son memoria, por decirlo así, estereotipada. Quizá los órganos de los sentidos tuvieron en otras épocas mayor finura y alcance, mas tienen hogaño en el método de observación un auxiliar que multiplica su eficiencia en prodigiosa magnitud, con lo cual puede decirse que han progresado extrínsecamente más que pudieren haberlo hecho ampliando la esfera de su sensibilidad íntima. Tras esta divagación busquemos argumentos en esas remotas culturas por alguien tenidas como cosa aparte, organismos de diferente estructura de la nuéstra, ininteligibles para el común de nosotros los filisteos.

Los egipcios a quienes varios eruditos consideran hoy, con discutible audacia, como un pueblo de una civilización materialista, a la manera de unos "americanos de la antigüedad", entendiendo por ameri-

canos a la república anglosajona del norte y considerándolos, no se sabe por qué, organismo ya maduro que sólo puede dar tractores de explosión y agiotistas, ofrecen a nuestro estudio una arquitectura, una escultura, una pintura y pocas leyendas, acervo suyo cultural en el terreno artístico. En esa arquitectura nilótica vemos sobresalir y señorear el conjunto, la augusta sencillez de la pirámide, esbozada a todas horas por las arenas del desierto. En la orientación especial de esta creación arquitectónica se revelan a nuestra esquiva admiración los conocimientos astronómicos y geométricos que un pueblo que vivía de la recurrencia de un fenómeno estacional tuvo que emprender y desenvolver en el decurso de las edades para regular su vida. En el género religioso de aquella arquitectura encontramos columnas cuyo capitel copia la naturaleza vegetal ambiente, la palma, el loto y el papiro. Los muros cerrados de la arquitectura civil y el gran espesor de ellos en la funeral y religiosa, marchan también en función de vida protegiéndola del bochorno canicular. La estatuaria palaciega estiliza en maravillosa expresión los conceptos políticos de un rey divinizado, orgulloso y sereno, severo y protector a la vez; mientras que la popular nos conduce como de la mano al conocimiento de escribas y dignidades de sutil inteligencia, endiabladamente irónica, o de una sabrosa sensualidad, apenas adormecida en el

rictus discreto de los ojos y los labios. La pintura, que llega al arte por la esbeltez de las líneas y la sencillez expresiva del trazo, y toca por otro lado en el mecanismo de los ideogramas hasta hacerse historia y literatura, funde en sí la vida de ese pueblo en copia y narcisismo conjugados.

El hombre egipcíaco vio año por año repetirse el renacimiento de la vida y concibió el pensamiento de que ésta es indestructible, que el muerto, como las simientes vegetales, esconde adormecidas bajo su corteza material funciones eternas. Concepto de casi todos los pueblos primitivos, pero tan arraigado en éste que al progresar en cultura prefiere multiplicar el alma en nuevas y diferentes entidades a prescindir de la supervivencia sensible. Su arte, que rinde tributo fervoroso al desierto y al río, de cuyo combate eterno deriva él la subsistencia, es un homenaje a los valores vitales de su medio ambiente.

Más variada y confusa es la génesis del arte oriental. Pueblos como el indio han tomado de sus vecinos del norte o desarrollado de elementos atávicos formas hermanas o filiales de las de la cultura arioeuropea. Empero, aun ahí la raza, sujeta a la asombrosa urdimbre del bosque, al caudal ingente de los ríos, a la altura insuperable de las cordilleras, lanza al arte formas monstruosas, gestos trágicos, fuerzas confusas, todo un caos de gestación y de des-

trucción como sus dioses y como sus héroes, como su vida.

El remoto oriente, enlazado sólo de cuando en vez con las civilizaciones del Asia anterior, que formó en China un pueblo de cultura casi autóctona, punto menos que una humanidad aparte, el "homo sinensis" amante de la tradición y del hogar, discreto y laborioso. Desde los albores de su historia aparece proclamando las virtudes eglógicas de un patriarcado imperativo, lealtad, benevolencia, justicia, trabajo, cortesanía, respeto, etc., cual si el alma suya, a semejanza del rostro impasible, refléjase la quietud de la llanura milenariamente sujeta a la fatiga del arado. El arte de este pueblo es, asimismo, de una parquedad inefable. Le bastan un pájaro y una rama de almendro para expresar emociones sutiles; su poesía roza apenas levemente los conflictos sentimentales para revelar el mundo interior; y su música elemental abre espacios al sentimiento con la sencillez con que un rayo de luz aleja el horizonte de las sombras.

*
* *

Si contemplamos el arte como un narcisismo de la vida tenemos que definir claramente esta voz antes de elevarla a la categoría de clave ideológica.

No es el anonadamiento en una contemplación

inerte. Desde luego presupone motivos de percepción deleitosa, un escogimiento de cualidades dominantes, y un homenaje a ellas por la dignidad de que revisten al sujeto. Hay, pues, una exaltación de virtudes y una valoración de ellas superlativa y fecunda. La vida créa en el arte un "alter ego" en que destaca sus mejores atributos, en él se mira orgullosa, y a él se refugia en las turbias horas del llanto. Y es así como al regocijarse en una imagen de sí misma se hace narciso, nueva gracia y belleza que en su entidad halla satisfacción desarrollando un sino de estirpe con llevar en sí su finalidad propia. Todo cuanto el arte créa tiene un sello de vida, obedece a una armonía funcional organizada que hace unidad de la variedad, dota de un centro de composición al conjunto aparentemente disparatado de las cosas y de una orientación al turbión confuso de las fuerzas. Es de ver cómo cada guijarro y cada brizna de hierba, y la más discreta nonada, confluyen en el paisaje a una expresión emotiva y a una existencia autonómica. La sencillez máxima aspira a la profundidad, y el espacio mide un contenido recóndito. Tanto es ello así que la escultura y la pintura de los muertos son un grito de soledad y de ausencia de la vida. Y el retrato de cosas o "Still life" ¿qué es, si no personajes ausentes revelados en la suprema simplicidad de funciones aisladas?

Suelen los hombres de nuestra edad introducir en

la mitología de los griegos su propia interpretación, usando de una hermeneútica provechosamente equivocada. Por modo semejante pudiéramos nosotros ahora intentar nueva exégesis del mito narcisiano para destacar mejor este pensamiento.

La raíz etimológica de Narkysos es la misma de narcosis como para indicarnos cuán remota identidad tiene con el arte, narcótico que nos aparta de la realidad a veces turbulenta y ruda, hacia un ensueño de liberación. Tres milenios antes que Schopenhauer proclamara que el arte es el lenitivo mágico para la angustia de vivir, ofrendaban los griegos a las furias coronas de narcisos por desviar su enemiga y apagar su encono; y talvez no recordaron Guyau y Nietzsche al considerarlo como una espansión de la potencia de la vida que ya la caudalosa imaginación de los helenos había concatenado el símbolo genitor de Perséfone con la flor que copia en las fuentes su erguido tallo desde la primavera hasta el otoño, corona que ciñe también las sienes de Deméter, la madre augusta. Es el emblema del tenebroso tránsito entre el mundo de la realidad y aquel inasequible que los hombres anteven en la sombra arcana, como es el arte vía y propileos de los hombres hacia un ideal indeficiente. Y tanto abundan en sutiles consonancias la leyenda y esta definición, que se dice de Narciso haber muerto por despreciar a Eco, la ninfa enamorada de su trágica hermo-

sura, al igual que muere el arte a manos de la imitación, Eco que le copia deslumbrada e impotente.

El hijo del Liriopea y del Cefiso gemía de dolor al ver que ya a punto de besar la imagen recatada leve y sedosa la superficie de la frente, con ser plegadiza y diáfana, tenuidad invisible le impedía el reposo de la unión y de la saciedad. Si tenuemente se llegaba a la engañosa efigie nada sentía, y si arrebatado y loco hundía los labios sedientos de presión, disociaba el misterioso ser que aprisionaban las ondas. Locura y vano empeño, ilusión enervante en que hubo de morir para hacerse perdurable y de trasformarse para poder morir. La vida no es otra cosa: la buscamos de la niñez a la senectud con loco anhelo de aprisionar en nuestros labios su promesa constante y fugitiva, nos agotamos por ella a la margen del río oceánico del tiempo, y por no morir Narcisos de una Tespia ignota, trocamos en la flor del arte nuestra realidad, y para no dolernos tanto de morir, en ella transmutamos el ensueño.

DEL ATRACO Y OTROS DELITOS

Después de pasar la propiedad por un largo período de indeterminación, se hizo tribal, es decir, bien común de la tribu. En nueva jornada de progreso, al salir de la antehistoria a los comienzos de la cultura, apareció el patrimonio de la familia, *zaum* de los germanos, *homestead* de los anglos. Luégo se diferenció más aún enalteciendo la propiedad personal en la forma que nosotros la hemos conocido, para virar de nuevo hacia la nación en las novísimas aspiraciones de algunos Estados contemporáneos.

En cada una de estas situaciones habituales o conceptuales ha aparecido un género de delincuencia particular y un sistema de represión correspondiente.

*
* *

Todos los grandes legisladores se han mostrado severos contra la seductora inclinación a apoderarse de los bienes del prójimo: desde el final del tercer

milenio antes de Cristo, por ordenación del egregio amorita Yamurabi; a mediados del segundo, con Moisés, el gran hebreo-egipcíaco que tanta influencia ha ejercido en toda la humanidad, hasta Bonaparte, el desconcertante corso, y Mussolini, el ítalo audaz, sin obtener resultados muy satisfactorios, pues parece que el término medio de esta delincuencia varía escasamente.

Es que en realidad el lote de bienes y males de la humanidad guarda una proporción poco menos que inmodificable: cuando en la India mueren veinte mil personas por el ataque de las fieras del bosque, en los Estados Unidos los carros automóviles de la civilización hieren más de treinta mil en el mismo espacio de tiempo; por un caníbal que nos dispara una flecha alevosa en la mañana de la selva, un civilizado de Londres nos golpea el occipucio con un *sand-bag* igualmente eficaz, a dos pasos del parlamento inglés; si un gobernante enérgico cuelga de las ramas del bosque a todos los ladrones, nos despoja a los demás en forma de tributos para su propio bienestar y el de sus admiradores íntimos.

*
* *

Pero hay algunas especies de esta delincuencia contra la propiedad que son particularmente desagradables e incómodas. Tal me parece a mí ésta que

últimamente hemos dado en llamar "atraco", con un delicioso neologismo emanado de la germanía, muy digno de conservarse por su precisión, su onomatopeya y legítima derivación semántica. Es lo mismo que antes denominábamos salteamiento o asalto, abundantemente practicado en otro tiempo por cuadrillas de malhechores en apartados sitios de soledad y de escondite, ahora implantado al grato fulgor de las bombillas eléctricas de los más aristocráticos recodos de nuestras urbes.

Entre nosotros ofrece una variante de ejecución que no deja de inquietar a las gentes de índole apacible, y es la de que nuestros atracadores no se satisfacen con arrabatar al azorado transeúnte sus pocos o muchos haberes "al portador", sino que le enciman la inútil adehala de la muerte *in situ* o de alguna herida poco menos alarmante y costosa.

Esta delincuencia improductiva y gratis es, seguramente, la más antisocial que se conoce. Nuestros presuntos salteadores se ensayan desde la infancia en la ratería de mera destrucción, como cuando arrancan botones de timbre, golpeadores de aldabón o "picaporte", cubiertas de las llaves de agua, cual si fueran urracas o pingüinos coleccionistas de bagatelas. No sé bien si lo hacen por deporte o a fin de disciplinarse adecuadamente: en todo caso, destruyen por ciento más, y aun por mil, de lo que pueden usufructuar luégo.

Con estas irrefrenadas inclinaciones de adueñarse de los bienes ajenos, nuetra vida bogotana se estrecha cada día, en términos que amenazan obligarnos a una perenne reclusión doméstica. Las puertas de nuestras casas fueron cerrándose poco a poco, en discreta forma al principio, con cerradura "Yale" más tarde, con pesados barrotes de hierro, últimamente. Y por lo que hace a salir... bueno ¡no exageremos!, mas siempre es que lo hacemos con una loable inquietud.

El código penal, la policía y los gobiernos civil y eclesiástico, hacen lo que pueden, sin creer mucho ni poco en la eficacia de sus funciones; sobre todo el código, si es que un código puede pensar tan discretamente de sí mismo.

En nuestra pequeña ciudad de trescientos mil habitantes, alojamos unos cinco mil doscientos setenta y ocho transgresores de este hoy tan discutido derecho de propiedad. Y como no es presumible que vivan solos, sino en familia, podemos calcular que no menos de diez mil ciudadanos vegetan parasitariamente entre nosotros; y si pensamos que de lo hurtado no obtienen el diez por ciento de su legítimo valor, ya el costo de manutención de este habilísimo gremio equivale a lo que consumirían unos cien mil de sus forzados benefactores.

Un cálculo somero estima en diez y nueve y medio por ciento el número de nuestros productores efectivos de riqueza. Sobre estos escasísimos conciudadanos pesa, pues, el mantenimiento de su propio hogar, el de los comerciantes intermediarios, el de los rateros, el de las autoridades civiles, y aun el de las eclesiásticas, cuando conservan activa su fe religiosa. Así, este poble Atlas de nuestra economía nacional carga cinco familias exigentes sobre sus escuálidos hombros.

Hé aquí el problema planteado en términos marxistas.

*
* *

La terapéutica social que estamos aplicando a estos infractores de la ley no goza de mucho predicamento entre los peritos correspondientes. Desde luego, las denuncias son muy vagas en un 75%, las pruebas que exigimos para la imputación del delito difíciles de aportar, las defensas múltiples y muy hábilmente organizadas, la pena nugatoria, y la recuperación de lo hurtado... un delicioso sueño y nada más.

Descontada la habilidad del ratero, la impericia del perjudicado para ayudar a la investigación, la desidia de darse a tantas y tan molestas diligencias de policía y juzgado, tropezamos con que la ley favorece al delincuente en la forma más paternal del mundo, admitiéndole una caución de fiadores

ad-hoc remunerados y la validez de testigos falsos que perjuran a cinco pesos *per capita*.

Y si la fortuna se mostrare tan adversa al delincuente que al fin salga milagrosamente condenado, en la prisión y en la colonia tanto más se deteriora de cuerpo y de espíritu, que al regresar poco después a sus tareas trae mayores necesidades y más agresiva astucia.

No hay exageración en esto: el Cusumbo ha sido sindicado 33 veces y absuelto 16; el Marimonda, absuelto todas las 21 ocasiones en que se ha dudado de su preciosa honestidad; el cuatrero Ocampo murió libre, con 39 sumarios en la contabilidad curialesca. En algunas regiones quedan impunes el 80% de los sindicados; en Bogotá ello alcanza a un 70%, a pesar de todos los recursos de la policía nacional y del cuerpo de detectives. Y como los sindicados son apenas el 30%, y de éstos se fugan el 20%, queda para la reclusión y las colonias un número ciertamente muy discreto.

Este es el balance de nuestro procedimiento penal.

*
* *

A las deficiencias de ese procedimiento se aúnan las igualmente alarmantes de los sistemas de castigo. Nada diré de cárceles y penitenciarías, porque ello ha sido comentado en abundantes quejas: solamente pediré un voto de aplauso para los redactores del actual proyecto de código penal, que contempla una organización armónica de estas materias, la iniciativa de tratamiento para los criminales enfermos o psicópatas, y una gradación más severa de la represión.

Me apartaría un poco de ellos en el tratamiento de la reincidencia, pues conceptúo que la génesis de este mal social exige una variación absoluta de la vida del culpado, de su residencia, de su trabajo, de su medio familiar. Pudiera contemplarse en algunos casos la progresión geométrica de los castigos, porque estos paliativos de aumentar mesecitos por terceras partes o unos cuantos pesos de multa, puede resultarnos un juego infantil, una coquetería jurídica, con un enemigo asaz peligroso y hábil. La prohibición definitiva al reincidente de su residencia habitual es más grave pena, sin duda. El procurarle nueva adaptación económica —con toda su familia —ha dado mejores resultados, y es más generosa ciertamente.

La situación actual de las colonias penales que conozco merece prolija atención también. Acacias es una barbaridad. Cualquiera imprecación que se le aplique resulta apenas un eufemismo melindroso. ¿Por qué realizamos tan torpemente empresas de suyo bien encaminadas? El millón de pesos que ha consumido este hacinamiento de barracas inmundas

causa más estragos que una epidemia de peste maligna. Y esta situación precaria de las colonias penales puede desvirtuar la sana intención del muy acertado artículo 34 del nuevo código en proyecto.

El atraco debe ser llamado así, y castigado en artículo especial con pena temible, pues ninguna modalidad de crimen le supera en sus caracteres de injusticia, de crueldad, de perturbación del orden, de relajamiento de la dignidad de una nación (en el sentido de gente y "ciudadanía", de asociación jurídica para la seguridad, la comodidad y el decoro). Nuestros antepasados fueron implacables con el salteador de caminos, como se ve en las antiguas leyes inglesas, en las españolas de San Fernando, en las de nuestros mismos monarcas chibchas. Y el atracador es el mismo criminal de entonces, asistido por una técnica más refinada, mayor audacia agresiva y menor generosidad, pues que en los bandoleros de otros días alumbraba de cuando en vez un chispazo de heroicidad y de hidalguía.

Por eso quizá se contempla hoy en el mundo una posición menos liberal que la preconizada por los positivistas del siglo XIX. El código alemán conserva de uno a cinco años de trabajos forzados para el atraco, "Rauberische Anfallen", y de cinco a quince para la primera reincidencia, dejando sabiamente un amplio margen al juez para la apreciación de las circunstancias; y aun esta ley es reforzada hoy por

procedimientos muy sumarios y enérgicos. En Inglaterra, estos procedimientos son de una rapidez eficacísima. Entre nosotros se está iniciando contra estos delitos una reacción social muy severa, que el gobierno no puede ignorar tan aína y caóticamente.

* * *

Mas hé aquí que me estaba adelantando al orden lógico de mi exposición, pues nada dije antes de la causalidad de esta especie de delitos entre nosotros, y ya quería tratar de su represión.

No importa mucho, sin embargo, porque los expositores de esta dolencia social apuntaron bien los más destacados motivos de ella. En rápido resumen los iré enunciando, porque así se entenderá mejor cuáles son sus remedios.

Poco creo en una terapéutica universal. Cada caso pide el antídoto correspondiente a su determinación psíquica, como incesantemente lo preconizan los comentadores más avezados a ello e inteligentes, un William Healy, un Raymond Saleilles, un Gustav Aschaffenberg, un Raffaele Garófalo, etc.

Así, v. gr., nuestros mil quinientos menores viciados de ratería son impelidos a ella por el ambiente de su hogar, doloroso a menudo, repulsivo muchas veces, contagiado de delincuencia casi siempre y miserable en todas ocasiones. Se les castiga injusta-

mente, se les explota, se les enseña el delito. La enfermedad les irrita, el hambre los empuja, la ignorancia los ciega, el mal ejemplo los adiestra y encauza. Cuando ya probaron de esta fruta prohibida, muy poco eficaces resultan los remedios, porque los atrapa un irrefrenable amor de libertad y un más seductor anhelo de aventuras.

Hambre fisiológica, apetito de libertad, ensueño de aventura, tríade poderosa de nuestra delincuencia infantil. Huyen del hogar humillados, aporreados, hambreados y enfermos. El hampa los acoge en sus redes de delito, el cinematógrafo los embriaga de crímenes hazañosos y de hechicera habilidad de combinación y de ejecución. A esta tríade fundamental se añade, pues, otra que poco más le cede en importancia: mala salud, mala educación, pésimo ambiente moral; y cada una de estas seis causas se subdivide en interminables variaciones que han estudiado los peritos en sociología criminal.

Muchas veces me he preguntado si entre nosotros existe algún elemento racial de inclinación al delito, porque sorprenden la crueldad fría de nuestros mestizos chibcha-españoles, su vocación tenaz al disimulo, su tendencia al hurto. Y creo que ello arranca de los tiempos precolombinos, por el testimonio que nos dejó la legislación consuetudinaria de sus caciques. Empero, ensayos de una buena educación de la personalidad en estos últimos años me alien-

tan a suponer que todo esto puede corregirse dentro de mejores condiciones de vida familiar y escolar.

Por lo que hace a los cinco mil y tantos adultos —y es preciso pensar que no todos los que son están reseñados en la policía—, la etiología o causalidad del delito es muy semejante a la que acabo de exponer, con las variantes que corresponden a la edad y estado civil de los miembros de este grupo.

El fundamento económico se destaca en primera línea: en 1929, al comenzar la depresión mundial de los valores, hubo 2,473 sumarios por delitos contra la propiedad en Bogotá; en 1930, 4,534; en 1933, 5,141; en 1934, 7,180.

Todos reconocemos que la vagancia, cognada de la causa anterior, la refuerza vigorosamente. En la ciudad existen 29% reseñados por tal motivo, pudiéndose presumir que su verdadera cuantía es tremendamente superior, aunque muy difícil de especificar.

La enfermedad es tan notoria, que sólo un 5% de los sindicados se encuentra libre de dolencias, inmundas casi siempre.

La pereza y la fácil adaptación a un vivir de pocos esfuerzos de trabajo, entra por mucho en el retener a estos delincuentes en las mallas del vicio.

La inhabilidad para un trabajo remunerador y para vencer la competencia necesaria en el obtener-

lo fácilmente, es también móvil importante de estos delitos.

La afluencia a esta ciudad de los desocupados de otras regiones, ya ineptos, ya ociosos, ya viciosos o meramente infortunados, es causa ligada a la anterior, pero tan eficaz que es preciso presentarla aparte.

Los vicios de otra índole, alcoholismo sobre todo, morfinomanía, cocainomanía, juegos de azar, concubinato; el ansia de divertimientos, y aun la vanidad, son amplio viaducto del crimen.

*
* *

Ante estos delitos la sociedad reacciona vigorosamente en todos los tiempos y lugares; ora son los legisladores quienes emprenden la campaña, ora el gobierno ejecutivo, a veces la ciudadanía.

Y así se vio la lucha a muerte de la policía norteamericana, verdadera guerra civil de dramáticos episodios, un poquito confusos a veces; la legislación francesa con su Guayana; la represión violenta que adelantan fascistas y nazistas, y, por último, la curiosa intervención de la sociedad en Cataluña, cuando de 1920 a 1923 parecía impotente el gobierno civil para dominar a los malhechores del salteamiento y del asesinato, y sin decirlo delegó en los ciudadanos el atributo sagrado de la defensa pública, permitiéndoles ir con armas y protegerse a tiros a la menor tentativa de asalto, con lo que restableció algún orden dentro del ensayo más peligroso que sea dable emprender en tan delicada materia.

Muy cerca de nosotros existe otro ejemplo de prodigiosas revelaciones, estupefaciente aun en su eficacia insólita: Venezuela. Reina allí ahora una confianza irrestricta en la seguridad social, infracta atmósfera de inverosímil buena fe que no tiene pares en la historia. Ello se debe al establecimiento de una dictadura penal, de índole patriarcal en cierto modo, que merece estudio muy sereno y dilatado. ¿Es posible, entonces, que un pueblo de nuestra misma composición étnica, de nuestras mismas peripecias e inquietudes, haya eliminado los delitos contra la propiedad, y, lo que es mejor aún, los repugne sinceramente? Este hecho portentoso debe rumiarlo incesantemente el sociólogo colombiano y extraerle todo el tuétano de su significación fecunda.

En este instante un grupo de ilustrados profesores de Derecho Penal, como ya lo sugerí en párrafo anterior, estudia un nuevo código, siguiendo la iniciativa de casi todas las naciones cultas, que esto mismo han estado haciendo en lo que va de esta centuria, con todas las novedades que la ciencia y la experiencia han acumulado generosamente, y obedeciendo a la imperativa necesidad de corregir, ampliar y aun trastrocar, a veces, el que nos legaron

nuestros padres, un poco maltrecho ya y anquilosado. Sería muy conveniente que castigada algo más su redacción en cosa de quince días se le diese vida legal antes de que se extinga el actua,l período del congreso.

...A ver si oportunamente detenemos estos novísimos ensayos de la delincuencia más perniciosa y cruel que constituye el *atraco*, finalidad que persigo con la somera disertación que acabo de hacer, a pesar de mi impericia en este intrincado asunto.

APOLOGO DE LA MUERTE

¡Oh Latmos misteriosa,
tierra del olvido!..."

Cuentan que una vez, avanzada ya la noche, se paseaba a solas el Emperador Carlos V en uno de sus castillos de Alemania. Y que viendo interiormente su grandeza, la gloria de sus armas, la gloria de su nombre y su inmenso poderío, y recordando sus hazañas, sus amores y sus triunfos, sintió una muy grata alegría de vivir y un orgullo inmenso de su vida, sintióse cerca de lo infinito y tuvo un loco deseo de la eternidad. El muy grande y muy noble Emperador paseábase de un extremo a otro del recinto, con el recio andar de su fornida corpulencia, e irradiando entusiasmo de sus ojos y sonriendo a medias con sus labios de marcada sensualidad, pensaba con altivez en su pasado, se gozaba en su presente y quería en su fervor que detuviese el tiempo su carrera para disfrutarlo así por toda una eternidad.

Así meditaba el vigoroso Emperador cuando, con

gran sorpresa suya, llegóse a su presencia un desconocido. Sin previa introducción, sin saludar siquiera, lo miró con enigmática mirada, y tomando parte de su oculto pensamiento le dijo:

—¿Deseáis la eternidad, oh Grande Emperador?

Mustio de sorpresa, Carlos V no sabía cómo adivinaba su pensamiento ese misterioso peregrino. y sólo pudo replicarle:

—¿Quién sois?

—¿Acaso yo lo sé? Vago hace siglos por el mundo en busca de la muerte.

—¿Os burláis de mí, exclamó de nuevo Carlos V, de mí, el más grande Emperador?

—Bien quisiera, respondió el misterioso personaje, no burlarme de vos, ni de mí, ni de ser alguno. ¿Pero es cierto que deséais la eternidad?

—¿Cómo os llamáis siquiera, extraño inquisidor?

Longevo es mi nombre. ¿Es cierto que deseáis la eternidad?

—¿Y qué os mueve a inquirir con tanto empeño mi oculto pensamiento?

—¡Ah! Señor, dijo entusiasmándose el extraño visitante. Há siglos que me agito en la existencia y sólo lograré dejarla cuando alguien la acepte en mi lugar, cuando alguien se resigne en mi nombre a no morir. ¿Es cierto que deseáis la eternidad?

El astuto Emperador vaciló por un instante, y luégo, ya a punto de aceptar la oferta mágica de aquel raro personaje, quiso conocer más a fondo aún su pensamiento. ¿Y cuál es el fin, le díjo entonces, de la existencia humana? ¿Por qué tan ansiosamente deseáis morir?

Y Longevo se agitó de pesadumbre, y paseándose de un extremo a otro del recinto con inquietud febricitante, más que con palabras, con gesto dolorido, con mirada de inenarrable angustia y ademán de loco, habló así al estupefacto Emperador:

—No sé cuándo nací; yo sólo sé que hace siglos vago por el mundo en la inmensa desolación de mi alma. Felices vosotros que vivís la duración normal de vuestra vida. Grande Emperador, queréis mi eternidad? No sé qué os diera a cambio de morir. La existencia humana es el trámite de una generación a otra, del acto que nos concibe al acto que nos reproduce, y nada más. Pero en ese corto instante que limita la existencia fisiológica animal, cadena misteriosa de la especie, el alma humana aprehende el Universo, lo copia y espiritualiza con tanta lucidez como potentes son sus facultades. De ahí en adelante palidece la vida. Cumplido el ciclo generador, el ser humano tórnase ente inexpresivo, adjetivo y estorboso, sin ilusión personal. Y cumplida la espiritualización del Universo, nada tiene ya aliciente, novedad ni encanto para su espíritu. Es, ¡oh Grande Emperador!, como un jugo saturado, al cual ya no se compenetra nada, en el cual pararon ya todas

las benéficas fermentaciones: es el estancamiento de lo inerte con la conciencia de su atediante monotonía. Yo vago por el mundo, por vuestro mundo, y ya nada entiendo. Mi mundo hace siglos que murió. Los que fueron mis afectos, mis queridas verdades, mi fe misma y mis hábitos aún, todo desapareció y nada nuevo entra a mi espíritu ahora. Los hijos de mi sangre, no me reconocen, ni mis obras me pertenecen ya, diluídas en el común haber. ¡Oh! Señor Emperador, ¿queréis mi eternidad?

—¿Y qué buscáis en la muerte, Longevo peregrino?

—¿Lo sé yo acaso, señor? Muchas veces en la angustia de mi vida inextinguible he fijado mis pupilas en los ojos nublados de los agonizantes, he tocado el cuerpo inerte de los que dejaron de vivir, por ver si me revelan el destino de la conciencia humana. He vagado en el misterio de la noche por el misterio de los camposantos, he consultado los rotos pergaminos de la historia antigua y he invocado las fantasías presagiosas de los nigromantes, y nada sé, señor, del reino de la muerte. Del arcano de los mundos surgió una vez la vida y al arcano de los mundos nos conduce otra vez la muerte. Yo no sé más, señor. Mas escuchad el recóndito pensamiento que surgió en mí tras siglos de angustiada meditación: allá de donde nos viene la conciencia, símbolo indescifrable de la divina incógnita y quizá su mudo

mensajero, hemos de volver. Haya una conciencia universal en ese callado mundo o sea la nuéstra el devenir de dicha conciencia universal, vamos a la muerte, a poseerla o a contribuir a su augusta evolución. La conciencia individual es un fenómeno superior al ser individual. Grande Emperador, puede ser el fenómeno del ser universal. A él nos conduce la muerte. ¿Comprendéis ahora el porqué de mi afán, la angustia de la vida de Longevo?

Y el Gran Emperador Carlos V nada respondió. Oyó con atento oído el tic-tac de sus relojes, vio con interés inextinguible el paso del agua en las clepsidras, y dejó partir a Longevo atormentado. Lo dejó partir, y a poco más dispuso de todos sus haberes, renunció a las empresas hazañosas, al imperio sin noche de sus vastos dominios, al halago de amor de sus rubias cortesanas, y misterioso en la historia de los reyes, tocado de la angustia de Longevo, fuese al claustro vetusto a esperar, enigmático, la epifanía de la muerte. Y ahí en el Yuste siguió con atento oído el tic-tac de sus relojes, vio con inusitado interés el paso del agua en las clepsidras, extrañadamente enamorado de la muerte, y temeroso de Longevo, Carlos V, el muy Grande Emperador.

INDICE



CIENCIAS Y EDUCACION
N.º 49

BOGOTA
EDITORIAL MINERVA, S.A.
1936